

W. SCOTT

ENILWOR

PR 5319

.A2

A44

1831

v.1

c.1

3

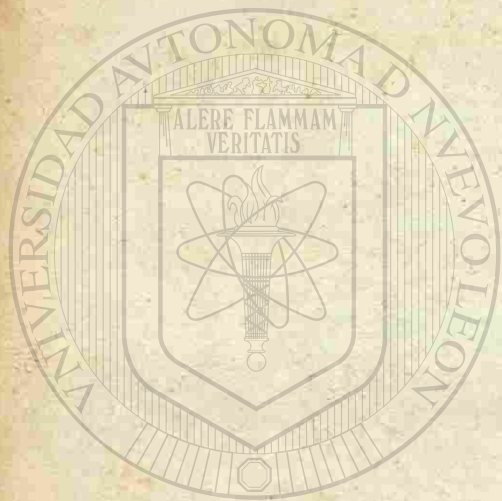


1080022135

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



Rafael Lagigas
Gm 2/6

OBRAS
DE WALTER SCOTT.

KENILWORTH.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

KENILWORTH,
NOVELA DE WALTER SCOTT;

PRECEDIDA DE UNA NOTICIA

SOBRE EL CASTILLO DE KENILWORTH

Y SOBRE EL CONDE DE LEICESTER;

TRADUCIDA

Por D.^o PABLO DE XÉRICA.

« Es la reina Isabel virtuosa y bella :
» Jamas os permitais decir mal della. »

El Crítico.

TOMO PRIMERO.

BURDEOS,

IMPRENTA DE D.^o PEDRO BEAUME.

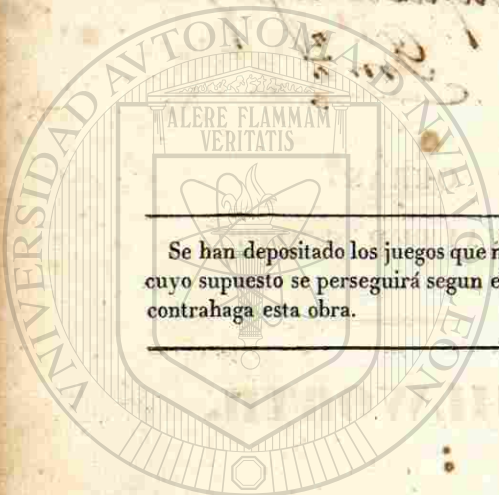
1831.

40998

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Talaz

Se han depositado los juegos que manda la ley : en
cuyo supuesto se perseguirá segun ella á todo el que
contrahaga esta obra.



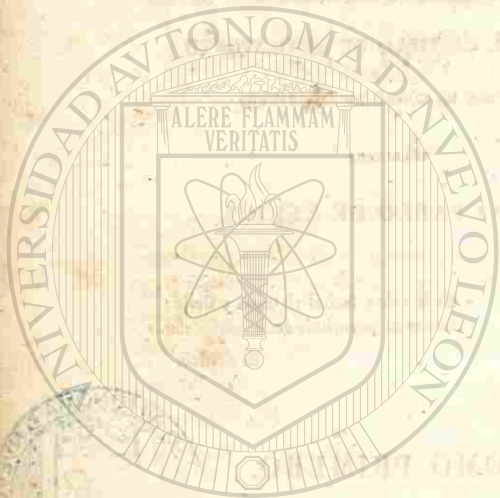
PM 5319

A 2

A 44

1835

v. 1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOTICIA HISTÓRICA

SOBRE EL CASTILLO

DE KENILWORTH

EN EL CONDADO DE WARWICK,

Y

SOBRE EL CONDE DE LEICESTER.

EXTRACTO DE LA NOTICIA PUBLICADA EN LONDRES

Por J. NIGHTINGALE.

Si supiesen hablar las paredes, ¡cuantas relaciones interesantes, que anécdotas nos contarían! ¡cuantas dudas históricas se pondrían en claro! pero también ¡ay! ¡cuantas escenas dolorosas é infames nos descubrirían! Sin embargo el verídico historiador y el laborioso anticuario pueden dar, en alguna manera, voz á las ruinas, evocar las memorias de los siglos, y leer en los escombros de los edificios góticos del castillo y la catedral las ideas y costumbres de nuestros mayores.

010763

La ciudad de Kenilworth dista cinco millas de Warwick, igualmente que de Leamington y de Coventry. Sus cercanías son fértiles y pintorescas; pero lo que atrae á ella los viageros y curiosos, es el castillo antiguo en que Walter Scott introduce á sus lectores.

En tiempo de la conquista de los Normandos Kenilworth fué dividido en dos partes: la una se dió á Alberto Clérico, y la otra á Ricardo Forestier.

En el reinado de Enrique primero, Geoffroy de Clinton fundó el castillo que vamos á describir, igualmente que un monasterio que fué habitado por los frailes de la órden de San Agustín, del que apénas ha quedado vestigio alguno.

Geoffroy de Clinton, de oscuro nacimiento, supo elevarse por su talento á las primeras dignidades del Estado, y habia dotado ricamente el monasterio de Kenilworth, cuando Enrique VIII concibió el proyecto de estirpar los frailes de su reino, con el sacrílego pretexto de los abusos que se habian introducido entre ellos. El monasterio de Kenilworth fué valuado en 533 libras esterlinas, y vendido como propiedad de la Iglesia. Los religiosos fuéron espulsados, su puerta cerrada al estrangero y al peregrino; el pobre, la viuda y el huérfano se viéron así privados de las cuantiosas limosnas de los antiguos poseedores del convento.

Si Enrique hubiese podido disponer igual-

mente, segun su codicia y capricho, del castillo de Kenilworth, le hubiera dado sin duda á alguno de sus favoritos; pero habria sido mas difícil espulsar de su propiedad á un señor seglar que á cien piadosos eclesiásticos.

No permaneció largo tiempo el castillo en poder de la familia de Clinton: desde el reinado de Enrique II tuvo guarnicion real.

Es evidente que los vastos castillos fortificados de los barones de aquel tiempo de facciones y de guerras feudales eran no solamente retiros para sus vasallos, sino tambien un manantial de beneficios para los señores; porque el gerif de Kenilworth contaba como parte de sus emolumentos una renta que percibia de los que venian á pedir la hospitalidad.

En los reinados de Juan y de Enrique III se empleáron sumas considerables en hacer de Kenilworth una formidable ciudadela. Este último príncipe, en el año treinta y ocho de su reinado, dió este castillo á Simon de Montfort, conde de Leicester, y á Eleonora, su muger, pero solo durante su vida.

Quando tomó el conde las armas contra su soberano, designó á sir John Gifford para mandar el castillo que acababa de recibir como una muestra de la munificencia real en su favor, y Kenilworth fué durante algun tiempo el refugio de los nobles rebeldes.

Despues de la derrota y la muerte del conde

de Leicester en Evesham, Simon de Montfort, su hijo, se mantuvo en rebelion abierta en esta fortaleza, adonde los partidarios de los barones que huyéron de la batalla viniéron á reunirse con él. Hacia Simon continuas salidas, y sacaba en las inmediaciones todas las exacciones de guerra.

Estas violentas escenas fuéron interrumpidas por la venida del rey, que acudió con un ejército á poner sitio al castillo de Kenilworth. Simon, tan arrogante cuando era el mas fuerte, probó que era tan cobarde como bárbaro, y huyó secretamente á Francia, despues de haber nombrado á Enrique de Hastings gobernador del castillo. Conociendo la fuerza de la plaza, y queriendo evitar la efusion de sangre, intimó el rey la rendicion á los sitiados, ofreciendoles condiciones muy ventajosas; pero la clemencia real fué despreciada, y el mensagero de Enrique insultado y mutilado.

Empezó entónces el sitio, y la guarnicion se defendió con valor: habia en el castillo máquinas de guerra, y algunas de ellas lanzaban piedras enormes que se encuentran aun entre las ruinas.

Perdió el rey seis meses en asaltos infructuosos; pero el hambre y las enfermedades, auxiliares poderosos de un ejército enemigo, ejercieron su horrible influencia en la guarnicion; y aunque el rey no ignoraba que los sitiados se veian reducidos á la última miseria, les propuso

una capitulacion honrosa, y entró por fin en el castillo. Enrique no tardó en darsele á Edmond, su hijo menor, que creó conde de Leicester y de Lancaster.

En el año séptimo del reinado de Eduardo III hubo en Kenilworth un torneo magnífico. Acudieron hasta cien caballeros, la mayor parte de ellos estrangeros de distincion, que habian venido de Inglaterra á desplegar su destreza en las justas.

Igual número de damas asistió, y la historia nos dice, para hacer ver el esplendor de sus vestidos, que llevaban capas de seda.

Despues de la proscripcion de Tomas, conde de Leicester, hijo del conde Edmond, el castillo volvió á ser propiedad de la corona, y fué escogido para asilo de Eduardo II cuando se vió rodeado de peligros. Pero este desgraciado príncipe estaba destinado á ser llevado allí como preso. Enrique, conde de Lancaster, le condujo, y allí fué donde recibió la noticia de su deposicion, pronunciada por el parlamento reunido en Westminster.

En el reinado de Eduardo III, Juan de Gaunt, duque de Lancaster, obtuvo la posesion del castillo de Kenilworth por su matrimonio con Blanca, hija de Enrique, conde de Lincoln y duque de Lancaster. Hasta entónces todos los que habian contribuido á edificar este vasto castillo solo habian pensado en su seguridad, y de

ningun modo en hermosearle; pero el reinado de Eduardo III produjo una grande revolucion en las costumbres. Entónces se empezó á consultar la comodidad y el lujo en la arquitectura. Juan de Gaunt agrandó considerablemente el castillo de Kenilworth, y una parte de las ruinas actuales proviene de lo que aumentó su munificencia.

Kenilworth volvió todavía al dominio de la corona en tiempo de Enrique IV, hijo del duque de Lancaster, y no fué enagenado hasta que Isabel le dió á Roberto Dudley, conde de Leicester. Este señor gastó grandes sumas en aumentarle y adornarle, y Kenilworth llegó pronto á ser uno de los castillos mas espléndidos de todo el reino. El conde gastó en él 63,000 libras esterlinas.

Los *placeros de príncipe* de Kenilworth eran mirados como la *quinta esencia* de todas las diversiones de las cortes. Las descripciones muy largas y pomposas de estas fiestas han llegado hasta nosotros. Habia un aparato de grandeza y una profusion que podrian aun sorprender; pero el gusto se hallaba en la infancia, y todo se reducía á cosas fastidiosas, grotescas, groserías, y la pesada pedantería de un siglo semibárbaro.

Cuando la reina Isabel fué recibida en Kenilworth, en 9 de Julio de 1595, una puente de setenta piés de largo fué construida para llegar hasta la puerta principal del castillo, y los pilares estaban guarnecidos de las ofrendas de las siete

divinidades griegas: estas ofrendas consistian en jaulas llenas de pájaros, en frutas, en trigo, en pescados, en racimos de uvas, en instrumentos de música de todas clases, y en armas formando trofeos. Un poeta, puesto á la cabeza de la puente, esplicaba todo á la reina en versos latinos. La dama del lago, invisible despues de la desaparición del famoso príncipe Arturo, se acercó sobre una isla flotante para recitar versos lisonjeros. Arion se presentó tambien sobre un delfin de veinte y cuatro piés de largo, que llevaba una orquesta completa en el vientre. Una sibila, un salvaje y un eco, colocados en el parque, hicieron sus arengas á Isabel en el mismo tono; la música y el baile profanaron el dia de domingo. Hubo magníficos fuegos artificiales en mar y en tierra; se representó una escena teatral; un Italiano hizo juegos de manos; treinta osos pelearon contra una infinidad de perros; por tres dias hubo caza de ciervos, y la representacion de una boda de aldeanos; en fin, los habitantes de Coventry tuvieron permiso de figurar su combate fingido, destinado á perpetuar de año en año la victoria memorable en que vencieron á los Daneses.

Una fiesta que costó al conde de Leicester la suma de 19,000 libras esterlinas (1), cantidad enorme en aquel tiempo, y que aun en nuestros

(1) 1,824,000 reales.

dias es considerable; una fiesta que duró cerca de tres semanas seguidas, es muy digna de ser citada con frecuencia en los anales de la Inglaterra.

Sir Walter Scott habla de la descripción que ha dado de ella Laneham, cuya relación es la cosa más original y curiosa del mundo. El extracto que acabamos de dar es tomado de miss Aikin, cuya obra sobre la corte de Isabel es una de las más interesantes que se han escrito sobre aquella princesa.

Además del vino y demás licores, se bebiéron en Kenilworth en aquella ocasión trecientos y veinte toneles de cerveza.

Se diéron los honores de la caballería á sir Tomas Cecil, hijo y heredero del gran tesorero, á sir Enrique Cobham, á sir Francis Stanhope y á sir Tomas Tresham. Pero lo más curioso de todo, es que nueve personas fueron curadas de la peligrosa enfermedad llamada *el mal del rey*, lamparones.

Para recompensar la lealtad de los habitantes de Kenilworth y la magnífica hospitalidad de su señor, la reina les concedió un mercado por semana y una feria anual.

No teniendo el conde de Leicester hijos legítimos, dejó el castillo y sus dominios á su hermano Ambrosio, conde de Warwick, pero sólo durante su vida, y con la condición que después de su muerte pasasen á sir Roberto Dudley, á

quien el conde de Leicester no creyó á propósito reconocer en vida por hijo legítimo, y llamaba *su bastardo*.

La historia del conde de Leicester está llena de interés: su memoria está manchada con muchos crímenes, más ó menos probados; sin embargo fué toda su vida tan grande su privanza con la reina, que creían generalmente llegaría á ser su esposo.

Su hermano Ambrosio, que hemos ya nombrado, obtuvo el título de *buen conde de Warwick*; pero no puede asegurarse si le llamaban así por contrastar con el carácter de su hermano, que merecía bajo todos aspectos el título de *mal conde de Leicester*. El pueblo le llamaba *el corazón de la corte*.

El autor de la novela de Kenilworth ha modificado los vicios de Leicester, y ha hecho con arte recaer sobre su favorito Varney casi todo lo que hay de odioso en su conducta con una mujer digna de un marido más virtuoso.

Nació el conde de Leicester en 1532, y era hijo de Juan, duque de Northumberland. Habiendo sido admitido desde luego en el servicio y favor del rey Eduardo, fué hecho caballero siendo aun muy joven.

En el mes de Junio de 1550 se casó con Amy, hija de sir Hugo Robsart, y el rey honró la boda con su presencia. Leicester obtuvo muchos empleos en la corte.

En el primer año del reinado de María, cayó de la gracia de esta como toda su familia, fué preso, juzgado y condenado; pero habiendo obtenido el perdon de la pena de muerte, le dejaron en libertad en Octubre de 1554.

Cuando Isabel subió al trono, fué restablecido en todos sus títulos, y mirado pronto en la corte como el primer favorito. Habiendo sido nombrado caballero mayor, y hecho caballero de la orden de la Charretera, entró en el consejo privado, y fué colmado de todos los favores de la reina. Cuando acompañó á Isabel á Cambridge, le trataron con la mayor distincion: fué alojado en el colegio de la Trinidad; nadie pidió gracias sino por su conducto; y habiendolo él deseado, la reina arengó en latin á la Universidad.

Sin embargo Tomas, conde de Sussex, se manifestaba siempre en la corte opuesto á sus consejos, y se declaraba partidario del archiduque Carlos de Austria, aconsejando á la reina que aceptase la union que solicitaba este principe: Leicester desbarató este proyecto con un arte y una destreza admirables. Declaráronse enemigos los dos lores, y les obligó la reina á reconciliarse en presencia suya, sin que en nada se menoscabase el crédito de Leicester, que continuó pidiendo y obteniendo nuevas larguezas, y nuevos empleos para sí y para sus panaguados.

Para dar algun pretexto á estas demostraciones

del favor real, la reina se le propuso por marido á María Stuart de Escocia, prometiendo á esta princesa todas las ventajas que desease para ella y para sus súbditos, si consentia en este enlace. La sinceridad de esta proposicion fué sospechada, porque los mas finos políticos pretendian que si la reina de Escocia hubiese accedido á ella, su consentimiento hubiera solo servido para legitimar la eleccion de Isabel, que hubiera recaído en el mismo conde de Leicester. La manera con que María rechazó la proposicion de Isabel le fué tan fatal, como lo habia sido para la condesa de Leicester la ambicion que habia tenido el conde de casarse con una soberana. En Setiembre de 1560, la desdichada Amy Robsart fué sacrificada, segun dicen, al porvenir brillante que esperaba su marido.

La época de su muerte fué por lo menos favorable á las sospechas, porque era muy necesario á Leicester hallarse viudo, cuando la Inglaterra parecia darle á escoger dos reinas, ámbas jóvenes y solteras.

Camden pretende que la condesa se habia dejado caer desde lo alto de una casa. Esta muerte trágica no podia menos de inspirar la compasion, y esparcir rumores siniestros contra Leicester. El señor Aubrey cuenta de otro modo este asunto, y el lector nos agradecerá que le comuniquemos su relacion, por ser Amy Robsart la heroina de la novela de Kenilworth,

y por haberse esmerado Walter Scott en mostrarla interesante.

Roberto Dudley, conde de Leicester, dice Aubrey, era tan íntimo de la reina Isabel, que pensaban todos que hubiera sido llamado al título de su esposo á hallarse viudo. Fué pues preciso, para separar todos los obstáculos que le alejaban del trono, obtener de su muger, con instancias lisonjeras, que se detuviese en Cumnor, en el condado de Berk, que fué el teatro de su trágica muerte. La condesa fué recibida en casa de Antonio Foster. Sir Ricardo Varney, el vil adulator del conde y su confidente, recibió la órden de procurar envenenarla, ó de quitarla de enmedio de cualquier otro modo que fuese mas practicable.

Y en efecto, no habiendo podido emplear el veneno, Foster y Varney se decidieron á abreviar sus dias con una muerte violenta.

Habia enviado el primero todos sus criados á la feria de Abingdon que está situado á distancia de tres millas de Cumnor, y sir Ricardo Varney quedó solo con la condesa el dia en que murió.

Los dos malvados al punto la sufocaron, y la precipitaron desde la parte superior de una escalera, despues de haber ejercido en ella todo género de violencias. Esparcieron la noticia de su muerte atribuyendola á un azar, y la enterraron con una precipitacion que el conde mismo condenó por imprudente.

Sir Hugo Robsart acudió á Cumnor, hizo desenterrar á su hija, y pidió se recibiese informacion para poner en claro las sospechas que recaian sobre Leicester y sus agentes; pero se cree generalmente que el conde encontró el medio de taparle la boca. Quiso tambien probar sus pesares con la ostentacion de su dolor, haciendo enterrar á su virtuosa esposa con gran pompa en la iglesia de Santa María de Oxford.

Es una cosa notable, dice Aubrey, que el capellan del conde, el doctor Babington, que pronunció la oracion fúnebre, fingió perderse dos ó tres veces en su discurso, recomendando á las oraciones de los asistentes *esta virtuosa dama tan cruelmente degollada*, en vez de servirse de una espresion que diese á entender que la muerte habia sido casual (1).

En Setiembre de 1564, Isabel creó á Roberto Dudley baron de Denbig, y el siguiente dia conde de Leicester con todo el esplendor imaginable; ántes del fin del año fué nombrado canceller de Oxford. Su gran crédito en la corte de Isabel era reconocido no solamente en Inglaterra, sino en toda la Europa: asi es que Carlos IX le envió el cordon de la órden de San Mignel, que era entónces la primera en Francia.

Se supone que en 1572 el conde de Leicester

(1) Veanse las Antigüedades del condado de Berth, por Ashmole.

se casó con lady Douglas, baronesa viuda de Sheffield. Este casamiento fué tan secreto que le ignoró la reina, aunque se publicaron muchas historias acerca de esta muger desdichada. Estaba unida á Leicester por un matrimonio legítimo, pero jamas pudo lograr que la reconociese. Hizo el conde cuanto pudo para hacerla desistir de sus pretensiones, y el veneno fué empleado tambien para asegurarse de su silencio.

En 1576 murió Walter, conde de Essex. Este acontecimiento suscitó muchas sospechas contra lord Leicester, sobre todo cuando se declaró dos años despues su casamiento con la condesa de Essex; porque en 1578, cuando el duque de Anjou quiso casarse con Isabel, su agente, que miraba á Leicester como el mayor obstáculo á las pretensiones del duque, informó á la reina de su casamiento con lady Essex. Esta noticia irritó de tal modo á Isabel, que ordenó al conde que no saliese del castillo de Greenwich, y le hubiera enviado á la torre de Londres, á no haber sido disuadida por el conde de Sussex.

Como lord Leicester hubiese llegado al último grado del poder, nada omitieron sus enemigos para derribarle, y atacaron sobre todo su carácter. En 1584, se publicó un escrito virulento dirigido contra él, con el título de *República de Leicester*. Era su objeto probar que la constitucion inglesa estaba violada, que se habia introducido imperceptiblemente una nueva forma de go-

bierno, y que no podia designarsele mejor que llamandole la República de Leicester. Para dar mas peso á las acusaciones, el conde era representado como un ateista, traidor secreto de la reina, opresor del pueblo, enemigo inveterado de la nobleza, y un verdadero monstruo por su ambicion, su crueldad y sus desórdenes.

La reina se creyó obligada á sostener á su favorito, y disminuir en cuanto pudiese la impresion que el escrito habia producido en el público. Declaró en las cartas de su consejo privado que todos los hechos imputados á Leicester eran absolutamente falsos á los ojos de los que le calumniaban, como á los de la misma reina.

Los Países Bajos protestantes se encontraron en 1585 en una situacion crítica, y pidieron á Isabel un gefe de distincion para dirigir sus intereses políticos. La reina les envió á Leicester en cualidad de gobernador. Esta confianza de la reina lisonjeó escesivamente el orgullo del conde; pero el año siguiente fué depuesto, habiendo dado algunos motivos de queja á una soberana harto zelosa de sus derechos para sufrir que Leicester pensase en hacerse independiente.

Fué bien recibido á su vuelta, porque su magestad tenia entonces necesidad de sus consejos para deshacerse de María Stuart, sin que el crédito de Isabel sufriese menoscabo. Fué el conde de opinion de darla un veneno; pero este proyecto pareció impracticable, y se decidió Isabel

á dar á la Europa el espectáculo de una reina muriendo en un cadalso por orden de su hermana.

En 1588, la Inglaterra estuvo inquieta por los preparativos de guerra que hacia contra ella el rey de España. Leicester fué nombrado para mandar el ejército reunido en Tilbury. Pero los elementos se ligaron con Isabel, y las costas de Inglaterra viéron flotar los restos de la famosa Armada.

Leicester se mantuvo hasta el fin en su favor, y murió en 4 de Setiembre de 1588, en su casa de Combury en el condado de Oxford. Sus restos fuéron transportados á Warwick y sepultados con la mayor magnificencia. Hay quien dice que habia tragado un veneno destinado á otro.

Su hijo, sir Roberto Dudley, que lo era igualmente de lady Douglas Sheffield, habia nacido en 1573. Su nacimiento permaneció secreto con gran esmero, para ocultar á la reina las relaciones del conde con su madre, y tambien á la condesa de Essex con la cual Leicester estaba ya quizá ligado.

Cuando murió su padre, fué declarado heredero, pero no gozó de sus bienes sino despues de su tio Ambrosio. Inclinable su genio á las grandes empresas de la navegacion, é hizo un viage, en 1594, á la mar del sur. Tomó en los países estrangeros el nombre de conde de Warwick; habiendo rehusado abandonar este título, fuéron confiscados sus bienes, y vivió fugitivo.

Fué recibido con distincion en la corte de Florencia, y por el papa Urbano VIII, y murió en 1639 en el castillo de Cabello, que el gran duque le habia dado para su residencia.

Sir Roberto Dudley no solamente era admirado por los príncipes, sino tambien por los sabios. Tenia entre los eruditos del siglo una plaza distinguida por sus conocimientos en filosofía, en química, en medicina y en las matemáticas. Escribió muchas obras que son todavía estimadas.

El príncipe Enrique se habia hecho propietario de Kenilworth; pero, por mas que le gustase este castillo, no quiso contentarse con la injusta confiscacion pronunciada contra sir Roberto Dudley, y le hizo la proposicion de cederle sus derechos por la suma de 14,500 libras esterlinas. Sir Roberto, habiendo perdido la esperanza de recobrar sus bienes, aceptó las proposiciones que le habian hecho, y se verificó el traspaso; pero jamas recibió semejante dinero. El príncipe Enrique murió poco despues, y el castillo fué reclamado por el príncipe Carlos, que no se picó de pagar las deudas de su hermano.

Cuando Carlos subió al trono, dió Kenilworth á Carey, conde de Monmouth; pero la guerra civil y la destruccion empezaron á estender sus alas sobre el edificio, y los soldados puritanos de Cromwell diéron los últimos golpes á su esplendor. Desmanteláron las torres, echáron por tierra las murallas, disecáron el lago, devastáron las

huertas , destruyéron el parque , y en fin dejáron el castillo tan arruinado como se halla en el dia.

En tiempo de la restauracion , Carlos II acordó el arriendo de sus escombros (pues habia quedado enteramente diruido) á la hija del conde de Monmouth , y despues á Lawrence , vizconde de Hyde , creado baron de Kenilworth y conde de Rochester , cuyos descendientes los transmitieron al conde de Clarendon.

Tenemos gran gusto en anunciar que el lord Clarendon actual ha tomado medidas para asegurar los restos de Kenilworth , y librarlos de cualquiera otra depredacion.

Este noble castillo , que encerraba un gran trecho en su recinto , el orgullo de sus propietarios , la morada de la elegancia , no es ya mas que un cúmulo de ruinas. Es verdad que todavía quedan muchos fragmentos de torres , habitaciones medio destruidas , arcos , murallas , escaleras y ventanas , cuya mayor parte ofrecen vestigios de los mas bellos adornos de arquitectura ; pero está todo tan deteriorado que no se puede formar una idea de la grandeza que en lo antiguo llegó á tener este famoso edificio.

Al contemplar estos lugares tan conocidos en la historia , el alma se entrega á una dulce melancolía. La magia de los recuerdos evoca los tiempos pasados , y la imaginacion ensalza este monumento de la monarquía inglesa , que recibió á la mas grande reina de Inglaterra.

La puerta principal , edificada por el conde de Leicester , se ha convertido en habitacion , y la ocupa el señor Boddington , sugeto respetable. Es la única parte de las ruinas que se halla habitada y la que se conserva en mejor estado. En una de las viviendas bajas hay una chimenea curiosa : la parte superior es de madera esculpida , y la parte inferior de alabastro , con la fecha de 1571 y las iniciales R. L. del favorito de Isabel , el conde de Leicester.

La torre de César es la mas antigua y la mas fuerte del castillo. Sus paredes tienen diez y seis piés de espesor , y se supone que es todo lo que queda de la fortaleza que habia construido en su origen Geoffroy de Clinton.

La grande sala gótica tiene ochenta y seis piés de largo , y cuarenta y cuatro de ancho. En otros tiempos era magnífica esta pieza , y la alumbraban unas ventanas de elegante estructura , cubierta ahora de hiedra. A las fiestas que se celebraron allí , á los clamores de alegría , al bullicio y algazara ha sucedido un silencio solemne interrumpido alguna que otra vez solamente por los graznidos de los cuervos , y los gritos de las aves que frecuentan las ruinas. Hacia parte esta sala de las habitaciones añadidas por el duque de Lancaster , y distinguidas con su nombre. Los escombros se ven esparcidos por todas partes , y cubiertos casi todos de hiedra.

La parte edificada por Leicester es la mas

moderna, y parece sin embargo ahora la mas antigua, por la mala calidad de las piedras que amenazan una ruina completa y próxima.

El tiempo y los elementos conspiran reunidos contra el castillo de Kenilworth. En 1817, una gran parte de la fachada occidental de la torre de César se desplomó; y cerca de tres meses despues, en Setiembre, el ángulo del nordeste se desprendió del edificio con un ruido espantoso.

Algunas damas, que acababan de dibujar estas ruinas soberbias, se salváron de la muerte como por milagro.

El castillo (dice el señor Brewer que reúne la ciencia del anticuario y del topógrafo á la imaginacion de un poeta), este castillo que en tiempo de su esplendor era el mas bello adorno de la ciudad de Kenilworth, presta aun una grandeza melancólica á los lugares que le avcinan con la rara magnificencia de sus ruinas.

Estas ruinas tienen por cierto un derecho incontestable al interes del viagero que quiere visitarlas: presentan los restos mas pintorescos del mas hermoso castillo de la Inglaterra, y recuerdan diversos acontecimientos de la historia.

Desde el siglo de Enrique I, Hamado *el Sabio*, hasta nuestros dias, el castillo de Kenilworth ha sido famoso en Inglaterra. Ya sea que contemplemos estos edificios inmensos levantados por Clinton, cubiertos hoy con el moho de los siglos y demolidos casi enteramente, ya sea que nos

los figuremos todavía con toda su pompa, y como se encontraban el dia en que el ambicioso favorito Leicester los hizo testigos de sus prodigalidades, serán siempre un lugar consagrado á los ojos del topógrafo y del anticuario, y una fuente fecunda de inspiraciones para el historiador, el poeta y el autor de novelas.

Gracias sean dadas al autor de la novela Kenilworth por haber sabido entrelazar tan bien sus ficciones con la historia, que sus obras no solamente divierten á los lectores frívolos, sino que reconcilian al hombre serio con un género de composicion que faltaba á la literatura antigua (1).

(1) Tan cierto es esto, que el traductor español apenas ha podido jamas leer otras novelas que el Don Quijote, Gil Blas, Rinconete y Cortadillo, y alguna otra. Las meramente amorosas ó sentimentales se le caian de las manos, ó le ayudaban á dormir la siesta.



KENILWORTH.

CAPITULO PRIMERO.

Yo que soy un buen fondista
Y conozco mi terreno,
Por mi interes sirvo alerta
A todos los forasteros.
Procuro estudiar sus gustos,
Su carácter y su genio;
Siembro cantando mis campos,
Contentísimo los siego;
Y esto no me impide hacer
Mi negocio al mismo tiempo.

La Posada nueva.

UNA de las ventajas de los autores de novelas es poder empezar su historia poniendo la escena en una posada, donde se reunen los viajeros, reina la libertad, y se desenvuelven los caracteres sin el menor obstáculo. Conviene esto sobre todo cuando se trata de aquellos antiguos tiempos en que los que se hallaban en una fonda eran en cierto modo no tanto los huéspedes como los comensales del posadero mientras permanecian en su casa. Solia ser este un hombre bien carado, jovial,

y se permitia ciertas libertades. En su presencia los diferentes caracteres de las personas se amalgamaban y reunian, y pocas veces, al despavilar un gran cántaro en buen amor y compañía, dejaban de descartarse de todo encogimiento, y de mostrarse unos á otros igualmente que al huésped sin reserva, como si fuesen ya conocidos antiguos.

En el año diez y ocho del reinado de Isabel, el pueblo de Cumnor, distante tres ó cuatro millas de Oxford, tenia la dicha de poseer una escelente posada, diferente de las que vemos en el dia, conducida ó por mejor decir gobernada por Gil Gosling, hombre de unos cincuenta años, corpulento y campechano, no muy tirano con los viajeros, exacto en sus pagos, respondiendo con viveza, con una bodega provista de buenos vinos, y una hija muy bonita. Desde el tiempo del antiguo Enrique, alcalde de Southwark, ningun posadero habia poseido en mas alto grado que Gil Gosling el arte de agradar á sus huéspedes de todas clases y condiciones, y era tan famoso, que ninguno podia decir haber pasado por Cumnor sin echar al menos un trago en *el Oso negro*, á no acreditarse de hombre de poco gusto y ningun discernimiento. Tan chocante era eso como volver de Londres un campesino sin haber visto á la

reina. Los habitantes de Cumnor estaban ufanos de poseer á Gil Gosling, y Gil Gosling estaba pagado de su posada, de su hija y de sí mismo.

En el patio de la posada que tenia un amotan escelente, se apeó un viagero á la entrada de la noche, y dando su caballo, que parecia haber hecho una grande jornada, al mozo de cuadra, le hizo algunas preguntas que diéron lugar al diálogo siguiente entre los subalternos del *Oso negro*.

— ¡Holá! ¡hé! ¡John Tapster!

— Allá voy, Will Hostler, respondió el superintendente de los toneles, saliendo en chaleco desabrochado, pantalon de lienzo y devantal verde, por una puerta entreabierta que conducia á la bodega segun toda apariencia.

— He aquí un viagero que pregunta si hay buena ale (1).

— Sí por cierto, escelente. Ni puede ser otra cosa estando tan cerca de Oxford. Si los estudiantes no la hallasen de su gusto, me romperian con el jarro la cabeza mas de cuatro veces.

— ¿Es eso lo que llaman vms. la lógica de

(1) Cerveza de primera calidad.

Oxford? dijo el forastero acercandose á la puerta de la posada. Al mismo tiempo Gil Gosling se presentó á él.

— ¿Habla vm. de lógica? dijo el huésped. Escuche pues vm. una buena consecuencia:

Mientras come un pienso el jaco,

Debe todo posadero

Ofrecer al forastero

Gratos presentes de Baco.

— Amen, de todo corazón, mi querido huésped, dijo el extranjero. Déme vm. pues un frasco del mejor vino que tenga de Canarias, y acompañeme á beberle.

— Señor viagero, es vm. un niño de teta, si necesita de ayuda de vecino para esa friolera. Si se tratase de una azumbre, podría vm. necesitar que yo le ayudase como buen vecino, quedando con honor.

— Pierda vm. cuidado, mi huésped, que haré mi deber como quien se encuentra tan cerca de Oxford. No llego de los campos de Marte para perder mi reputación entre los hijos de Minerva.

Mientras hablaban así, Gil Gosling le acompañó hasta una grande sala baja en que se hallaban ya otras muchas gentes. Unos bebían, otros jugaban, otros conversaban, y otros á quienes obligaban sus negocios á le-

vantarse muy de mañana, acababan de cenar, y daban orden al mozo de preparar sus cuartos.

La llegada del forastero fijó sobre él esta especie de atención con que se mira generalmente á un recién llegado sin darle mayor importancia, y del examen que hicieron se pueden sacar las consecuencias siguientes: era uno de estos hombres que, aunque bien hechos y de un exterior nada desagradable en sí mismo, están sin embargo tan lejos de tener una fisonomía que hable en su favor, que ó bien por la expresión de sus facciones ó de su voz, ó por causa de sus ademanes, experimentamos cierta repugnancia en hallarnos en su compañía. Se presentaba con desfachatez, y parecía exigir desde luego consideración y respeto, temiendo sin duda que no lo obtendría si no presentaba al punto los derechos que á ello tenía. Llevaba una levita entreabierta que dejaba ver un chaleco galoneado, y un sable con un par de pistolas en el cinto.

— Viaja vm. armado, señor, dijo Gil Gosling mirando las armas, mientras ponía sobre la mesa el vino que había pedido el extranjero.

— Sí, mi huésped; he conocido su utilidad en los momentos de peligro, y no imito

á los grandes del dia, que despiden su comitiva luego que creen no necesitar de ella.

— ¿Como es eso, señor? ¿viene vm. por ventura de los Países Bajos, tierra natal de la pica y el arcabuz?

— He viajado, amigo mio, por alto y por bajo, á lo ancho y á lo largo, de cerca y de léjos. Pero brindo á la salud de vm. con un vaso de su vino; llene vm. otro, y bebale á la mia. Si no es bueno en grado superlativo, echese vm. á sí mismo la culpa.

— ¿Si no es bueno en grado superlativo! repitió Gosling despues de haber bebido, y relamiendose los labios; no sé lo que quiere decir superlativo. No encontrará vm. igual vino en *las tres Cigüeñas*; y si le halla vm. mejor en Canarias mismo, pierdo desde luego mi vino y mi dinero. Levante vm. el vaso, espongame vm. á la luz, y verá danzar los átomos en este licor dorado como en los rayos del sol. Pero mas quisiera servir vino á diez paisanos que á un solo viagero. ¿Le parece á vm. regular?

— Es firme y de buena ley, mi huésped; pero para beber vinos escelentes es preciso ir al lugar mismo en que crece la viña. ¿Cree vm. que son tan tontos los Españoles, que nos van á enviar la nata de los mejores vinos, para beber ellos los peores? Este que le pa-

rece á vm. vino bueno, pasaria por un vinitillo despreciable en el puerto de Santa María. Es preciso viajar, mi huésped, si quiere vm. saber distinguir de colores, y que no le den gato por liebre.

— En verdad, señor mio, que si el resultado de mis viages ha de ser disgustarme de lo que puedo lograr en mi pais, mejor es quedarse en su casa: ni deja de haber tampoco personas que conozcan los vinos buenos y sepan distinguirlos, sin haber salido de entre las nieblas de Inglaterra, ni haber abandonado, á Dios gracias, sus hogares.

— Es un modo de pensar bajo y chavacano, mi huésped, y á buen seguro que todos los conciudadanos de vm. no piensan de esa manera. Apostaria que hay entre vms. quien haya estado en Virginia, ó por lo menos haya dado un paseito por los Países Bajos. Vamos, acuerdese vm. ¿No tiene vm. en pais extranjero algun amigo de quien se alegraria vm. recibir noticias?

— Cierto que no. No hay ninguno desde que el calavera Robin de Drysandford se ha dejado matar en el sitio de Briel. Maldita sea la culebrina que vomitó la bala que le mató, pues era un compadre con quien se podia pasar la noche emborrachandose en gracia de

Dios. Pero murió, se acabó, y no conozco soldado ni viagero que valga un comino.

— Es cosa bien rara á la verdad. ¡Que! habiendo tantos Ingleses en pais extranjero, vm. que parece un hombre notable ¿no tiene entre ellos ni amigos ni parientes?

— Si vm. me habla de parientes, tengo un sobrino, bribon de siete suelas, que salió de Inglaterra el año último del reinado de la reina María: es uno de aquellos haraganes muy buenos para perderlos de vista y que no vuelvan jamas.

— No hable vm. así, mi querido huésped, á no ser que se sepa que ha hecho últimamente alguna de las tuyas, alguna calaverada. Un rocin fogoso puede transformarse en un caballo escelente. ¿Como se llama?

— Miguel Lambourne, hijo de mi hermana. Semejante nombre y parentesco solo son buenos para olvidados.

— ¡Miguel Lambourne! dijo el extranjero fingiendose admirado. ¡Que! ¿será por ventura aquel valiente de ese nombre que peleó como un héroe en el sitio de Venloo, y á quien el príncipe Mauricio dió las gracias á la cabeza del ejército?

— No puede ser ese mi sobrino, dijo Gosling, pues era un gallina para todo lo que no fuese hacer mal.

— En la guerra se descubre y manifiesta el valor, replicó el extranjero.

— Creo mas bien que le haya hecho perder el poco que tenia.

— El Miguel Lambourne que yo he conocido era un buen mozo, se vestia bien, y tenia una vista de halcon para descubrir las buenas mozas.

— Nuestro Miguel parecia un perro con maza, y tenia un vestido todo lleno de andrajos y manchas.

— ¡Oh! pero despues de una batalla se encuentran buenos vestidos.

— Nuestro Miguel preferiria mas bien robar uno en alguna tienda miéntras volviere la espalda el tendero. En cuanto á sus ojos, siempre los tenia fijos en mis cubiertos de plata. Pasó tres meses en esta casa, por mi dicha; estaba encargado de la bodega, y merced á sus equivocaciones y trabacuentas, á lo que bebió y dejó perder, si hubiese permanecido otros tres meses, hubiera podido cerrar la casa y dar al diablo la llave.

— Y á pesar de eso, mi querido huésped, sentiria vm. saber que el pobre Miguel Lambourne habia muerto al frente de su regimiento, atacando un reducto cerca de Mاسترخت.

— ¡Sentirlo! seria la mejor noticia que

podieran darme, porque estaria entónces seguro de que no murió ahorcado. Pero no hablemos de eso: creo que jamas su muerte honrará á su familia. Si asi no fuese, añadió llenando su vaso de vino de Canarias, le deseo de todo corazon que en paz descanse.

— No corre prisa, mi huésped, no corre prisa. No tenga vm. cuidado: su sobrino podrá todavía hacer á vm. honor, sobre todo si es el Miguel Lambourne que he conocido y que amo casi tanto... á fé mia, tanto como á mí mismo. ¿No podria vm. indicarme alguna señal que pudiese hacerme reconocer si nuestros dos Migueles son la misma persona?

— A fé mia, ninguna que yo me acuerde. Sin embargo nuestro Miguel fué señalado con un hierro ardiente en la espalda izquierda, por haber robado un vaso de plata á la dama Snort de Hogsditch.

— Ahora si que miente vm. como un grandísimo embustero, señor tio, dijo el extranjero desabrochándose el chaleco, y entreabriendo la camisa, y descubriendo la espalda. Juro á Dios que mi pellejo está tan sano y entero como el de vm.

— ¡Que! ¡Miguel! dijo el posadero, ¿eres tú efectivamente? ¡Oh! sí. Hace media hora que he debido sospecharlo. No conozco á nadie que pueda tomar la mitad de interes por

tí; pero si tu pellejo está, como dices, Miguel, sano y salvo, sin duda el verdugo, Goodman Thong, tuvo lástima de tus pocos años, y te marcó con un hierro frio.

— Vamos, tio, vamos, baste de burlas. Empleelas vm. para colar la ale avinagrada, y veamos que recibimiento cordial prepara vm. á un sobrino que ha corrido el mundo por espacio de diez y ocho años, que ha visto el sol salir donde se pone, y que ha viajado hasta que el occidente se hizo el oriente.

— Segun yo veo, Miguel, te has hecho con una de las habilidades de los viajeros, y por cierto que no tenias necesidad de caminar tanto para adquirirla. Me acuerdo que entre otras buenas calidades tenias la de no decir ni por descuido una palabra de verdad.

— ¿Ven vms., señores, este pagano incrédulo? dijo Miguel Lambourne dirigiendose á los que eran testigos de esta estraña conversacion entre tio y sobrino, cuyos hechos juveniles conocian muchos de ellos que eran del pueblo: sin duda es esto lo que se llama echar la casa por la ventana. Pero sepa vm., tio, que no salgo ahora del cascarn, ni vengo de guardar puercos. Traigo conmigo cuanto es necesario para hacerse querer.

En esto sacó una gran bolsa llena de monedas de oro, cuya vista produjo un efecto

visible en los espectadores. Sacudian algunos la cabeza y murmuraban entre ellos: dos ó tres, menos escrupulosos, empezaron á reconocerle como conciudadano y compañero de escuela, mientras otros, personajes mas graves, se levantaron y salieron de la posada, diciendo entre ellos en voz baja, que si Gil Gosling queria continuar prosperando, se veria precisado á echar de su casa al momento al holgazan de su sobrino. Obró Gosling como si hubiera sido de la misma opinion: y la vista del oro hizo sobre el buen hombre menos impresion que la que suele hacer ordinariamente en todos los de su clase.

— Sobrino Miguel, le dijo, guarda tu bolsa en tu faltriguera: el hijo de mi hermana nada tiene que pagar en mi casa por cenar y dormir una noche, pues supongo que no tienes ánimo de permanecer mas largo tiempo en un sitio en donde te conocen demasiado.

— En cuanto á eso, tío, respondió el viajero, consultaré mi inclinacion y mis negocios. Mientras tanto deseo convidar á cenar á mis buenos conciudadanos que no son demasiado orgullosos para acordarse de Miguel Lambourne. Si quiere v. m. proporcionarme una buena cena por mi dinero, enhorabuena; y sino, Santas Pascuas. No hay dos minutos de camino desde aquí á *la Liebre*,

y me lisonjeo de que mis buenos vecinos me harán el honor de acompañarme.

— No, Miguel, no, le dijo su tío: como han pasado diez y ocho años desde que faltas de aquí, y pienso que habrás mudado de conducta, no saldrás de mi casa á estas horas, y te daré todo lo que quieras pedir y sea justo; pero deseo saber si esa bolsa que has sacado con ostentacion ha sido henchida legítimamente.

— Vean vms. el infiel, vecinos, dijo Lambourne dirigiendose de nuevo al auditorio. Vean vms. un pícaro viejo de tío que quiere sacar al sol las travesuras de su sobrino al cabo de veinte años ya de fecha. En cuanto á este oro, señores, he estado en el país en donde nace, y en donde se logra con solo el trabajo de agacharse y cogerle en el suelo. He estado en el Nuevo Mundo, amigos míos, en Eldorado, en donde los muchachos juegan á pares y nones con diamantes, las paisanas llevan collares de rubíes, las casas estan cubiertas con tejas de oro, y las calles empedradas con pesos duros. Allí se atan tambien los perros con longanizas.

— Segun eso, amigo Miguel, dijo Lorenzo Goldthred que hacia el primer papel entre los tenderos de Abingdon, será ese un país escelente para el tráfico. ¿Cuanto se podria

ganar por ciento en los lienzos, las cintas y sederías, en un país en que hay tanto oro?

— Dejarían un provecho incalculable, y mucho más si se presentase un mercader joven y buen mozo con la pacotilla, porque las mugeres de aquellos países son muy retrecheras; y como están tostadas del sol, se encienden como yesca cuando ven una tez fresca como la tuya, y unos cabellos rubios.

— Bien quisiera yo poder comerciar en ese país, dijo el tendero abriendo tanto ojo.

— No hay cosa más fácil si tú quieres, dijo Miguel, y si eres el que eras cuando me ayudaste á robar manzanas en la huerta de los frailes. En un daga las pajas puedes convertir tu casa y haciendas en dinero metálico sonante, y comprar con aquel dinero en seguida un barco velero bien equipado. Llevas entónces á bordo todas tus mercancías, y los marineros que sean necesarios; me nombras su capitán, y damos á la vela viento en popa, dirigiendo el rumbo ácia el Nuevo Mundo.

— Le enseñas ahí el secreto, dijo Gil Gosling, de cambiar pesetas por cuartos. Escucha el parecer de un loco, amigo Goldthred. Huye de la mar, que lo devora todo. Aunque te arruinen las mugeres y los naipes, los fardos de tu padre podrán durar un año ó dos ántes que vayas al hospital; pero la

mar es insaciable, y es capaz de tragarse en una mañana todas las riquezas de Lombard Street (1) con la misma facilidad que yo un huevo ó un vaso de vino. En cuanto al Eldorado de Miguel, no te fíes jamás de mí, si no es cierto que le ha encontrado en la faltriguera de algún bobo como tú. No sorbas por eso tan aprisa tu tabaco, Miguel: sientate, y bien venido. Aquí está ya la cena, y convidado á todos los que quieran participar de ella con motivo de la llegada de un sobrino que da tan buenas esperanzas, creyendo que es muy otro de lo que fué en tiempo de marras. Por cierto, sobrino, que te pareces á mi pobre hermana cuanto es posible.

— No se parece tanto al viejo Benito Lambourne su marido, dijo el tendero. ¿Te acuerdas, Miguel, de lo que dijiste al maestro de escuela un día que te quería dar azotes por haber dejado caer las muletas de tu padre? Es un hijo sabio, dijiste, el que conoce á su padre. El doctor Bricham lloraba de risa, y aquellos lloros evitaron los tuyos.

— Sí, pero bien se desquitó el pícaro de él en lo sucesivo, dijo Lambourne. ¿Y como lo pasa el digno pedagogo?

(1) Calle de Londres habitada por los más ricos banqueros.

— Murió, respondió Gil Gosling, hace mucho tiempo.

— Murió, repitió el sacristan de la parroquia: yo estaba cerca de su cama cuando espiró, y murió como había vivido. *Mori, morior, mortuus sum*, tales fueron sus últimas palabras, y apenas tuvo fuerza para añadir: He conjugado ya el último verbo.

— Pues bien, *requiescat in pace*, dijo Miguel, no me debe nada.

— No por cierto, dijo Goldthred, y solia decir que cada zurra que daba á los muchachos ahorraba algun trabajo al verdugo.

— Parece, dijo el sacristan, que no queria dejarle hacer nada, y sin embargo se sabe que Goodman Thong no ha tenido un beneficio simple con nuestro amigo.

Lambourne perdía la paciencia. Cogió su sombrero que estaba sobre la mesa, y se le encasquetó hasta las cejas, de suerte que la sombra de sus alas daba á sus facciones y á su vista, que nada bueno prometian, la espresion siniestra de un maton español. Voto á Dios, señores, dijo, todo es permitido entre amigos, y he dejado á todos vms. y á mi digno tio que está presente, chunguearse á costa de mis travesuras juveniles; pero no hay que olvidarse de que llevo mi sable y mi puñal, y que haria un zafarancho si llegase la oca-

sion, sin dejar títere con cabeza. Desde que he servido en España, no sufro cosquillas en la honra, y sentiria me obligasen vms. á hacer alguna de las mias.

— ¿Y que harias? dijo el sacristan.

— ¿Sí, que harias? dijo el tendero pasando al otro lado de la mesa.

— Te cortaria el resuello, sacristan, para que no pudieses hacer gorgoritos en la iglesia el domingo. Y á tí, mercader de lienzo, cintas y sedería, te sacudiria el casaquin para quitarle el polvo.

— Vamos, vamos, dijo el posadero queriendo meter paz, no hay que alborotar mi casa de ese modo. Sobrino, no hay que picarse por tan poca cosa; y vms., señores, deben pensar que, aunque estan en una posada, no son mas que los convidados del posadero, y que por consiguiente deben respetar mas mi casa. ¡Que diablo! aturdida tengo con esta bulla la cabeza. Me olvido de mi huésped taciturno, como yo le llamo, porque hace dos dias que llegó aquí, y aun no ha abierto la boca sino para pedir lo que necesita. No da mas que hacer que un hombre ordinario, y paga sin embargo como un príncipe de sangre real. Paga sin examinar la cuenta lo que le piden, y no sabe cuando se irá. Una alhaja es el tal hombre. Y yo, como un miserable, le dejo sen-

tado allí abajo en un rincón, como una oveja sarnosa, sin tener la atención de convidarle á cenar ó beber con nosotros. Me trataría como merezco, si se fuese á la *Liebre* antes que sea mas tarde.

Plegando con gracia una servilleta limpia, se la puso sobre el brazo izquierdo, y teniendo en la mano derecha un hermoso frasco de plata, se quitó por un momento la gorra de terciopelo, y se acercó al individuo solitario de que acababa de hablar, y sobre el cual todos fijaron al punto la vista.

Era un hombre de veinte y cinco á treinta años, alto, vestido con sencillez y decencia, y manifestaba cierta dignidad que parecía probar que su traje no era proporcionado á su rango. Tenía un semblante reservado y pensativo, cabello oscuro, ojos negros que brillaban mucho cuando alguna viva emoción le animaba momentáneamente, pero que anunciaban siempre como todas sus facciones un hombre tranquilo y reflexivo. Los curiosos del pueblo habían hecho lo posible por descubrir su nombre, su cualidad, y el objeto de su llegada á Cumnor, pero se quedaron con las ganas de saberlo. Gil Gosling, que era el gallo del lugar, partidario celoso de la reina Isabel y de la religión protestante, empezó desde luego á sospechar que era un

jesuita, un cura, como los que venían entonces á bandadas de Roma y de España, para morir en un patíbulo en Inglaterra; pero no le era posible conservar tal idea de un forastero que no le daba ninguna molestia, pagaba bien, y se proponía pasar algún tiempo en *el Oso negro*.

— Todos los papistas, pensaba Gil Gosling, están unidos como los cinco dedos de la mano. Si este fuese uno de tantos, se hubiera alojado en casa del rico escudero en Belseley, ó en casa del viejo caballero en Wootton, ó en alguna otra de sus cavernas romanas, en vez de venir á una posada pública, como hombre honrado y buen cristiano. Por otra parte, el viernes pasado comió carne asada, aunque había sobre la mesa anguilas tan buenas como pueden pescarse en el Isis.

El bueno de Gil Gosling, que se había convencido á sí mismo con semejantes ratiocinios de que su huésped no era católico, se adelantó hasta él con toda la cortesía imaginable, y le suplicó le hiciese el honor de beber un vaso de vino fresco, y asistir á una colación que daba á su sobrino con motivo de su llegada, y enmienda según él se lo figuraba. El extranjero procuró excusarse dando las gracias; pero el posadero insistió empleando argumentos fundados en el honor de la casa,

y en las sospechas á que pudiera dar lugar á los habitantes de Cumnor un carácter tan poco sociable.

— En verdad, señor, le dijo, que es honor mio que todos esten alegres en mi posada. Hay entre nosotros en Cumnor muy malditas lenguas, ¿y en donde no las hay? Se mira de reojo á las gentes que se calan el sombrero hasta los ojos, como si echasen de menos el tiempo pasado, en lugar de gozar de la dicha que el favor del cielo nos ha concedido dandonos por señora la buena reina Isabel, que Dios bendiga y nos conserve por muchos años.

— ¡Y que! mi huésped, respondió el extranjero, ¿debe parecer un hombre sospechoso, porque se entrega á sus pensamientos á sus solas? Vm., que ha vivido en el mundo doble mas tiempo que yo, debe saber que hay ciertas ideas que nos dominan á pesar nuestro, y que es inútil que digamos: — No quiero pensar en eso, divertamonos.

— ¡Voto á tal! si son tristes los pensamientos que atormentan á vm., y no basta el buen inglés para desalojarlos, mandaré venir de Oxford un discípulo de Bacon que los disipará á fuerza de lógica y de hebreo. Pero ¿por que no ensaya vm. mas bien anegarlos en un mar de vino de Canarias? Perdone vm. mi franqueza, pero soy un posadero antiguo, y

me es permitida esta libertad. Ese humor melancólico no le conviene á vm., ni sienta bien tampoco en una persona que tiene hermosas botas, sombrero de castor finísimo, casaca de buen paño, y la bolsa bien provista. ¡Que se vaya al diablo esa melancolía! Es preciso alegrarse, señor mio, ó de parte de este grato licor desterrarémos á vm. de la compañía de esta reunion festiva á la tristeza y soledad de los bosques. He aquí una porcion de sugetos alegres y amigos de divertirse, no se ponga vm. de cejo al verlos, como el diablo mirando á Lincoln.

— Dice vm. muy bien, amigo, dijo el forastero con una sonrisa que, aun estando triste, daba una espresion muy agradable á su fisonomía. Dice vm. muy bien; y los que se hallan en mi situacion y mis circunstancias no deben seguramente turbar con su melancolía la alegría de los que son mas felices. Me reuniré de buena gana á los convidados de vm., para no pasar por un misántropo.

Al decir esto, se levantó para ir á reunirse con los demas que, animados con los consejos y el ejemplo de Miguel Lambourne, y siendo por la mayor parte gentes dispuestas á aprovecharse de la ocasion de llenar la barriga á costa del posadero, habian hecho ya una escursion fuera de los límites de la sobrie-

dad, como podía inferirse del tono con que Miguel preguntaba por sus conocidos antiguos, y las carcajadas que acompañaban á cada respuesta. El mismo Gil Gosling, acostumbrado á ver tales jaranas, estaba un poco escandalizado, y con mas razon porque miraba involuntariamente con cierto respeto al desconocido. Se deluvo pues á alguna distancia de la mesa en que estaban reunidos los alegres convidados, y empezó una especie de apología de su desórden y licencia.

— Al oírlos hablar, dijo, se pudiera creer que no hay uno entre ellos que no haya pasado la vida con la divisa, *la bolsa ó la vida*; y sin embargo verá vm. mañana que son artesanos laboriosos, mercaderes hombres de bien, si puede haberlos entre los que tienen la vara media pulgada mas corta, y hacen pasar las monedas faltas de peso por buenas. Ese que vé vm. ahí, con el cabello rizado como un perro de lanas, con la casaca toda sobre un hombro, y que tiene ahora toda la facha de un pillo, pues bien, es un tendero de Abingdon, que en su tienda suele estar de piés á cabeza tan bien vestido como pudiera un lord. Habla, siguiendo la conversacion de los otros, como si fuera uno de los famosos salteadores y asesinos, prodigando baladronadas, y todas las noches duerme pacíficamente en su buena

cama, con una luz á un lado, y la Biblia al otro para espantar los duendes y las hechiceras.

— ¿Y su sobrino de vm., ese Miguel Lambourne, que es el rey de la fiesta, quiere tambien pasar plaza de valiente?

— Vm. me estrecha ya demasiado, señor mio; mi sobrino es sobrino mio, hijo de mi hermana, y aunque fué un gran tunante en su juventud, ha podido enmendarse con el tiempo: ¿no es verdad? No quisiera sin embargo que creyese vm. que lo que he dicho poco ha acerca de él son palabras del Evangelio. Habia reconocido desde luego al bribon, y he querido ajarle un poco la vanidad. Pero ¿bajo que nombre debo presentar mi respetable huésped á los demas convidados?

— Con el nombre de Tresilian, si á vm. le parece.

— ¿Tresilian? es apellido que suena bien, y que trae su origen, segun me parece, del condado de Cornouailles: vm. conoce sin duda el proverbio y la redondilla siguiente:

Cuando halle algun apellido
Que empieza con *Pol, Pen, Tré,*
Al punto aseguraré
Que de Cornouaille ha venido.

¿Podré decir el señor Tresilian de Cornouailles?

— No diga vm., señor huésped, sino lo que le he permitido decir, y no habrá dicho vm. sino la verdad. Puede muy bien un hombre tener un apellido ilustre que empiece en *Pol*, en *Pen* ó en *Tré*, y haber nacido léjos sin embargo del monte de San Miguel.

Gil Gosling no quiso insistir en su curiosidad, y presentó el extranjero con el nombre del señor Tresilian á su sobrino y á sus amigos; y estos, despues de haber bebido á la salud del nuevo convidado, continuáron la conversacion que su llegada habia interrumpido.

CAPITULO II.

— ¿Habla vm. del jóven Lancelot?

El Mercader de Venecia.

DESPUES de un corto intervalo el tendero, á instancias del posadero y los alegres convidados, les regaló los siguientes versos:

Apénas hay ave alguna
Que yo prefiera al mochuelo:
A toda persona cuerda
Le puede servir de ejemplo.
A la entrada de la noche
Abandona su agujero,
Sacudiendo la pereza,
Y sale á dar un paseo.
Su canto, dicen, promete
Al hombre gloria y provecho:
Si es verdad lo que nos cuentan,
Amigos, ¡viva el mochuelo!
Mientras el sol nos alumbra,
En ningun lado le vemos,
Y en un rincon por la noche
Halla su entretenimiento.
A su saber y prudencia
Alegremente brindemos,
Gritando entre trago y trago,
Amigos, ¡viva el mochuelo!

— No diga vm., señor huésped, sino lo que le he permitido decir, y no habrá dicho vm. sino la verdad. Puede muy bien un hombre tener un apellido ilustre que empiece en *Pol*, en *Pen* ó en *Tré*, y haber nacido léjos sin embargo del monte de San Miguel.

Gil Gosling no quiso insistir en su curiosidad, y presentó el extranjero con el nombre del señor Tresilian á su sobrino y á sus amigos; y estos, despues de haber bebido á la salud del nuevo convidado, continuáron la conversacion que su llegada habia interrumpido.

CAPITULO II.

— ¿Habla vm. del jóven Lancelot?

El Mercader de Venecia.

DESPUES de un corto intervalo el tendero, á instancias del posadero y los alegres convidados, les regaló los siguientes versos:

Apénas hay ave alguna
Que yo prefiera al mochuelo:
A toda persona cuerda
Le puede servir de ejemplo.
A la entrada de la noche
Abandona su agujero,
Sacudiendo la pereza,
Y sale á dar un paseo.
Su canto, dicen, promete
Al hombre gloria y provecho:
Si es verdad lo que nos cuentan,
Amigos, ¡viva el mochuelo!
Mientras el sol nos alumbra,
En ningun lado le vemos,
Y en un rincon por la noche
Halla su entretenimiento.
A su saber y prudencia
Alegremente brindemos,
Gritando entre trago y trago,
Amigos, ¡viva el mochuelo!

— Hableme vm. de eso, camarada, dijo Miguel, cuando dejó de cantar el tendero; esos versos se comprenden, y veo que hay todavía gente de provecho entre vms. Pero ¡que retahila de compañeros me presentan vms. también! no encuentro ninguno cuya historia no sea de mal agüero. ¿Con que Will de Wallingford se fué al otro barrio?

— Sí, dijo uno de sus amigos, murió como un gamo á manos de Thatcham, el antiguo guardabosques del duque, en el parque de Donnington.

— Era muy amigo de la caza, dijo Miguel, y le gustaba también el trago. Bien merece un brándis. Vamos, amigos, ¡á las armas!

Cuando hubieron brindado por el difunto, preguntó Lambourne donde estaba Partins de Padwoorth.

— Partió, hace ya diez años, desde el castillo de Oxford. Goodman Thong puede dar razon de eso, y no necesitó mas equipage que un cordel de dos cuartos.

— ¡Que! ¡el pobre Partins murió de un modo tan airoso! eso es lo que resulta generalmente de los paseos nocturnos. Mucho le gustaba divertirse y derrochar. ¿Y que me dirán vms. de un tal de.... de Hal.... Hal, con su gran pluma siempre, que vivía cerca de Yattenden?... No me acuerdo del apellido.

— ¡Que! ¿Hal Hempseed? preguntó el tendero. Debes acordarte de que quería hacer papel, y mezclarse en la política, en los negocios de Estado. Se metió en un embrollo con el duque de Norfolk, hace dos ó tres años; huyó del país, porque querían echarle la garra y meterle en chirona. Tomó pues, como digo, soleta, y no le hemos vuelto á ver el pelo.

— Despues de tales desastres, dijo Miguel, no sé si me atreveré á tomar en boca á Tony Foster. No es posible que haya dejado de caerle también la lotería á terno seco.

— ¿De que Tony Foster quieres hablar? dijo el posadero.

— ¡Par diez! del que llamaban Tony Botafuego, porque acudió con un tizon cuando fuéron quemados Latimer y de Ridley: el viento habia apagado la antorcha de Goodman Thong, y nadie queria darle fuego por ningun dinero.

— Ese Tony está bueno y sano, y es hoy un gran señor. Pero ten mucho cuidado de no llamarle Botafuego, sobrino, si no quieres tener un lance serio con él.

— ¡Como! ¿se avergüenza de que le llamen Botafuego? No ha sido siempre lo mismo, á fé mia. Hacia gala del sambenito,

y decía que para él era lo mismo ver asar un herege que un buey ó un cordero.

— Sin duda, sobrino mio, pero eso era en el buen tiempo de la reina María, cuando el padre de Tony era aquí alcalde del abad de Abingdon; pero despues se casó con una precisiana, y ahora es tan buen calvinista como el mismo Calvino.

— Y se ha hecho hombre de importancia, dijo Goldthred; lleva erguida la cabeza, y desprecia sus antiguos amigos y compañeros.

— Se conoce en eso que ha hecho fortuna el bribon. Cuando alguno llega á hacer dinero, no quiere tener dares ni tomares con los que no le tienen.

— ¿Te acuerdas de Cumnor-Place, la casa antigua del pueblo, cerca del cementerio?

— ¡Si me acuerdo! por mas señas que robé tres veces toda la fruta de la huerta. Pero ¿que importa? era la residencia del abad, cuando habia alguna epidemia en Abingdon.

— Sí, dijo el posadero, pero hoy es la habitacion de Tony Foster, en virtud de la concesion que le ha sido hecha por un gran señor á quien la corona habia cedido todos los bienes de la abadía.

— No hay que pensar, dijo el tendero, que todo eso sea por mero orgullo. Hay de por

medio una hermosa dama, y Tony apénas permite que la vea la luz del sol.

— ¡Como! dijo Tresilian que tomó entónces parte en la conversacion, ¿no acaba vm. de decir que Foster se habia casado con una calvinista?

— Sin duda, con una precisiana tan rigorista como pudiera hallarse en el mundo; y Tony y ella vivian, segun dicen, como perros y gatos. Pero murió, dejemosla en paz; y como no tiene Tony mas que una hija, se cree que se casará con esta desconocida que da tanto que decir.

— ¿Y por que? preguntó Tresilian; quiero decir, ¿por que da tanto que hablar?

— Porque dicen que es hermosa como un serafin, respondió Gosling, porque nadie sabe de donde viene, y porque quisieran saber el motivo de estar tan retirada y estrechamente encerrada. En cuanto á mí, no la he columbrado jamas; pero creo que la has visto tú, Goldthred.

— Sí por cierto. La ví una vez que vine de Abingdon aquí á caballo. Pasé por debajo de la ventana grande de la casa vieja, en cuyos cristales hay pintados santos y cosas de historia. No habia seguido el camino ordinario, pues atravesé el parque. Hallando que la puerta no estaba bien cerrada, creí poder

hacer uso del privilegio de compañero antiguo, y pasar por la arboleda para disfrutar de la sombra, porque hacia calor, y para evitar el polvó, porque tenia un chaleco de color de melocoton con galones de oro....

— Y porque querias, dijo Miguel, lucir el chaleco á la vista de una buena moza. ¡Maldita cabeza! ¿cuando has de dejar esas tus mañas?

— No es eso, Miguel, no es eso, dijo el tendero sonriendose y orgulloso. Era la curiosidad, y cierta lástima interior, porque la pobre dama no vé ni de dia ni de noche sino á Tony Foster con sus cejas negras, su cabezota y sus piernas zambas.

— Y tú le hubieras presentado un buen mozo, una levita de seda, una pierna bien hecha, una carita redonda, sonriendose sin saber por que, y queriendo decir: ¿que falta á vm.? una gorra de terciopelo, una pluma de Turquía, y un alfiler de plata sobredorada. ¡Ah! tendero, tendero, los que tienen buena mercancía la ponen de manifesto. Vamos, señores, vamos, llenemos los vasos, brindo á las grandes espuelas, las botas cortas, las levitas llenas, y las cabezas vacías.

— Todo eso es envidia, Miguel, dijo Goldthred; pero si la casualidad me ha favorecido, no ha hecho por mí mas que lo que hu-

biera podido hacer por tí ó por cualquier otro.

— ¡Cara de pastel, dijo Lambourne, confunda el cielo tu impudencia! ¿te atreves tú, tenderillo miserable, á compararte con un militar, con un hombre como yo?

— Permitame vm., señor mio, dijo Tresilian, que le suplique no interrumpa al buen tendero de Abingdon. Cuenta una historia tan agradablemente, que le escucharia de buena gana hasta la media noche.

— Usted me hace mucho favor, dijo Goldthred; ya que divierte á vm. mi relacion, señor Tresilian, voy á continuarla, á pesar de las burlas y sarcasmos de ese soldado valiente, que quizá se ha cubierto mas bien de vergüenza que de laureles en los Países Bajos. Asi pues, señor mio, al pasar debajo de la ventana grande, habiendo dejado las riendas al caballo, tanto para ir mas cómodamente como para poder mirar á todas partes, oí abrir la ventana; y el diablo me lleve en andas y volandas, si no ví en ella la muger mas hermosa que me he echado jamas á la cara; y eso que habrá pocos que hayan visto mas buenas mozas que el hijo de mi madre, ni que tengan tanto voto en la materia.

— ¿Podria vm. hacernos de ella una descripcion? preguntó Tresilian.

— Aseguro á vm. que estaba vestida á maravilla, tan bien como lo pudiera estar una reina. Era su vestido de arriba abajo, incluso las mangas, de raso liso de color de gengibre, que pienso valia lo menos sus treinta chelines la vara: estaba forrado en tafetan tornasolado, y guarnecido con dos galones anchos de oro y plata. ¡Pues no le digo á vm. nada de su sombrero! no he visto otro de mejor gusto en las cercanías; era de seda, amarillo y bordado en oro, y tenia una franja de oro igualmente. Yo le aseguro á vm. que era cosa rica, y mejor que cuanto se puede exagerar.

— No preguntaba yo cual era su vestido, dijo Tresilian que habia escuchado impaciente todos los pormenores que refirió el tendero. Díganos vm. alguna cosa acerca de su tez, sus facciones, y color de sus cejas y cabellos.

— En cuanto á su tez, no puedo decir nada de positivo, pero noté que tenia un abanico con las varillas y mango de marfil curiosamente entallado; y en cuanto al color de su cabello, puedo afirmar á vm. que, moreno ó rubio, le cubria un adorno de seda verde entretelado de oro.

— He aquí una memoria tenderil, dijo Lambourne. ¡Diablo de hombre! le pregun-

tan acerca del rostro de una muger, y contesta acerca de su vestido y adorno.

— A eso digo, replicó Goldthred algo desconcertado, que apenas tuve tiempo de mirarla bien, porque al ir á darla los buenos dias, con una sonrisa...

— Como la de un mico que topa una castaña, dijo Lambourne.

— De repente, continuó el tendero, aquel diablo de hombre, ya me entiende vm., Tony Foster en persona se presentó con un baston en la mano....

— Y te sacudió el polvo, dijo el posadero, en pago de tu impertinencia.

— Se hubiera guardado muy bien de hacerlo, respondió Goldthred enfadado. No es eso lo que sucedió. Verdad es que se me encaró levantando su baston, y que me dijo algunas lindezas: me preguntó por que no seguia el camino real, y otras cosas de este jaez. De suerte que se me subió el humo á las narices, y le hubiera dado un buen coscorrón con el mango de mi látigo, si no hubiera temido que se desmayase aquella dama al vernos reñir.

— ¡Ah, gallina! ¡ah! dijo Lambourne, ¡que caballero andante ha pensado jamas que su dama pudiera desmayarse, cuando por librarla va á pelear en su presencia contra

gigante, follon ó malandrin? Pero ¿por que hablar de gigantes con un hombre que se ha dejado arrojar por una mosca? Has perdido la mejor ocasion.

— Pues bien, aprovechate tú mejor de otra, baladron. Ahí está el castillo encantado; el gigante y la dama te aguardan, si te atreves á presentarte como yo.

— Lo haré por un cuartillo de vino de Canarias; pero aguarda, necesito lienzo: ¿quieres apostar una pieza de crea contra seis ángeles de oro, á que mañana por la mañana voy á casa de Tony Foster, y le obligo á presentarme á su ninfa?

— Acepto la apuesta, y aunque tienes tan poca vergüenza, estoy seguro de ganarla. Depositemos el dinero en manos del huésped, miéntras le envío yo la pieza de lienzo.

— No quiero encargarme de semejante depósito, dijo Gosling. Bebe, sobrino, en paz, sin meterte en tales laberintos. Te aseguro que Foster tiene bastante poder para meterte en el castillo de Oxford, y para adornar tus muñecas con un par de brazaletes de hierro.

— Ya está acostumbrado Miguel á todo eso, dijo Goldthred, y no le cogerá de nuevo. Pero ya no se puede volver atrás sin perder la apuesta.

— ¡Perder la apuesta! dijo Lambourne:

no, á fé mia, me chiflo yo de la cólera de Tony sin estimarla en un ardite. Y rabie ó no rabie, verémos á su princesa mañana mismo.

— Llevaré yo la mitad de la apuesta, dijo Tresilian, si vm. me permite que le acompañe en esa aventura.

— ¿Y que lograria vm. con eso? dijo Lambourne.

— Lograré el gusto de admirar la industria y el valor que será preciso emplee vm. en la empresa. Soy un viagero, y busco los hechos raros, los casos nada comunes, con el ahinco mismo con que los antiguos caballeros buscaban las aventuras.

— Si encuentra vm. gusto en ver harponar una trucha, consiento de muy buena gana en que venga vm. á verme pescar. Y ahora beberé por el buen éxito de mi empresa, y si alguno se negare á hacerme la razon, le declaro desde luego un mandria, y le cortaré las piernas.

El vaso de Miguel Lambourne se habia llenado ya tantas veces, que con el último trago la razon empezó á bambolear sobre su trono. Juró dos ó tres veces amenazando al tendero, que sostuvo con bastante fundamento que no podia beber á la pérdida de su apuesta.

— ¿Quieres tú razonar y argüir conmigo?

dijo Miguel, ¿tú que no tienes mas meollo en tu cabeza que un ovillo de hilo ó de algodón? ¡Cuerpo de Dios! sacaré de tu pellejo cincuenta varas de cinta.

Pero mientras echaba mano á su sable para ejecutar sus amenazas, dos mozos de la posada cargaron con él, le llevaron á su cuarto, y le metieron en la cama para que durmiese la mona.

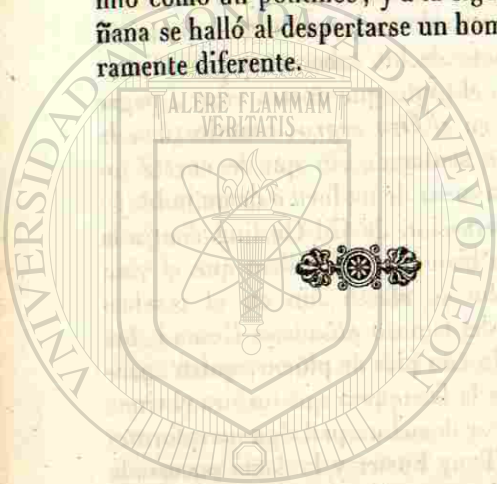
Todos se levantaron entónces y se separaron, de lo que se alegró mucho el posadero, pero no algunos otros individuos que no tenían ganas de renunciar al buen vino que nada les costaba, mientras podian aun llevar el vaso á la boca. Tuviéron que retirarse á pesar de sus tripas, y se fueron dejando á Gosling y Tresilian en posesion de la sala.

— Yo no sé á fé mia, dijo el primero, que placer encuentran nuestros grandes señores en dar fiestas y francachelas, haciendo el papel de fondistas ó taberneros, sin tener la ventaja de hacerse despues pagar el escote. Eso me sucede algunas veces, pero ¡vive Dios! á regañadientes. Cada uno de estos cuerpos sin alma, de estos frascos que mi sobrino y otros acaban de despachar, debería dejar algun beneficio á un hombre de mi clase; y vealos vm. sobre mis pobres costillas. No concibo que gusto puede encontrarse en presenciar

el ruido, las jaranas, las borracheras, las camorras que les siguen, los escesos y las blasfemias, cuando solo dejan pérdida en vez de ganancia; y sin embargo se han consumido de ese modo inútilmente y se han arruinado mas de cuatro dominios, con gran perjuicio y detrimento de los taberneros y fondistas. ¿Quien es el tonto que querrá venir á pagar su escote en *el Oso negro*, cuando tiene la ocasion de sentarse, sin que le cueste un cristo, á la mesa de un lord ó de un noble?

La declamacion de Gil Gosling contra la borrachera hizo ver á Tresilian que el vino habia hecho su efecto aun en el cerebro aguerrido del famoso posadero. Como habia él caminado con piés de plomo, quiso aprovecharse de la franqueza que inspira el vino, para arrancar de su huésped algunos informes acerca de Tony Foster y la dama encerrada que habia desenterrado el tendero en su casa. Pero sus preguntas produjéron únicamente una nueva declamacion contra las astucias de las mugeres, en la cual Gosling echó mano de la sabiduría de Salomon para sostener la suya. Al fin el posadero dirigió su atención á los mozos que se hallaban ocupados, les dió sus órdenes, riñó; y queriendo por último darles el ejemplo, solo consiguió romper platos y vasos, queriendo hacer ver como se

hacia el servicio en *las tres Cigüeñas*, que era entónces la mas famosa taberna de Londres. Este accidente le hizo entrar en sí mismo, se fué á su cuarto, se metió en la cama, durmió como un pontífice; y á la siguiente mañana se halló al despertarse un hombre enteramente diferente.



CAPITULO III.

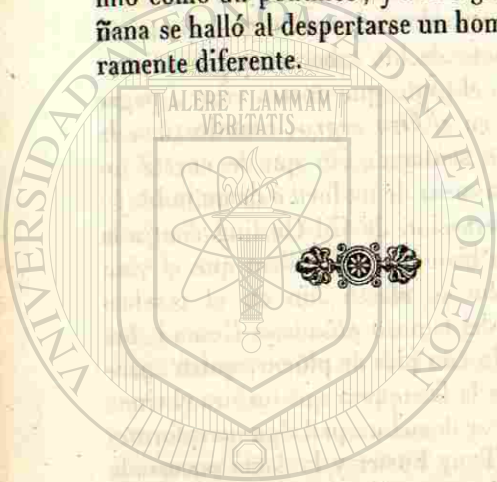
El predicarme es en vano,
He de mantener la apuesta;
Una aventura como esta
No la dejo de la mano.
Decis que cuando aposté
Anoche, estaba bebido;
Mas lo que el vino ha ofrecido,
Yo mismo lo cumpliré.

La Mesa de juego.

— ¿Y que es de su sobrino de vm., mi huésped? dijo Tresilian la mañana siguiente, cuando Gil Gosling bajó á la sala grande en que habian cenado la vispera. ¿Como está su sobrino de vm.? ¿mantiene todavía su apuesta?

— Hace ya dos horas que salió á tomar el fresco, y ha recorrido sus antiguos andurriales; pero está ya de vuelta almorzando huevos frescos y moscateles. En cuanto á su apuesta, aconsejo á vm., como amigo, que no tome cartas en ese asunto, ni en ningun otro de los que él emprenda. Y hará vm. muy bien en almorzar alguna cosa de sustancia para fortificar su estómago, y dejar á mi sobrino

hacia el servicio en *las tres Cigüeñas*, que era entónces la mas famosa taberna de Londres. Este accidente le hizo entrar en sí mismo, se fué á su cuarto, se metió en la cama, durmió como un pontífice; y á la siguiente mañana se halló al despertarse un hombre enteramente diferente.



CAPITULO III.

El predicarme es en vano,
He de mantener la apuesta;
Una aventura como esta
No la dejo de la mano.
Decis que cuando aposté
Anoche, estaba bebido;
Mas lo que el vino ha ofrecido,
Yo mismo lo cumpliré.

La Mesa de juego.

— ¿Y que es de su sobrino de vm., mi huésped? dijo Tresilian la mañana siguiente, cuando Gil Gosling bajó á la sala grande en que habian cenado la vispera. ¿Como está su sobrino de vm.? ¿mantiene todavía su apuesta?

— Hace ya dos horas que salió á tomar el fresco, y ha recorrido sus antiguos andurriales; pero está ya de vuelta almorzando huevos frescos y moscateles. En cuanto á su apuesta, aconsejo á vm., como amigo, que no tome cartas en ese asunto, ni en ningun otro de los que él emprenda. Y hará vm. muy bien en almorzar alguna cosa de sustancia para fortificar su estómago, y dejar á mi sobrino

y al tendero que se compongan entre ellos y que allá se las campaneen.

— Me parece, huésped, que no sabe vm. muy bien que es lo que debe decir acerca de ese sobrino, y que no puede ni elogiarle ni vituperarle con franqueza.

— Asi es la verdad, señor Tresilian. El afecto natural me dice al oído: Gil, Gil, ¿por que has de querer injuriar al hijo de tu hermana? ¿por que dañar á tu sobrino? ¿por que ensuciar tu propio nido? ¿por que deshorrar tu sangre? Pero llega luego la justicia, y me grita: He aquí un huésped de los mas respetables que han puesto los piés en *el Oso negro*, un hombre que jamas ha disputado sobre el escote; lo digo delante de vm., señor Tresilian, y no porque vm. necesite hacerlo. Entónces, y como hablandose á sí mismo, añadió: Un viagero que, segun parece, no sabe ni por que ha venido, ni cuando se irá; y tú, que eres posadero, que hace treinta años pagas las contribuciones en Cumnor, que eres en el dia primer constable del pueblo, ¿sufrirás que este fenix de los forasteros y huéspedes caiga en los lazos de tu sobrino, que es un holgazan, un tunante, un tramposo que vive del juego y la industria, un profesor de las siete ciencias infernales en que está graduado como el primero? No, ¿por vida de

Cristo! puedes cerrar los ojos cuando trata de atrapar un chorlito como Goldthred; pero en cuanto al viagero, debe prevenirsele; y armado de tus consejos, si es que quiere escucharte, á tí, su fiel posadero....

— Bueno, bueno, señor huésped, los avisos de vm. no caen en saco roto; pero debo mantener mi parte en la apuesta, segun tengo prometido. Déme vm. sin embargo algun informe. ¿Quien es ese Foster? ¿que hace? ¿por que guarda una muger con tanto misterio?

— Verdaderamente yo no podré añadir sino muy pocas cosas á lo que oyó vm. ayer noche. Era Foster uno de los papistas de la reina María, y hoy es uno de los protestantes de la reina Isabel. Era vasallo del abad de Abingdon, y ahora es señor de un hermoso dominio que pertenecia á la abadía. Era pobre, y es rico. Hay quien dice que en esa casa antigua se encuentran aposentos bastante bien adornados y amueblados para que pueda ocuparlos la misma reina, que Dios guarde! Unos piensan que ha dado con un tesoro en la huerta, otros que ha hecho pacto con el diablo para enriquecerse; algunos pretenden que ha robado al abad toda la plata de la iglesia de la abadía, que se hallaba oculta en la casa vieja del pueblo, cuando la reforma. Sea lo que quiera, él es rico, y Dios, su cou-

ciencia, y el diablo quizá, saben únicamente de donde le ha venido lo que tiene. Es un hombre brusco, y ha cesado toda relacion entre él y los habitantes del pueblo, como si tuviese algun gran motivo secreto para ello, ó se creyese hecho de otra masa que los demas. Si Miguel quiere renovar la amistad con él, creo muy probable que van á tener camorra, y sentiria mucho, señor Tresilian, que acompañase vm. á mi sobrino en esta visita.

Tresilian le respondió que obraria con la mayor prudencia, que perdiese todo cuidado en esa parte. En una palabra, le dió todas las seguridades que jamas dejan de prodigar los que estan resueltos á hacer algun acto de temeridad, á pesar de los consejos de sus amigos.

Entretanto aceptó el convite de su huésped, y acababa de almorzar opíparamente, lo mismo que Gosling, habiendoles servido el almuerzo la linda Cicily, cuando el héroe de la velada antecedente, Miguel Lambourne, entró en la sala. Se habia vestido con alguna decencia: dejando el traje de camino, habia elegido otro á la moda, y manifestaba un exterior mas ventajoso.

— Par diez, tio mio, dijo, anoche nos mojé vm. grandemente el pico con su vino de Canarias; pero la mañana es muy seca. De

buen gana haré á vm. la razon con el vaso en la mano; pero ¡cáspita! he aquí mi hermosa prima Cicily: te dejé en la cuna, y te encuentro con corsé de terciopelo, tan peripuesta como la primera muchacha que alumbró el sol en Inglaterra. Reconoce en mí un amigo y pariente, Cicily, y ven, que quiero abrazarte y echarte mi bendicion.

— Poco á poco, poco á poco, seor guapo, dijo Gil Gosling; deja en paz á Cicily, que tiene sus ocupaciones; pues, aunque seas hijo de mi hermana, no se sigue de ahí que debais ser primos.

— ¡Que, tio! ¿piensa vm. que soy un descastado? ¿Cree vm. que puedo yo olvidar lo que debo á mi familia?

— Yo no digo nada de eso, Miguel, pero me gusta tomar mis precauciones, ese es mi genio. Es verdad que te veo hoy tan dorado como una culebra que acaba de cambiar el pellejo en la primavera; pero á pesar de eso no te introducirás en mi Eden, cuidaré de mi Eva, tenlo por cierto, Miguel. Pero ¡te has puesto muy majo! Al mirarte al lado del señor Tresilian que está presente, cualquiera diria que eres tú el caballero, y que es él el sobrino del fondista.

— Eso es hablar, tio mio, muy á lo aldeano.

Solo los palurdos se espresan asi, porque no saben mas. Yo le aseguro á vm., y escucheme quien quiera, que en un verdadero caballero hay cierto no sé que que le distingue, y que no podemos imitar los que hemos nacido de gente baja. Yo no alcanzo en que consiste eso; pero aunque sé yo muy bien entrar en una taberna con la mayor desfachatez, y llamar á los mozos rineñídoles, beber como el mas atrevido, jurar y echar pestes, y arrojar el dinero por la ventana con tanto aire como el primer caballero que lleva espuelas doradas y plumero blanco, el diablo me lleve si puedo imitarlos, aunque lo he intentado mil veces. El dueño de la casa me pone en un rincón de la mesa, y me sirve el último; y el mozo me responde: Allá voy, amigo, sin tenerme ningun respeto. Pero ¿que importa? lo mismo me da acuestas que al hombro. Tengo un aire bastante noble para dar capote á Tony Foster, y es hoy todo cuanto necesito.

— ¿Persiste vm., segun eso, en ir á visitar á su conocido antiguo? dijo Tresilian.

— Sí por cierto, respondió el aventurero. Una vez que se ha hecho una apuesta, es preciso llevarla á cabo. Esa es una ley reconocida en todo el universo. Pero vm., señor, si mal no me acuerdo, pues ayer me achispó el vino de Canarias, creo que tomé tambien

cartas en este asunto, y quiere ser de la partida.

— Me propongo acompañar á vm. en esa visita, respondió Tresilian, si me dispensa ese favor, y he depositado ya entre las manos del huésped la mitad del importe de la apuesta.

— Asi es la verdad, dijo Gil Gosling, y en la mejor moneda en que se puede pagar un escote. Deseo á vms. un buen éxito en la empresa, ya que se hallan resueltos á hacer una visita á Tony Foster. Pero creo que harán vms. muy bien en beber otro trago ántes de partir, porque su recibimiento será sin duda muy seco. Y si se encuentran vms. espuestos á algun peligro, envíenme vms. un aviso á mí, Gil Gosling, primer constable de Cumnor; pues, aunque es tan bravo Tony, me hallo sin embargo en el caso de ponerle modo.

Miguel, como humilde sobrino, obedeció á su tío bebiendo otro piscolavis, y dijo que jamas se encontraba tan despejado y bien dispuesto como despues de haberse humedecido bien la garganta por la mañana: con esto salió con Tresilian á hacer la visita á Tony Foster.

El pueblo de Cumnor está muy bien situado sobre una colina; y en un parque bien poblado de árboles, que estaba cerca, se encontraba el antiguo edificio que habitaba en;

tónces Tony Foster, y cuyas ruinas existen quizá todavía. Este parque estaba, como digo, en aquella época lleno de grandes árboles, la mayor parte antiguos encinos que estendian sus ramas gigantescas sobre las paredes altas que rodeaban aquella habitacion, lo que la daba un aspecto sombrío, retirado y monástico. Se entraba por una gran puerta á la antigua, de encino muy espeso, y guarnecida de clavos enormes, como la puerta de una ciudad.

— No será fácil asaltar la plaza, dijo Lambourne, considerando la fuerza y solidez de la puerta, si la condicion sospechosa de ese bribon nos rehusa abrirla, como es muy posible, y si la visita tonta del tenderillo de morondanga le ha dado alguna inquietud. Pero no, añadió empujando la puerta que cedió al primer empellon, bien podemos entrar; y estamos ya en terreno prohibido, sin tener que vencer mas obstáculo que la resistencia pasiva de una puerta pesada de encino que lude sobre gouces mohosos.

Hallabanse entónces á la sombra de unos grandes árboles semejantes á aquellos de que acabamos de hablar, y que en otro tiempo estaban encerrados entre dos hileras de arbustos. Habiendo estos permanecido incultos durante muchos años, habian formado ma-

torrales que hacian oscura y melancólica la entrada. Crecia la yerba por todas partes, y en dos ó tres sitios habia leñas apiladas, que habian dejado allí para secarlas sin duda y destinarlas al fuego. Habia tambien otros caminos y sendas, pero igualmente impracticables por la infinidad de zarzales, espinos y malas yerbas que crecian por todos lados. Ademas del disgusto que causa siempre el ver las nobles obras del hombre destruidas por su negligencia, y deshacerse las señales de la vida social gradualmente con la influencia de una vegetacion abandonada por el arte, la inmensa elevacion de los árboles y sus copadas ramas esparcian un aire sombrío sobre la escena, aun en medio del dia, y producian una simétrica impresion en la imagiacion de los que la observaban. Ni el mismo Miguel Lambourne estuvo esento de ella, aunque no era propio de su carácter dejarse conmover por otra cosa sino por lo que se encaminase directamente á sus pasiones.

— Este bosque es oscuro como la boca del lobo, dijo á Tresilian, adelantandose por aquella entrada solitaria, desde la que se distinguia la fachada del edificio construido en otro tiempo por los frailes, con sus grandes ventanas, paredes de ladrillo, cubiertas de hiedra y otras yerbas, y grandes chimeneas de

piedras. Y sin embargo, continuó, es preciso disculpar á Foster, pues, si no quiere ver gentes, tiene razon en conservar su habitacion en un estado que no dé á nadie ganas de entrar en ella. Pero si fuese todavía el que ha sido en otro tiempo, dias ha que estos grandes encinos hubieran caído en manos de algun carpintero, y aun los materiales de esta casa antigua hubieran servido para levantar otras nuevas, y todo con el laudable objeto de jugar el dinero de su importe.

— ¿Era disipador entónces? preguntó Tresilian.

— Era lo que éramos todos, es decir, ni santo ni económico, y ademas ni franco ni comunicativo con sus compañeros. Quería que toda la agua pasase precisamente por su molino, y allá á sus solas bebia mas vino que el que me hubiera obligado yo á beber con un buen acólito del condado de Berks. Esta circunstancia, y cierta inclinacion que tenia naturalmente al fanatismo, le hacian indigno de la amistad de un buen compañero. Asi es que se vé ahora enterrado aquí en una cueva que es precisamente la que conviene á semejante raposo.

— Pero ya que congenia vm. tan poco con su antiguo compañero, señor Lambourne,

¿por que desea vm. con tal ahinco renovar su amistad?

— ¿Y por que, señor Tresilian, ha querido vm. acompañarme en esta visita?

— Se lo he dicho á vm. ya, al tomar parte en la apuesta; la curiosidad....

— ¡Ciertamente! Vea vm. como las gentes urbanas y discretas nos tratan á los que vivimos usando del libre ejercicio de nuestra industria y amaños. Si hubiese respondido á vm. diciendo que sola la curiosidad me llevaba á ver á mi compañero antiguo Tony Foster, estoy seguro de que hubiera mirado vm. mi respuesta como una evasion, una escapatoria. Pero supongo que es preciso que me contente con la contestacion que vm. me ha dado.

— ¿Y por que la simple curiosidad no pudiera bastar á decidirme á dar este paseo con vm.?

— Todo lo que vm. guste, señor mio, pero no crea vm. pasarme la dedada. He vivido harto tiempo entre pájaros de cuenta, que saben sacar el pié del lodo, para que puedan hacerme pasar gato por liebre. Es vm. caballero por nacimiento y por educacion, y eso está á la vista; está vm. acostumbrado á un trato fino, y goza de una buena reputacion, sus modales lo manifiestan, y mi tio lo afirma; y sin embargo se acompaña de un holgazan,

como me llaman, y conociendome por tal, se asocia conmigo para ir á ver á otro mueble que no conoce, ¡y todo por curiosidad! Vamos, vamos, que no es esa, como dicen, la madre del cordero.

— Si las sospechas de vm. son justas, dijo Tresilian, no me ha manifestado vm. bastante confianza para atraerse la mia ó merecerla.

— Si no es mas que eso, mis motivos estan á descubierto. Miétras me dure este oro, dijo sacando su bolsa de la faltriquera, echandola al aire y cogiendola en la mano al caer, me divertiré, y cuando se acabe, será preciso buscar otro. Ahora bien, si la dama misteriosa de esta mansion, esta hermosa invisible de Tony Botafuego, es tan buen bocado como dicen, no será imposible que me ayude á derrochar estas monedas; y si Tony es un bribon tan rico como cuentan, la casualidad puede tambien hacer que encuentre en él la piedra filosofal, y me ayude á enriquecerme.

— Los dos proyectos son excelentes, dijo Tresilian, pero no veo el modo de ponerlos en práctica.

— No será hoy, ni quizá mañana. Bien sé que ántes de coger este pájaro, es preciso estender con disimulo las redes, y aguardar al acecho. Pero conozco sus asuntos desde

esta mañana mejor que ayer noche cuando hice la apuesta, y haré uso de lo que sé, haciendole creer que sé todavía mucho mas. Si no hubiera esperado sacar gusto ó provecho, y quizá lo uno y lo otro, aseguro á vm. que no hubiera dado un paso para venir aquí, porque creo que esta visita no deja de ser algun tanto arriesgada. Pero una vez que estamos ya en ello, es preciso tratar de salir airosos.

Miétras decia esto, entraron por enmedio de unos árboles frutales que habia á los dos lados de la casa: se veia que estaban abandonados y sin cultivo, y no prometian mucho fruto. Todo aquel terreno que sin duda habia sido huerta y jardin, estaba enteramente descuidado. Solo en alguna que otra parte se descubria algun poco de hortaliza y legumbres. Las estatuas que habian adornado la huerta en sus dias de esplendor estaban por tierra cerca de sus pedestales, hechas todas pedazos. Veíase tambien allí una fachada de piedra, adornada con bajos relieves que representaban la vida y hechos de Sanson; pero no se encontraba en mejor estado que lo demas.

Acababan de atravesar esta huerta de la pereza, y se hallaban á pocos pasos de la puerta de la casa, cuando Lambourne cesó de hablar. Esta circunstancia fué muy favo-

rable á Tresilian, porque le ahorró el tener que contestar á lo que con tanta franqueza le habia dicho su compañero acerca de las miras que le conducian á aquella casa. Lambourne llamó dando terribles golpes á la puerta, y diciendo al mismo tiempo que habia visto mas de cuatro cárceles que no las tenian tan sólidas. Un criado de muy mala facha se presentó despues de un largo rato, y ántes de abrir la puerta les preguntó que era lo que buscaban.

— Queremos hablar ahora mismo al señor Foster sobre asuntos urgentes, respondió con resolucion Miguel Lambourne.

— No le seria á vm. fácil probar lo que acaba de decir, dijo Tresilian, mientras iba el criado á buscar á su amo.

— Bueno, bueno, replicó el aventurero, ningun soldado se atreveria á avanzar en una batalla, si tuviese que reflexionar de que modo podrá hacer la retirada. El asunto es entrar y meter el cuevo, y Dios delante y San Cristoval gigante.

Al momento volvió el criado: tiró de los cerrojos, abrió la puerta, y los introdujo por un corredor á un patio cuadrado, rodeado de habitaciones por todas partes. Habiendo abierto el criado otra puerta, enfrente de la primera, entraron en una sala embaldosada

en que habia pocos muebles antiguos y en muy mal estado. Las ventanas, anchas y largas, casi llegaban hasta el techo; daban al patio, y como eran las habitaciones muy altas, apénas permitian al sol entrar: los vidrios estaban separados unos de otros, y cargados de pinturas que representaban diversos hechos de la historia sagrada; de modo que lejos de dar las ventanas bastante luz á proporcion de su tamaño, la poca que daban se resentia del colorido sombrío y melancólico de los vidrios.

Tresilian y su guia tuvieron tiempo de examinar todo esto mientras llegaba el amo de casa, que tardó un largo rato. Salió por fin; y aunque Tresilian estaba informado de su exterior desagradable y repugnante, le pareció sin embargo mas feo y horroroso de lo que se habia imaginado. Era un hombre de mediana estatura, corpulento, pero tan mal hecho que era casi deforme con la añadidura de manco. Sus cabellos, que eran una parte del adorno á la que se daba entónces como en el dia mucha importancia, en lugar de formar bucles, como se vé en los cuadros antiguos, de un modo análogo al que han adoptado los petímetros del dia, caian en desorden debajo de una gorra forrada, y tan enredados como si no se hubiese peinado en toda su vida, y

se veían pendientes sobre la frente y al rededor del cuello, formando un acompañamiento el mas propio para completar su maldita facha. Sus ojos negros y vivos, enclavados bajo dos enormes cejas, y siempre mirando al suelo, parecían hallarse avergonzados, recatándose de las observaciones de los hombres. Sin embargo algunas veces, cuando queriendo observar á los demas, los levantaba de repente y los fijaba sobre aquellos á quienes dirigia la palabra, parecían dotados al mismo tiempo de la facultad de esprimir las pasiones mas ardientes, y de poder disimularlas cuando queria. Todas las demas facciones eran irregulares y capaces de grabarse para siempre en la memoria del que le habia visto una vez. En suma, segun se vió precisado Tresilian á confesarselo á sí mismo, el Foster que tenia delante era la última persona que hubiera escogido para hacerle una visita que ni era deseada ni aguardada.

Tenia una chaqueta de cuero atabacado con mangas, como la que llevaban entónces los paisanos acomodados, y un cinturon de cuero que sostenia al lado derecho una especie de puñal, y al otro lado un gran cuchillo. Levantó los ojos al entrar, echó una mirada penetrante sobre los dos forasteros, y los bajó adelantándose hasta la mitad de la sala, di-

ciendoles al mismo tiempo en voz baja y reposada:

— ¿ Puedo saber, señores, cual es el motivo de su visita?

Parecia dirigir esta pregunta á Tresilian y aguardar su respuesta; tan cierta es la observacion de Lambourne, de que el aire de superioridad que dan el nacimiento y la educacion se descubre entre los mas sencillos trages. Pero Miguel fué quien le respondió con la familiaridad y llaneza de un amigo y compañero antiguo, y con el tono de un hombre que no podia dudar el ser recibido cordialmente:

— Mi buen amigo, mi compañero antiguo, mi querido Tony Foster, decia, cogiendole la mano, sacudiendosela y haciendo temblar todo su cuerpo, ¿ como lo has pasado durante tantos años? ¿ Que es eso? ¿ no te acuerdas ya de tu amigo antiguo, tu compañero Miguel Lambourne?

— ¡ Miguel Lambourne! repitió Foster levantando los ojos para mirarle, y bajandolos despues. ¿ Es vm. Miguel Lambourne? le preguntó retirando la mano sin ceremonia.

— Si por cierto, como tú Tony Foster.

— Muy bien, dijo Foster arqueando las cejas, ¿ y que motivo ha podido traer aquí á Miguel Lambourne?

— ¡Voto á Dios! dijo Miguel; creía encontrar aquí mejor acogida que la que me aguarda, segun parece.

— ¡Que! ¡bribon! ¡pícaro desvergonzado! ¡tunante de siete suelas! ¡camastron! ¿quien ha de recibir bien á semejante perdulario?

— Todo eso está muy bien; y dado caso que yo sea mucho peor que lo que supones, soy sin embargo un digno compañero de Tony Botafuego, aunque es en el día, por arte de birlí birloque, el dueño y señor de Cumnor-Place.

— Escuche vm., Miguel Lambourne, vm. que es jugador de profesion y cabalista, debe saber calcular los riesgos. Calcule vm. el que corre ahora de que le arroje por la ventana á la basura que está debajo de ella.

— Vaya, que no harás tal cosa; eso es hablar al aire.

— ¿Y por que no lo he de hacer? preguntó Foster, rechinando los dientes como un hombre agitado de una fuerte emocion interior.

— Porque te guardarás bien, respondió Lambourne con mucha frescura, de tocarme un pelo de la ropa. Soy mas jóven y mas vigoroso que tú, y estoy acostumbrado á reñir de cincuenta maneras, aunque no á cavar por debajo de tierra un camino para llegar á conseguir mi objeto.

Foster volvió á fijar en él la vista, y habiendo dado dos paseos por la sala con paso firme y tranquilo como cuando habia entrado, volviendose de repente, dijo á Lambourne presentandole la mano: Somos amigos, mi querido Miguel; queria asegurarme de que conservas aun aquella tu antigua y loable franqueza que los envidiosos y maldicientes llaman impudor y desvergüenza.

— Que digan cuanto les diere la gana, es una calidad que nos es indispensable en el mundo. ¡Mire vm. que demonio! poca cosa era la pacotilla de desvergüenza que tenia yo para navegar, pero la fuí aumentando considerablemente en cuantos puertos toqué en el viage de la vida, y á medida que multiplicaba toneladas, echaba al agua los escrúpulos y modestia que me quedaban.

— Vamos, vamos, replicó Foster, en cuanto á la modestia y escrúpulos, saliste de Inglaterra en lastre. ¿Pero quien es tu compañero? ¿es un Corintio, un....?

— El señor Tresilian, dijo Lambourne respondiendo á la pregunta de su amigo. Aprende á conocerle y respetarle: es un caballero adornado de las mas admirables cualidades; y aunque no sigue el mismo tráfico que yo, al menos que yo sepa, honra y admira como conviene á los artistas de nuestra clase. Es re-

gular que con el tiempo sea de los nuestros , pero no es todavía sino un neofito , un prosélito , que busca la amistad de los grandes maestros , como los que desean aprender la esgrima frecuentan las escuelas para saber como debe manejarse el florete.

— Si son esas sus calidades , Miguel , vente conmigo á otro cuarto , porque necesito hablarte en secreto. Y vm. , señor mio , tenga la bondad de quedarse aquí sin moverse , pues en esta casa se hallan personas que se asustarian viendo á un estrangero.

Manifestó Tresilian , inclinando la cabeza , que consentia en ello ; y los dos dignos camaradas saliéron de la sala , en que los aguardó hasta su vuelta.



CAPITULO IV.

Es imposible servir
 Dos amos al mismo tiempo ;
 Sin embargo este compadre
 Está empeñado en hacerlo :
 Al diablo quiere ser grato
 Cuando á Dios está sirviendo.
 Cuando piensa ejecutar
 Un crimen enorme , horrendo ,
 Para conseguir sus fines ,
 Se prepara con el rezo ;
 Y cuando está dado el golpe ,
 Da humildes gracias al Cielo.

Antigua Comedia.

LA sala adonde condujo Foster á su digno amigo era mas grande que aquella en que habian estado ántes ; y las señales de la dilapidacion estaban en ella aun mas patentes. Estaba rodeada toda de estantes de biblioteca , en que habian solido estar colocadas con orden muchas colecciones de libros. Habia todavía no pocos cubiertos de polvo , desencuadrados estos , deshojados aquellos , y puestos sin orden todos , como objetos indignos de atencion , y entregados á la discrecion del que

gular que con el tiempo sea de los nuestros , pero no es todavía sino un neofito , un prosélito , que busca la amistad de los grandes maestros , como los que desean aprender la esgrima frecuentan las escuelas para saber como debe manejarse el florete.

— Si son esas sus calidades , Miguel , vente conmigo á otro cuarto , porque necesito hablarte en secreto. Y vm. , señor mio , tenga la bondad de quedarse aquí sin moverse , pues en esta casa se hallan personas que se asustarian viendo á un estrangero.

Manifestó Tresilian , inclinando la cabeza , que consentia en ello ; y los dos dignos camaradas saliéron de la sala , en que los aguardó hasta su vuelta.



CAPITULO IV.

Es imposible servir
 Dos amos al mismo tiempo ;
 Sin embargo este compadre
 Está empeñado en hacerlo :
 Al diablo quiere ser grato
 Cuando á Dios está sirviendo.
 Cuando piensa ejecutar
 Un crimen enorme , horrendo ,
 Para conseguir sus fines ,
 Se prepara con el rezo ;
 Y cuando está dado el golpe ,
 Da humildes gracias al Cielo.

Antigua Comedia.

LA sala adonde condujo Foster á su digno amigo era mas grande que aquella en que habian estado ántes ; y las señales de la dilapidacion estaban en ella aun mas patentes. Estaba rodeada toda de estantes de biblioteca , en que habian solido estar colocadas con orden muchas colecciones de libros. Habia todavía no pocos cubiertos de polvo , desencuadrados estos , deshojados aquellos , y puestos sin orden todos , como objetos indignos de atencion , y entregados á la discrecion del que

queria cogerlos. Aun los estantes mismos habian sin duda atraído el enojo de los bárbaros que habian destruido la mayor parte de los volúmenes que contenian en otro tiempo, pues estaban desclavados y deshechos, y no habia otras cortinas que las telarañas.

— Los autores que se quebraron la cabeza para escribir estas obras, dijo Lambourne echando una mirada por todas partes, no sospechaban sin duda que llegarían á caer en tales manos con el tiempo.

— Ni á que uso servirían, añadió Foster. Mi cocinera no se sirve de otro estropajo para limpiar los candeleros, ni para encender el fuego encuentra cosa alguna mas á propósito que esos tristes libros.

— Y sin embargo, replicó Lambourne, he visto muchas ciudades en donde los hubieran estimado demasiado para destinarlos á un uso semejante.

— ¡Bah! ¡bah! respondió Foster, desde el primero hasta el último no contienen sino disparates y tonterías de los papistas. Era la biblioteca de aquel viejo chocho, abad de Abingdon. La veintésima parte de un sermón predicado por un ministro de la verdadera doctrina vale mas que una carretada de las necedades que han añadido á la religion los católicos romanos.

— ¡Par diez! dijo Lambourne, ¡y que bien te esplicas, Tony Botafuego!

— Escucha, Miguel amigo, dijo Foster lanzandole una mirada de enojo, echa en olvido ese sobrenombre y la ocasion que le motivó, si no quieres que nuestra antigua amistad, que acaba de renacer, muera de repente.

— ¿Como es eso? he visto un tiempo en que hacias alarde de haber contribuido al chichorro de aquel par de obispos hereges.

— Eso era cuando estaba yo cargado con los lazos de la iniquidad, y sumergido en un mar de amargura; pero he cambiado de opinion desde que he sido llamado á entrar en la casa del Señor. El digno Melchisedech Maultext ha comparado mi desgracia en ese asunto con la del apóstol San Pablo, que guardaba los vestidos de los que apedreaban á San Estevan. Ha predicado sobre este tema tres domingos consecutivos, ha citado el ejemplo de uno de los oyentes, y ese oyente no era otro que el hijo de mi madre.

— Ya, ya, Foster, tus palabras me traspasan el corazon de parte á parte, y esto me sucede siempre, yo no sé por que, cuando oigo al diablo citar testos de la Biblia. Pero ¿como has podido renunciar á tu antigua religion con la misma facilidad con que se desecha un guante, siendo así que te confesabas todos

los meses? Verdad es que al salir del confesionario no dejabas de estar menos dispuesto á hacer cualquiera picardía que se ofreciese; como sucede con un muchacho á quien el vestido nuevo del domingo no impide echarse por el suelo y llenarse de barro. ¿No te acuerdas nada la conciencia?

— No te dé cuidado alguno mi conciencia. Tú no entiendes nada de eso, ni siquiera sabes que color tiene. Pero entremos en materia, y dime sin rodeos á que has venido aquí, y que es lo que te se ofrece. ¿Con que mira me haces esta visita?

— Con la mira de hallarme mejor ciertamente, como decia una vieja al arrojarse desde encima de la puente de Kingston. Mira esta bolsa, es todo lo que me queda de una suma que hubiera podido satisfacer al mas codicioso. Te encuentro aquí bien establecido segun parece, y bien protegido segun pienso, pues dicen que te favorece especialmente un señor muy poderoso. Sí, todo el mundo lo sabe, y harto ciego seria el que no viese por tela de cedazo. Y como yo sé muy bien que una proteccion semejante no se da *gratis et honore*, es seguro que te cuesta algunos servicios, y vengo á ofrecerte el ayudarte á venderlos.

— Pero yo no necesito de tu ayuda, Mi-

guel, y me parece que tu modestia debe persuadirtelo así.

— Es decir que quieres encargarte de todo el trabajo, para no tener que dar parte á otro del salario. Pero cuidado con querer ser demasiado codicioso: la codicia rompe el saco. ¿Que es lo que hace un cazador cuando quiere matar un ciervo? se vale de un perro para descubrir el animal salvaje, y de otro para darle el alcance. Tu patron debe necesitar dos personas, y yo puedo serle muy útil. Tú eres naturalmente sagaz, sabes hacer tu negocio, y tu carácter está dotado de una malicia firme é inagotable, que no puedo gloriarme de poseer. Pero tengo yo mas audacia y mas viveza; soy mas pronto para ejecutar, y mas fértil en expedientes. Separados el uno del otro, faltará alguna cosa á cada uno de los dos; pero reunidos, nada podrá resistirnos. ¿Que tal? ¿que te parece? ¿te conviene reunirnos y formar una sociedad?

— Esa proposicion es muy estraña, Miguel, es venir á mi casa de buenas á primeras, y morderme como un perro las pantorrillas.

— Acepta mi oferta, y no te arrepentirás; pero al fin haz lo que quieras, piensa solamente que yo te ayudaré en tus empresas, ó que te cortaré el reversino. Es preciso que yo

me ocupe en algo, bien sea contra tí, ó bien en favor tuyo.

— Pues bien, ya que eres tan bondadoso que lo dejas á mi eleccion, mas quiero ser tu amigo que tu enemigo. No te has equivocado; puedo proporcionarte un patron bastante poderoso para servirnos á los dos y á otros ciento; y si va á decir verdad, tienes tú cuanto se necesita para poder serle útil. Exige su servicio atrevimiento y sagacidad, y tú has dado pruebas de sagaz y atrevido: no hay necesidad de escrúpulos, y tú jamas has tenido lo que llaman conciencia. La desfachatez es cosa necesaria para seguir á un cortesano, y tú tienes, como dicen, cara de baqueta. En una sola cosa quisiera que pudieses variar.

— ¿En que, mi amigo Tony? dilo, porque te juro por la almohada de los Siete Durmientes, que te daré completa satisfaccion.

— He ahí efectivamente una buena prueba. Tú hablas muy á lo antiguo, todos esos juramentos huelen á papismo. Por otra parte, tienes toda la facha de un calavera, que no conviene para ir entre la comitiva de un señor que tiene que deslumbrar el mundo y conservar su reputacion. Es preciso un tono mas grave y mas circunspecto, vestidos menos brillantes, un cuello sin pliegues y almidonado, un sombrero mas grandé, y pantalo-

nes mas estrechos: es preciso ir á la iglesia una vez cada mes por lo menos, protestar únicamente por tu fé y por tu conciencia, dejar ese aire maton, y no echar mano á la espada sino cuando fuere necesario desenvainarla.

— Por el sol que nos alumbra, Tony, ¡que te has vuelto loco! Acabas de pintar ahí el retrato del criado de una vieja puritana mas bien que el de un guapo al servicio de un cortesano ambicioso. Un hombre, tal como quisieras que yo fuese, debería llevar una Biblia en vez de un puñal, y no mostrar nada de varon sino lo necesario para acompañar á alguna orgullosa señora de la ciudad al sermon, y defenderla de todo tenderillo que quisiera disputarle la acera. No es asi como debe presentarse el que va á la corte en la comitiva de un gran señor.

— Pero has de saber que desde que dejaste la Inglaterra, ha cambiado todo de arriba abajo, y que los que caminan secretamente á sus fines con grande arrojio sin que nada pueda detenerlos, se abstienen en la conversacion de toda amenaza, de todo juramento, ó palabra atrevida.

— Es decir que hacen pacto con el diablo, á condicion de no tomarle en boca: sea enhorabuena, me mostraré muy otro de lo que

soy, para poder entrar en un mundo que, segun dices, se ha hecho tan quisquilloso. Pero dime, Tony, ¿como se llama el señor en cuyo servicio debo hacerme hipócrita?

— ¡Ah, ah! Miguel, dijo Foster con una sonrisa irónica, ¿piensas conocer así mis negocios? ¿que sabes tú si hay tal hombre en el mundo, y he querido reirme un poco á tus espensas?

— ¡Reirte á mis espensas, pobre tonto! ¡casquivano! dijo Lambourne sin intimidarse. Sabe pues que, por mas encubierto que pienses estar en el fango en que te has enterrado, solo necesito veinte y cuatro horas para ver todos tus asuntos con tanta claridad como á través del cuerno de una linterna de caballero.

Un grito agudo interrumpió, al llegar aquí, la conversacion.

— ¡Por la cruz santa de Abingdon, dijo Foster olvidando su protestantismo con el susto, soy un hombre perdido, arruinado!

Al decir esto, corrió al cuarto de donde habia salido el grito, y Lambourne le siguió. Pero para explicar la causa de esta interrupcion, es necesario que volvamos al instante en que Foster habia conducido á Lambourne á la biblioteca.

Tresilian, quedando solo, los miró partir echandoles una mirada de desprecio, y en cara á sí mismo el haberse degradado hasta el punto de hallarse en semejante compañía. ¡Tales son, Amy, decia entre sí mismo, los compañeros que tu injusticia, tu ligereza, tu crueldad irreflexiva me han obligado á buscar, á mí en quien fundaban mis amigos tantas esperanzas, á mí que me desprecio hoy tanto como seré despreciado por los demas, por la bajeza á que me someto por tu amor! Pero jamas dejaré de perseguirte á tí, ¡objeto en otro tiempo de la mas pura y de la mas tierna pasion! Y aunque no puedas ya ser para mí mas que un motivo de lágrimas y pesares, ¡te arrancaré de entre los brazos del autor de tu ruina! ¡te salvaré de tí misma, te restituiré á tus padres, á tu Dios! ¡Ya no veré yo ese hermoso astro brillar en la esfera de que ha descendido! pero.... Un ruido que oyó en el cuarto interrumpió su sueño. Volvió la cabeza, y en la muger hermosa y ricamente vestida que se presentó á su vista y que entró por una puerta lateral, reconoció á la que buscaba. Su primera accion, al descubrirla, fué ocultar su semblante como pudo, hasta encontrar un momento favorable de darse á conocer; pero la jóven señora (pues no tenia más que diez y ocho años) desconcertó este proyecto. Cor-

riendo á él toda cubierta de júbilo, le tiró de la casaca, y le dijo alegre:

— Después de hacerme esperar tanto tiempo, mi dulce amigo, ¿te vienes aquí como á un baile de máscara? Te hallas acusado de traicion en el tribunal del amor, y es preciso presentarte á él, y responder á los cargos con la cara descubierta. ¿Que dices? veamos, ¿eres inocente ó culpable?

— ¡Ay, Amy!.... dijo Tresilian con voz baja y melancólica, dejandose descubrir el rostro.

El sonido de su voz y su presencia inesperada diéron al traste con la alegría de la dama. Se retiró, se quedó blanca como el papel, y se cubrió la cara con sus manos. Tresilian no pudo hablar con la sorpresa; pero acordandose de que era necesario aprovecharse de aquella ocasion que podria ser la última, la dijo: — Amy, nada hay que temer.

— ¿Y por que habia de temer á vm.? respondió ella descubriendo su rostro todo encendido: ¿por que habia de temer á vm.? señor Tresilian, ¿y por que se presenta vm. en mi casa sin ser llamado ni deseado?

— ¡En su casa de vm., Amy! respondió Tresilian: ¡una prision es la habitación de vm.! ¡una prision guardada por el mas infame de los hombres, si se exceptúa el que le emplea!

— Estoy en mi casa, repitió Amy; esta casa es mia mientras quiera habitarla. Si me agrada vivir en el retiro, ¿quien puede impedirmelo?

— ¡Su padre de vm., señorita, su padre de vm., que me ha encargado buscarla por todas partes, revistiendome de una autoridad que no puede ejercer personalmente! Lea vm. esta carta, que ha escrito bendiciendo la enfermedad que le hacia olvidar un momento las angustias de su corazon.

— ¡La enfermedad!.... ¿Está enfermo mi padre?

— Está tan enfermo, que la presencia de vm., por mas prisa que emplee en ir á verle, apenas bastará á volverle la salud. Un instante basta para preparar el viage, si quiere vm. seguirme.

— Tresilian, ni puedo, ni debo, ni me atrevo á salir de aquí. Vuelvase vm. para decir á mi padre que obtendré licencia de verle ántes de doce horas. Digale vm. que tengo salud, que soy dichosa, que lo seré por lo menos cuando sepa que él lo es. Digale vm. que no dude de mi llegada, y de un modo capaz de hacerle olvidar el pesar que le he causado. La pobre Amy se encuentra en el dia en un rango mas elevado que el que se atreve á decir. Vaya vm., Tresilian, he sido

injusta con vm.; pero creame, que tengo bastante poder para indemnizarlo de la herida que le he hecho: hele negado un corazon que no era digno del suyo, y puedo compensarle esta pérdida con honores y destinos.

— ¿Habla vm. conmigo, Amy? ¿me ofrece vm. los juguetes de una ambicion frívola, en vez de la paz y la tranquilidad de que me ha privado? Sea enbuenhora: no vengo á hacer á vm. reconvenciones, vengo á servir y á librar á vm. No puede vm. negarme que se halla presa aquí, sin lo cual su buen corazon (era bueno ese corazon en otro tiempo) desearia ya estar cerca de la cama de su padre. Venga vm., pobre muchacha, infeliz, engañada: venga vm., todo se olvidará y se perdonará. No tema que yo la importune por mi parte: he soñado, y me hallo despierto. Pero acelere se vm., su padre vive todavía: venga vm., una palabra cariñosa, una lágrima de arrepentimiento bastará para borrar la memoria de cuanto ha pasado.

— ¿No le he dicho á vm. ya, Tresilian, que iré á ver á mi padre sin mas dilacion que la necesaria para cumplir otros deseos mas sagrados? Vaya vm. á darle esta noticia. Iré sin falta á ver á mi padre, se lo aseguro á vm., al momento que haya conseguido la licencia.

— ¡La licencia! repitió impaciente Tresi-

lian: ¡la licencia de ir á ver á su padre, enfermo y quizá moribundo! ¿Y á quien pedirá vm. esa licencia? ¿Al miserable que con la máscara de la amistad ha abusado de todos los derechos de la hospitalidad, y ha privado á un padre tierno de su hija?

— No hable vm. de él en ese tono, Tresilian: el que trata vm. de esa manera tiene un sable tan bien afilado como el de vm. por lo menos. ¡Hombre orgulloso! las acciones mas gloriosas que tú has hecho en tiempo de paz ó de guerra no son dignas de citarse al lado de las tuyas, y el rango que tú ocupas en el mundo es oscuro en comparacion del suyo. Dejame, vuelve con el recado á mi padre, y cuando quiera enviar á alguno, que escoja otra persona que me sea mas agradable.

— Amy, respondió Tresilian, las reconvenciones de vm. no pueden hacer en mí grande impresion. Digame vm. alguna otra cosa que pueda servir de consuelo á mi antiguo amigo. ¿El rango del que vm. elogia tanto, tiene vm. acaso parte en él? ¿tiene el título y los privilegios de esposo, para decidir de la conducta de vm.?

— Detengase vm., dijo ella, eso estomarse una licencia que no puedo tolerar. No quiero responder á las preguntas que ultrajan mi honor.

— Con no responder, Amy, me dice vm. lo suficiente: es elocuente ese silencio; pero escucheme vm., ¡desventurada! vengo revestido de toda la autoridad de su padre para hacerme obedecer, y la libraré de la esclavitud, de la deshonra y del pecado, á pesar de vm. misma, si es preciso.

— No me amenace vm. de ese modo, dijo la dama dando algunos pasos atras y asustada. No me amenace vm., Tresilian, pues sabré resistir á la fuerza.

— Pero creo que no quiere vm. recurrir á ese medio para defender tan mala causa. Es imposible, Amy, que consienta vm. libre y espontáneamente en vivir esclava y sin honra. O está vm. dominada por algun talisman, ó es vm. el juguete de artificios pérfidos, ó se imagina vm. comprometida con algun voto forzado; pero sea lo que fuere, ordeno á vm. á nombre de su padre inconsolable, moribundo, seguirme al momento.

Al decir esto se adelantó ácia ella estendiendo el brazo para asirla, y entonces fué cuando asustada gritó de modo que acudieron al punto Lambourne y Foster.

— ¿Que demonios es esto? dijo el último, ¿que es lo que sucede? y dirigiendose á Amy con un tono que ni bien era orden ni bien súplica: Señora, la dijo, ¿como se encuentra

vm. fuera de los límites? Retírese vm., pues le interesa la vida. Y vm., amigo, sea quien fuere, salga al punto de esta casa. Despachese vm. pronto, si no quiere que con este puñal le eche las tripas á tierra. Desenvaina, Miguel, desembarazanos de ese miserable.

— No, dijo Lambourne, no, ¡por vida de Cristo! ha venido aquí conmigo, y segun mis principios nada tiene que temer de mí, por lo menos hasta que volvamos á encontrarnos de nuevo. — Pero escucheme vm., mi compañero de Cornouailles; larguese vm., desaparezca, y pronto; pues de lo contrario....

— ¡Calle vm., miserable! dijo Tresilian; á dios, señora: la poca vida que le queda á vuestro padre no podrá resistir á la noticia que voy á darle.

Al decir esto se retiró, mientras Amy le dijo en voz baja: — Tresilian, sea vm. prudente, y cuidado con calumniarme.

— ¡Esa tenemos todavía! dijo Foster. Milady, retírese vm. á su cuarto, hagame vm. ese favor; dejenos vm. pensar en lo que debe hacerse. Vamos, retírese vm.

— No estoy á las órdenes de vm., respondió ella.

— Es verdad, milady; pero es preciso sin embargo.... perdone vm. mi arrojo, milady; pero de todas maneras no es este el

momento de andarse en ceremonias, y es necesario que vm. se resigne á volver á su cuarto. Miguel, si tú deseas..... ya me entiendes..... Sigue á ese pícaro desvergonzado, y enviale bien léjos de aquí, mientras hago yo comprender á esta dama la razon. Vamos, sable en mano, y no hay que perderle de vista.

— Le seguiré, dijo Lambourne, y le haré salir de nuestras fronteras; pero poner yo la mano sobre un hombre que ha brindado conmigo esta mañana, eso no; seria obrar contra mi conciencia. Y salió de la sala al decir esto.

Al mismo tiempo Tresilian, saliendo de la casa, se dirigió ácia la puerta por donde habia entrado; pero el estado inculto y salvaje de la huerta y el parque, las reflexiones que le distraian, y la prisa que se daba en alejarse, le hicieron estraviarse; y en vez de seguir el camino que conducia al pueblo, despues de haber recorrido otro bien diferente, llegó á una puerta por donde se salia al campo.

Se detuvo un momento. Importabale poco salir por un lado ó por otro al dejar una mansion que solo le ofrecia amargos recuerdos; pero era de presumir que estuviese cerrada la puerta, y que no pudiese salir por aquel lado.

— Veamos sin embargo, dijo entre sí. El único medio de salvar esta infeliz criatura,

tan hechicera siempre, es que llame su padre en su socorro las leyes ultrajadas de su pais. Es preciso que yo le lleve sin dilacion una noticia que va á despedazarle las entrañas.

Hablando asi consigo mismo, se acercó á la puerta, y mientras veia si podia abrirla ó pasar por otra parte, oyó el ruido que hacian desde fuera al meter una llave en la cerraja. Abrióonla en efecto, y un caballero, embozado en su capa, se detuvo cerca del que procuraba salir. Los dos gritáron al mismo tiempo con resentimiento y sorpresa, el uno: ¡Varney! el otro: ¡Tresilian!

— ¿Que hace vm. aquí? preguntó el recién venido á Tresilian; ¿que hace vm. aquí donde ni le esperan ni le desean?

— ¿Y que hace vm., Varney, respondió Tresilian? ¿Viene vm. aquí á triunfar de la inocencia que ha sacrificado, como el buitres ó el cuervo que se engordan con la carne del cordero á quien han sacado los ojos, ó á recibir de la mano de un hombre de bien el castigo que merece? Defiendase vm., malvado, defiendase vm.

Tresilian, al decir esto, desenvainó su sable, y Varney se contentó con echar mano al suyo.

— Te engañas, Tresilian, le dijo: las apariencias me condenan; pero te juro, por

cuanto hay de mas sagrado en el mundo, que Amy Robsart nada tiene que echarme en cara. Sentiria levantar la mano contra ti en estas circunstancias, y sabes bien que sé manejar el sable.

— Ahora lo veredes, dijo Agrages. Te has solido jactar de eso, Varney, dijo Tresilian, pero deseo otras pruebas.

— Tendrás cuantas quieras, respondió Varney, si te empeñas en ello; y desenvainando al punto el sable con la mano derecha, envolvió la izquierda con su capa, y atacó á Tresilian con un vigor que parecia darle desde luego la ventaja; pero no la conservó por largo tiempo. A un gran deseo de venganza reunia Tresilian un brazo acostumbrado á manejar con destreza las armas, y á ejecutar todas las maniobras de la esgrima. Y Varney, encontrandose apurado, resolvió aprovecharse de su fuerza superior para atacar á su enemigo cuerpo á cuerpo. Con este objeto se arriesgó á recibir un sablazo de Tresilian en su capa, y ántes que pudiese este retirar su arma, se precipitó sobre él, y se preparaba á atravesarle de parte á parte. Pero su adversario se previno sacando con la otra mano su puñal, y detuvo con esta arma el golpe que hubiera dado fin al combate. Desplegó tanta destreza en la lucha que sobre-

vino, que Gil Gosling, si hubiese sido testigo del combate, se hubiera afirmado en su opinion de que era natural de Cornouailles, pues los habitantes de este condado son tan diestros en este ejercicio, que si los juegos de la antigüedad renaciesen, podrian desafiar en ellos al resto de la Europa. Varney en medio de su tentativa temeraria fué abatido de un modo tan violento y repentino, que su sable cayó á alguna distancia, y ántes que pudiese levantarse, la punta del de su antagonista amenazaba su garganta.

— Dame al instante el medio de salvar la víctima de tu traicion, dijo Tresilian, ó despidete del sol que nos alumbra.

Varney, harto confuso y resentido para responderle, hizo nuevos esfuerzos para levantarse; y su enemigo, amagando con el sable, iba á acabar con él, cuando le detuvieron por detras el brazo. Volvió la cara, y vió á Miguel Lambourne que habiendo oido el ruido de las armas, llegó muy á propósito para salvar la vida á Varney.

— Vamos, vamos, camarada, dijo Lambourne, basta por ahora, si no es demasiado. Vamonos, que nos vienen siguiendo.

— ¡Retirate, miserable! dijo Tresilian: ¿te atreves á ponerte entre nosotros?

— ¡Miserable! repitió Lambourne; ya lo veremos mas despacio, señor valenton, cuando haya bebido un cuartillo de vino de Canarias. Entretanto quitemonos de cuentos; vayase vm. y larguese con viento fresco. Somos dos contra uno en este momento.

Y decia la verdad, porque Varney acudió entretanto á recoger su sable, y Tresilian vió que seria una locura, una temeridad querer sostener un combate tan desigual. Sacando dos nobles de oro de su bolsa, los arrojó á Lambourne.

— Toma, tunante, ahí tienes el salario de esta mañana. No ha de decirse que me has servido de guia sin que te haya pagado. A dios, Varney, nos volveremos á ver en algun sitio donde nadie podrá librarte de mi venganza. Al decir esto, salió del parque por la puerta que habia quedado abierta.

Varney estuvo léjos de impedir la retirada de su enemigo, y tal vez no tenia bastante fuerza para oponerse á ella, pues habia quedado como aturdido. Sin embargo, arqueando las cejas cuando le vió partir, se volvió ácia Lambourne.

— Amigo mio, le dijo, ¿eres compañero de Foster?

— Somos uña y carne.

— Toma este dinero, y sigue las huellas

de ese zorro astuto, hasta ver en donde va á esconderse; ven luego á darme aquí el aviso, y silencio sobre todo y discrecion, si quieres conservar tu vida.

— Basta, basta: vm. verá que no ha escogido un mal sabueso, y le daré buen despacho.

— No pierdas tiempo, dijo Varney, y volviendo la espalda á Miguel, se dirigió ácia la casa. Lambourne solo se detuvo un instante para recoger las dos monedas de oro que Tresilian le habia dejado tan sin ceremonia, y metiendolas en la bolsa con la que le habia dado Varney, dijo entre sí mismo:

— Hablaba yo ayer á estos mentecatos del Eldorado; ¡por vida de San Antonio! no existe para un hombre como yo Eldorado que pueda compararse con la vieja Inglaterra. Aquí llueven monedas de oro por vida mia, y se encuentran sembradas en el suelo como gotas de rocío. Si no logro yo una buena parte de este rocío precioso, ¡que se deshaga la hoja de mi sable como un caramelo!

CAPITULO V.

Como el mejor piloto consultaba
 La brújula, y el polo á que miraba
 Y á que la aguja siempre dirigia,
 Era lo que á sus miras convenia:
 Las velas que con arte y con cuidado
 Tendia, atravesando el mar salado,
 Con su viento del hombre las pasiones
 Las hinchaban en todas ocasiones.

El Engañador, tragedia.

ALTERCABA todavía Foster con Amy, que respondia con desprecio y desden á las súplicas que le hacia de volver á su cuarto, cuando se oyó llamar á la puerta con un silbido.

— ¡Ahora sí que estamos buenos! dijo; es sin duda milord: ¿que podré decirle sobre lo que ha pasado? En verdad que no lo sé. Es preciso que tenga el diablo en el cuerpo ese picaron de Lambourne: se ha escapado de la horca para venir á meterme en este enredo.

— Poco á poco, señor mio, dijo Amy, corra vm. á abrir á su amo. ¡Milord, mi querido lord! gritó corriendo apresurada ácia la puerta de la sala. ¡Ah! añadió con un tono que manifestaba el pesar de haberse equivo-

cado en sus esperanzas, no es sino Ricardo Varney.

— Sí, señora, dijo Varney saludandola con un tono respetuoso á que contestó ella con desagrado; sí, no es sino Ricardo Varney. Pero solemos ver con gusto una nube dorada que aparece por la mañana del lado del este, porque anuncia la llegada del sol.

— ¿No viene hoy milord? preguntó Amy con alguna agitacion; y Foster hizo la misma pregunta. Varney contestó que podian disponerse á recibir su visita, y empezaba á entablar sobre eso su conversacion, cuando corriendo á la puerta de la sala, dijo Amy en voz alta: — ¡Juanita, Juanita! pronto, pronto, ven á mi tocador. Volviendose ácia Varney, le preguntó: ¿Ha encargado á vm. milord alguna otra cosa para mí?

— He aquí, señora, una carta que dirige á vm., y que contiene una prenda de su afecto para la que reina como soberana en su corazon. Al mismo tiempo la presentó un paquete bien cerrado con un cordón de seda escarlata. Procuró ella soltar al momento el nudo, y no pudiendo conseguirlo, volvió á gritar: ¡Juanita, Juanita! unas tijeras, un cuchillo, ó cualquiera otra cosa con que pueda cortar este nudo que retarda mi felicidad.

— ¿Podrá servir á vm. esta arma, señora?

dijo Varney presentandola un puñal precioso.

— No, señor, respondió ella con mucho desden, el acero de ese puñal no cortará mi nudo de amor.

— Pues ha cortado mas de cuatro, dijo aparte Tony Foster mirando á Varney.

Entretanto cedió el nudo, sin otros socorros, á los dedos delicados de Juanita, jóven y linda muchacha, hija de Foster, vestida con sencillez, y que habia acudido con presteza al oír que Amy la llamaba. Un collar de piedras orientales era lo que contenia el paquete, y la dama le puso en manos de su criada despues de haberle examinado, y empezó á leer ó mas bien devorar el contenido de un billete perfumado que le acompañaba.

— Seguramente, señora, dijo Juanita mirando admirada el collar, las muchachas de Tiro no tenían mejores joyas. Y la inscripcion: *Para adornar lo que no necesita adorno.* Cada perla de estas vale seguramente un tesoro.

— Y cada palabra de este grato billete vale mas que el collar, hija mia. Pero vamos al tocador, Juanita, sin perder un momento. Milord va á llegar esta tarde, y me encarga dar á vm. buena acogida, señor Varney: sus deseos son una ley para mí. Convido á vm. para la colacion de la noche, y á vm. tambien, señor Foster. Den vms. las órdenes necesarias

para que se hagan los preparativos convenientes para recibir á milord. Al decir esto salió de la sala.

— Empieza á tomar ya un gran tono, dijo Varney, y admite en su presencia á título de favor, como si gozase del alto rango de milord. Tiene razon: es prudencia ensayar de antemano el papel que la fortuna puede hacernos representar. Preciso es que el aguilucho aprenda á mirar al sol ántes de remontar el vuelo ácia él.

— Si solo se tratase, dijo Foster, de levantar la cabeza cuanto es necesario para no desvanecerse, aseguro á vm. que no bajará ella la cresta. Es un halcon que no obedecerá á mis silbidos, señor Varney. ¡Si supiera vm. con que tono de desprecio empieza á tratarme!

— Tú tienes la culpa, tonto, mentecato, sin genio, sin invencion, que no conoces mas medio de represion que la fuerza brutal. ¿No pudieras, para hacerle agradable el interior de la casa, emplear la música y otras diversiones, y para que no tenga deseos de salir, contarle historietas agradables? El cementerio está junto á las paredes del parque, y ni siquiera te ocurre el evocar una alma en pena para traer á raya á las mugeres que tienes en tu casa.

— No diga vm. eso, señor Varney. Aun-

que no temo á alma viviente, no quiero chan-
cearme con los muertos, mis vecinos. Asc-
guro á vm. que se necesita tener valor para
vivir tan cerca de ellos. El digno señor Hold-
forth, predicador vespertino de Santa Anto-
lina, estaba muerto de miedo la última vez
que vino á verme.

— ¡Calla, loco, supersticioso! ó mas bien,
ya que hablas de los que vienen á verte, dime,
pícaro redomado, ¿como he encontrado á
Tresilian en el parque?

— ¡Tresilian! ¿quien es Tresilian? no
le conozco ni de nombre.

— ¡Que, miserable! ¿no sabes quien es?
¿no sabes que es el pajarero de Cornouailles
á quien el viejo sir Hugo Robsart habia des-
tinado su canaria Amy? Desesperado de ver
que el pájaro habia volado, venia aquí por si
podía cogerle en la liga. Es preciso con él gran-
des precauciones, se cree ofendido, y no es
capaz de tragarse con resignacion una afrenta.
Por fortuna no se recela de milord, cree
que solo tiene que haberlas conmigo. Pero
¿como diablos ha podido introducirse aquí?

— Sin duda él es quien ha venido con
Miguel Lambourne.

— ¿Y quien es Miguel Lambourne? Por
Jesucristo, que solo te falta poner un car-
tel á la puerta, llamando á todos los vaga-

mundos, y convidandolos á entrar á ver lo
que deberias ocultar del aire, del sol mismo.

— ¡Vea vm. como los cortesanos agradecen
los servicios que se les hace! ¿No me ha encar-
gado vm., señor Ricardo Varney, buscar un
hombre espadachin y desalmado? ¿He hecho
mal en buscarle? Y eso no era cosa muy fácil,
pues gracias á Dios no conozco gentes de esa
ralea. Pero ha querido el cielo que ese bribon,
que es bajo todos aspectos el refinado pícaro
que vm. desea, llegase aquí reclamando im-
pudentemente los derechos de una amistad
antigua, y he dado acogida á sus pretensiones
únicamente por agradar á vm. ¡Vea vm. como
se me agradece el haberme olvidado por vm.
hasta el punto de conversar con él!

— Pero, si es un bribon como tú, y á
quien solo falta el barniz de hipocresía que
cubre la superficie de tu alma, del mismo
modo que los restos de doradura que se ven
sobre una arma vieja corroida por el moho,
¿como es que el religioso, el enamorado Tre-
silian ha venido aquí con él?

— No lo sé, pero han venido juntos, por
vida mia. Y para decir á vm. la verdad, ese
Tresilian, ya que así se llama, ha conversado
un rato con nuestra linda prisionera; miéntras
hablaba yo con Lambourne en la biblioteca
sobre nuestros asuntos.

— ¡Imprudente, miserable! nos has perdido á los dos. Mas de una vez ha pensado ella en su casa y en su padre, en ausencia de milord. Si á fuerza de sermones la ha decidido á volverse allí, ¿que será de nosotros?

— Nada tema vm., señor Varney: predicaba en desierto sin duda. Desde que ella le ha visto, ha pegado un grito como si la hubiera picado una víbora.

— Tanto mejor; pero, Foster, ¿no podrás sondear á tu hija para saber que es lo que ha pasado entre los dos?

— Diré á vm. con franqueza, señor Varney, que mi hija no entrará jamas en nuestras miras: no quiero que se mezcle en nada. Yo puedo ayudar á vm., porque sé como arrepentirme de mis faltas; pero no quiero arriesgar la alma de mi hija por el gusto de vm. ó el de milord. Yo puedo caminar entre riesgos y precipicios, porque estoy armado de prudencia y discrecion, pero no quiero aventurar por ellos mi pobre Juanita.

— Autómato estúpido, no quiero yo tampoco que tu hija, que es una mocosa, sea sabedora de nuestros secretos, ni que se vaya al diablo á la cola de su padre; pero puedes sonsacar de ella indirectamente alguna cosa.

— ¡Ah! si no es mas que eso, eso ya está

conseguido, señor Varney. Su ama le ha dicho que su padre está enfermo.

— ¡Enfermo! bueno es saberlo, y me servirá de gobierno. Pero es preciso que nos descartemos de ese Tresilian. Yo no hubiera necesitado de nadie para eso, porque le aborrezco de muerte; no le puedo estomagar, y he visto ya el momento en que íbamos á cesar de temerle; pero me he resbalado, y á decir verdad, si tu compañero no hubiera llegado tan á propósito para detenerle el brazo, sabria en este momento si hemos caminado tú y yo ácia el cielo ó ácia el infierno.

— ¡Y habla vm. con esta ligereza de un riesgo semejante, señor Varney! Es vm. hombre de valor. En cuanto á mí, si no creyese vivir todavía muchos años, y tener tiempo de trabajar en la grande obra de mi salvacion por medio de un arrepentimiento, no seguiria á vm. en su peligrosa carrera.

— Tú vivirás tanto como Matusalen, Foster; reunirás tantas riquezas como Salomon, y te arrepentirás entonces tan devotamente, que serás mas famoso todavía por tu penitencia que por tus maldades; y no es poco decir. Pero por ahora es preciso andarse con piés de plomo con Tresilian. Tu digno compañero le ha seguido, y se interesa en eso nada menos que nuestra fortuna.

— Ya lo sé, ya lo sé, respondió Foster: vé aquí lo que es hallarse ligado con un hombre que no conoce siquiera bastante las escrituras para saber que el que trabaja merece un salario. Para mí serán, según se acostumbra, todos los riesgos y todas las faenas.

— ¡Los riesgos! ¿y cuales son esos riesgos? Ese bribon podrá venir á rodear tu parque y tu habitacion, le coges como á un ladron, empleas contra él el acero de un puñal, ó el plomo de una arma de fuego, eso es natural; ¿quien podrá reprendertelo? Un perro encadenado muerde al que se acerca y le incomoda.

— Sí, y al darme el destino de un perro, no es mejor mi recompensa. Vm., señor Varney, se ha apoderado de la hermosa propiedad de Abingdon, y yo no tengo sino el miserable usufructo de este dominio, usufructo precario, revocable é incierto.

— Ya lo entiendo, quisieras que este usufructo se convirtiese en propiedad. Eso podrá verificarse con el tiempo, Tony, bien entendido cuando lo merezcas. Pero ¡alerta siempre, Foster! no es bastante el ceder uno ó dos cuartos de esta casa vieja para que sirva de pajarera á la canaria del lord; no basta el cerrar las puertas y las ventanas para impedir que se escape. Acuérdate de que el producto

líquido de esta granja está valuado en 79 libras 5 chelines, sin comprender la leña. Debes tener conciencia, y confesar que necesitas hacer grandes servicios, servicios secretos, para ganar tal recompensa y alguna cosa mejor. Ahora llama á tu criado para que me saque las botas; quiero comer, dame una botella del mejor vino que tengas, y despues iré á ver ese lindo pajarito, hermoso como un Adónis, con la frente serena y el corazon alegre.

Se separaron y se reunieron al mediodía, que era entónces la hora de comer, Varney vestido como los cortesanos de aquella época, y Foster con un traje que hacia resaltar mas y mas todavía su maldita facha.

Esta mudanza de traje la notó desde luego Varney, y cuando acabaron de comer y quedaron solos, le dijo mirandole de piés á cabeza:

— ¡Que diablos, Tony! estás tan lindo como un jilguero! Bien puedes tararear una giga; pero no, no, ese acto profano te escluiria de la congregacion de los celosos carniceros, de los puros tejedores y de los santos panaderos de Abingdon, que dejan enfriar el horno mientras se calientan sus cabezas.

— Emplear con vm. palabras de fé, señor Varney, seria, escuseme vm. la parábola, seria echar margaritas á puerços. Hablaré á

vm. mas bien el language del mundo, el language que aquel que es el rey del mundo ha permitido á vm. comprender, y del cual ha aprendido vm. á sacar tanto partido.

— Di todo cuanto quieras, Tony, pues ya sea que tomes por base de tus discursos tu fé absurda ó tu práctica cómoda, nada puede ser mas propio para aumentar el mérito de este vino de Alicante. La conversacion es una salsa mejor que los mariscos, las lenguas saladas, en una palabra, mejor que todo cuanto pudiera imaginarse para disponer el paladar á saborear el buen vino.

— Pues bien, dígame vm., señor Varney, si milord nuestro amo no estaria mucho mejor servido, si su antecámara estuviese llena de hombres de bien, temerosos de Dios, que ejecutasen sus órdenes y hiciesen al mismo tiempo su negocio tranquilamente, sin ruidos, sin escándalo, en lugar de emplear únicamente guapetones, espadachines como Tilderly, Killigrw, este bribon de Lambourne, que me ha encargado vm. buscar, y otros muchos que estan destinados á la horca desde que nacióron y á los presidios, y son el terror de las gentes pacíficas, y el escándalo de la familia de milord.

— Has de saber, Tony, que el que caza á pelo y á pluma necesita hacer provision de

perros y de halcones. El camino que sigue milord está lleno de dificultades: ha menester gentes de toda clase con quienes pueda contar á todo trance y en todas ocasiones. Necesita de cortesanos perfectos, como yo por ejemplo, que puedan hacerle honor siguiendole á la corte, que sepan echar mano á su espada cuando oigan la menor palabra que hiera su honor, y que...

— Que digan á su nombre una palabra á la oreja de una hermosa dama, cuando no puede acercarse él mismo á ella.

— Necesita tambien, continuó Varney sin contestar á la interrupcion, procuradores, bribones sutiles, para estender las escrituras que amarren á los demas dejandole libre, y para facilitarle los medios de sacar el mejor partido de las concesiones de tierras de la iglesia, y de toda especie de gracias; boticarios para sazonar como convenga en un caso un caldo, una tisana; espadachines intrépidos, capaces de combatir con el diablo que se les ponga por delante; pero sobre todo, y sin perjuicio de los demas, necesita de almas santas, inocentes, puritanas, como la tuya, buen Foster, y que sean capaces de practicar las obras de Satanás desafiando su poder.

— ¿Es eso decir, señor Varney, que nues-

tro amo que, segun creo, es el hombre de sentimientos mas nobles de todo el reino, ha recurrido á medios semejantes que no pueden emplearse sin cometer un gran pecado?

— No me hables jamas en estilo semejante, amigo Foster, no te engañes á tí mismo; no estoy á tu disposicion, como tu triste meollo se lo imagina, porque te descubro sin rebozo los instrumentos, los resortes, las máquinas, las poleas y los ganchos de que se sirven los hombres grandes para elevarse en los tiempos difíciles. ¿No decias tú que nuestro buen lord es el mas noble de los hombres? Sea enhorabuena; por lo mismo necesita mas que nadie tener á su servicio gentes poco escrupulosas, y que, sabiendo que su caída las abrumaria, suden agua y sangre y arriesguen cuerpo y alma para sostenerle á toda costa; y te lo digo, porque nada me importa que se sepa.

— Lo que vm. dice es la pura verdad, señor Varney. El que es gefe de un partido no es mas que una barca flotante, no se eleva por sí misma, debe su elevacion á las olas que la sostienen.

— Siempre hablas por metáforas, Tony; esa chaqueta de terciopelo te ha hecho un oráculo. Será preciso enviarte á Oxford á graduarte. Pero entretanto ¿has empleado todo

lo que te han enviado de Londres? ¿has preparado una habitacion digna de milord?

— Seria digna de un rey el dia de su boda, y aseguro á vm. que nuestra jóven señora se da en ella los aires de la reina de Saba.

— Tanto mejor, amigo Foster; es preciso que merezcamos su aprecio, de eso depende nuestra fortuna.

— En tal caso edificamos sobre la arena, pues suponiendo que logre tener en la corte el rango y la autoridad de su marido, ¿como podrá mirarme, á mí que soy en cierto modo su carcelero, teniendola aquí, á pesar suyo, encerrada como una oruga, mientras quisiera ser una mariposa dorada, y volar libremente en un jardin hermoso?

— No temas que esté descontenta; yo le haré ver que todo lo que tú has hecho en este asunto lo has hecho por servirla á ella, igualmente que por servir á milord. Cuando salga del cascaron del huevo en que está todavía encerrada, conocerá que hemos empollado nosotros su grandeza.

— Cuidado con eso, señor Varney; quizá cuenta vm. sin la huésped en este asunto. Ha recibido á vm. esta mañana con mucha frialdad, y yo creo que nos mira á los dos de mal ojo.

— Te equivocas, Foster, te equivocas

mucho; está ligada conmigo con todos los lazos que pueden atarla á un hombre á quien es deudora de haber podido satisfacer su amor y su ambicion. ¿ Quien ha sacado de su humilde destino á la oscura Amy Robsart, á la hija de un viejo chocho, de un caballero pobre, á la esposa futura de un loco, de un entusiasta, de Edmundo Tresilian? ¿ Quien la ha presentado la perspectiva de la mas grande fortuna de Inglaterra, y quizá de toda la Europa? ¿ No soy yo? Yo soy quien, como te tengo dicho, les proporcionaba citas secretas, quien velaba en el bosque mientras se perseguia la caza; yo soy aquel á quien sus parientes acusan aun como al compañero de su fuga, y que haria bien de cubrir mi pellejo con alguna cosa mas sólida que una camisa de lienzo de Holanda, para ponerle al abrigo de algun chubasco. ¿ Quien dirigia la correspondencia? ¿ quien entreteuia al viejo caballero y á Tresilian? ¿ quien dispuso la fuga? Yo, yo fuí, en una palabra, el que sacó esta hermosa margarita del campo desconocido en que florecia, para colocarla sobre el mas orgulloso sombrero de toda la Inglaterra.

— Muy bien, señor Varney; pero ella cree quizá que si hubiese consistido en vm., la flor hubiera sido colocada con tal ligereza, que el menor soplo del viento siempre variable

de la pasion hubiera podido echar al suelo la pobre margarita.

— Ella debe considerar, dijo Varney sonriendose, que mi fidelidad para con milord ha debido impedirme desde luego aconsejarle el casarse; y sin embargo le he dado el consejo de hacerlo, cuando he visto que nada podia satisfacerla sino.... ¿ diré el sacramento ó la ceremonia?

— Pero ella tiene otra queja, y se lo digo á vm. para que pueda tomar á tiempo las medidas que sean necesarias. No le gusta ocultar su esplendor entre cuatro paredes de un edificio antiguo monacal, y quisiera brillar en la corte como condesa.

— Y tiene razon; eso es muy natural. Pero ¿ que tiene que ver eso conmigo? Podrá brillar mas ó menos, segun sea el gusto de milord, yo nada tengo que oponerle.

— Ella piensa que tiene vm. el timon de la barca, y que puede vm. dirigirla á su gusto. En una palabra, atribuye la oscuridad en que vive á los consejos que da vm. en secreto á milord, y al cuidado con que ejecuto yo las órdenes de vm.; asi es que nos ama poco mas ó menos como un condenado á su juez y á su carcelero.

— Será sin embargo preciso que nos ame

mas para salir de aquí, Touy. Si he tenido poderosas razones para dar el consejo de guardarla aquí durante algun tiempo, podré tenerlas para dar el de hacerla brillar con todo su resplandor; pero seria necesario ser un gran loco para hacerlo, siendo ella mi enemiga, pues seria esponerme á perder la consideracion y el empleo de que gozo al lado de milord. Hazla conocer esta verdad cuando se presente la ocasion, y deja á mi cuidado el hablarla en favor tuyo al mismo tiempo. Una mano con otra se lava, y con las dos la cara, este es un proverbio recibido en todo el universo. Es preciso que conozca ella á sus amigos, y la posibilidad de que se conviertan un dia en enemigos. Miétras tanto, ojo alerta, espiala de cerca, pero con todo el respeto exterior compatible con tu carácter grosero. Es una cosa escelente ese semblante ceñudo y adusto, y debes dar gracias á Dios de haberte favorecido con tal don que no es inútil para el lord, porque cuando se trata de algun acto de severidad, parece en tí natural: no acusa ella tus órdenes secretas, lo atribuye solo á tu congénita brutalidad, y nada sospecha contra los demas. Pero llaman á la puerta: mira por la ventana, y que nadie entre; no nos conviene hoy sobre todo ser interrumpidos.

— Es Miguel Lambourne, dijo Foster

habiendo mirado por la ventana, el mismo de quien he hablado á vm.

— Que entre, que entre, dijo el cortesano; nos trae noticias de Tresilian, y nos conviene informarnos de todos sus movimientos. Que entre, pero no le traigas aquí; iré á buscaros á la biblioteca.

Foster salió, y Varney con los brazos cruzados se paseó de un lado al otro de la sala, sepultado en profundas reflexiones, y dejando escapar de cuando en cuando algunas frases interrumpidas, que hemos procurado enlazar para hacer este soliloquio mas inteligible.

— ¡Harto cierto es! dijo deteniendose de repente, y apoyando la mano derecha sobre la mesa. Este pícaro viejo ha sondeado la profundidad de mis temores, y no he podido ocultarselos. Ella no me ama, ¡y ojalá fuese tan cierto que no la hubiese yo amado jamas! ¡Por cierto que fuí muy insensato en hablarla por mí, cuando la prudencia me ordenaba ser el agente fiel de milord! Este momento fatal de olvido me ha puesto á su discrecion, y jamas un hombre prudente debe ponerse á la merced de la mejor copia de nuestra madre Eva. Desde que mi política ha dado tan peligroso resbalon, no puedo verla sin probar una mezcla estraña de temor, de odio y de ternura; y no sé si tendria mas gusto en po-

seerla que en perderla, si la tuviese á mi disposicion. Pero no saldrá de aquí sin que yo sepa perfectamente á que altura nos hallamos los dos. El interes de milord exige que este oscuro casamiento quede oculto; el mio tambien lo exige, porque si llega él á caer, es preciso que yo caiga. Por otra parte yo no la ofreceré la mano para ayudarla á subir á una silla poltrona, para que una vez que se halle sentada en ella me pueda poner el pié en el pescuezo. Es preciso que el amor ó el temor la hablen en favor mio. ¿Y quien sabe si no podré todavía gustar de la mas dulce venganza de sus antiguos desprecios? Seria la obra maestra de un cortesano. Pero sea admitido yo en sus consejos, confieme ella un secreto, por pequeño que sea, y entónces.... entónces, bella condesa, caiste entre mis garras.

Dió algunos paseos aun en la sala, se detuvo, llenó un vaso de vino, le bebió, como queriendo calmar con eso la agitacion de su ánimo, y dijo:

— Armemonos ahora de una frente serena y de un corazon impenetrable.

Salió de la sala, y fué á buscar á Lambourne para escuchar su relacion y darle sus órdenes.

CAPITULO VI.

De rocío inundaba
La noche el campo, el prado, y lindas flores,
Y con sus resplandores
La luna las ventanas argentaba
De aquella casa antigua en que moraba.

MICKLE.

CUATRO piezas que componian el lado occidental del antiguo edificio llamado Cunnor-Place, habian sido adornadas y amuebladas con una esplendidez extraordinaria. Muchos dias ántes del que hemos fijado para principiar esta historia, se habian comenzado ya los trabajos necesarios para conseguirlo. Los artesanos enviados de Londres, que tenian órden de no salir de la casa hasta despues de haber concluido su tarea, habian transformado en un palacio digno de un rey las habitaciones en que todo anunciaba que hacian parte de un antiguo establecimiento monástico abandonado y destruido. Todo se habia hecho con el mayor secreto. Llegaran los artesanos de noche, y de noche se fuéron; y se habian tomado todas las medidas y precauciones imaginables para evitar que la in-

seerla que en perderla, si la tuviese á mi disposicion. Pero no saldrá de aquí sin que yo sepa perfectamente á que altura nos hallamos los dos. El interes de milord exige que este oscuro casamiento quede oculto; el mio tambien lo exige, porque si llega él á caer, es preciso que yo caiga. Por otra parte yo no la ofreceré la mano para ayudarla á subir á una silla poltrona, para que una vez que se halle sentada en ella me pueda poner el pié en el pescuezo. Es preciso que el amor ó el temor la hablen en favor mio. ¿Y quien sabe si no podré todavía gustar de la mas dulce venganza de sus antiguos desprecios? Seria la obra maestra de un cortesano. Pero sea admitido yo en sus consejos, confieme ella un secreto, por pequeño que sea, y entónces.... entónces, bella condesa, caiste entre mis garras.

Dió algunos paseos aun en la sala, se detuvo, llenó un vaso de vino, le bebió, como queriendo calmar con eso la agitacion de su ánimo, y dijo:

— Armemonos ahora de una frente serena y de un corazon impenetrable.

Salió de la sala, y fué á buscar á Lambourne para escuchar su relacion y darle sus órdenes.

CAPITULO VI.

De rocío inundaba
La noche el campo, el prado, y lindas flores,
Y con sus resplandores
La luna las ventanas argentaba
De aquella casa antigua en que moraba.

MICKLE.

CUATRO piezas que componian el lado occidental del antiguo edificio llamado Cunnor-Place, habian sido adornadas y amuebladas con una esplendidez extraordinaria. Muchos dias ántes del que hemos fijado para principiar esta historia, se habian comenzado ya los trabajos necesarios para conseguirlo. Los artesanos enviados de Londres, que tenian órden de no salir de la casa hasta despues de haber concluido su tarea, habian transformado en un palacio digno de un rey las habitaciones en que todo anunciaba que hacian parte de un antiguo establecimiento monástico abandonado y destruido. Todo se habia hecho con el mayor secreto. Llegaran los artesanos de noche, y de noche se fuéron; y se habian tomado todas las medidas y precauciones imaginables para evitar que la in-

discreta curiosidad de los vecinos observase las mudanzas que se hacian en la habitacion de Tony Foster, á quien habian visto pobre, y ahora rico. El secreto estuvo bastante oculto, y solo se esparciéron algunos rumores vagos é inciertos que pasáron de boca en boca sin que se les diese grande importancia.

Los cuartos tan reciente y ricamente adornados fuéron iluminados por la primera vez en la noche de aquel dia de que hablamos, de tal manera que se hubiera notado de muy léjos, si las ventanas bien cerradas y las cortinas de seda y terciopelo con franjas de oro no hubieran impedido salir la claridad al exterior.

Esta habitacion se componia, como hemos dicho, de cuatro piezas principales contiguas, adonde se subia por una espaciosa escalera que remataba en una antecámara que mas bien parecia una galería. El abad habia reunido allí algunas veces el capítulo, y ahora las paredes estaban cubiertas de adornos magníficos traídos de las Indias occidentales, á lo que se cree, y trabajados en Londres. El fondo era muy oscuro, pero le aclaraban un gran número de luces, y seis grandes cuadros de los mejores pintores del siglo. A un lado de esta pieza habia una mesa maciza de encino, destinada á los que querian divertirse jugando á alguno de los juegos

que eran entónces de moda, especialmente al boliche ó al tejo; al otro lado habia una galería para los músicos que pudieran ser llamados á contribuir á la alegría de algun festin.

Pasabase desde esta antecámara á un comedor no muy grande, pero bastante brillante para deslumbrar los ojos de los espectadores con la riqueza de su adorno. Las paredes, desnudas ántes y sucias, estaban cubiertas con terciopelo azul celeste bordado de plata, las sillas eran de ébano ricamente trabajado, y para alumbrar la pieza habia en medio de ella una araña muy hermosa de plata. Estaba cubierto el entablado con una alfombra de España, en que las flores y frutas estaban representadas con colores tan brillantes y naturales, que daba lástima poner los piés sobre trabajo tan hermoso. La mesa, de encino antiguo de Inglaterra, la cubria un mautel blanquísimo, y un gran bufete estaba lleno de porcelana y del servicio de plata. En medio de la mesa habia un salero trabajado en Italia, soberbia pieza de plata de dos piés de alto. Representaba el gigante Briareo, cuyas cien manos ofrecian á los convidados toda clase de especies, y todo lo que podia servir á escitar el apetito.

Esta pieza conducia al salon, que estaba adornado con tejidos que representaban la ca-

tástrofe de Faeton, pues los telares de Flandes se dedicaban entónces mucho á los asuntos clásicos. La principal silla de este salon era una poltrona de gran lujo, algo elevada de tierra, y bastante ancha para sentarse en ella dos personas. Estaba colocada debajo de un dosel que, igualmente que las almohadas, cortinas y alfombra, era de terciopelo carmesí, bordado ricamente. En la parte superior del dosel habia dos coronas de conde y de condesa. En lugar de sillas habia taburetes forrados en terciopelo, y algunas almohadas al estilo morisco, con adornos arabescos bordados: veíanse tambien allí instrumentos de música, telares de bordar, y otros objetos propios para el entretenimiento de las damas. Este salon estaba principalmente alumbrado por cuatro grandes hachas de cera colocadas en cuatro manos de estatuas que figuraban caballeros moros armados, que tenian en la mano izquierda un escudo de plata muy reluciente; de suerte que, colocado entre el pecho y la vela, reflejaba como un espejo.

El cuarto de dormir, última pieza de esta habitacion magnífica, estaba adornado con menos suntuosidad, y con igual riqueza que las otras. Dos lámparas de plata llenas de un aceite perfumado esparcian un olor delicioso y una luz opaca muy agradable. La alfombra

era tan espesa que impedia se oyese las pisadas, y una cama de plumas estaba cubierta con una colcha de seda recamada de oro. Las sábanas eran de la mas rica batista, y las mantas mas blancas que los corderos que habian dado su lana para fabricarlas. Las cortinas eran de terciopelo azul bordado en seda carmesí, con franjas de oro, y adornadas de un bordado que figuraba los amores de Cupido y Siquis. En el tocador habia un hermoso espejo de Venecia con un marco de filigrana de plata, y se veía á un lado una hermosa copa de oro destinada á contener el líquido que tenian costumbre entónces de beber ántes de acostarse. Habia á la cabecera un puñal y un par de pistolas; y el presentar estas armas por la noche á los huéspedes de distincion, es de presumir fuese mas bien por ceremonia que por temor de un peligro verdadero. No debemos omitir una circunstancia que honra mas las costumbres de aquel tiempo. En un nicho habia una especie de altarcito, alumbrado con una vela, con los mismos adornos que la cama. Habia sido el oratorio del abad, pero habiendo quitado de él el crucifijo, pusieron en su lugar dos libros devotos muy bien empastados.

Al lado de este cuarto de dormir, donde no se oia otro ruido que el de los vientos que

agitaban las ramas de los encinos del parque, y tan tranquilo que Morfeo mismo pudiera envidiarle, habia dos gabinetes y el tocador adornados con la misma magnificencia que todo lo demas. Las habitaciones del lado del mediodia contenian cocinas, despensas, y el alojamiento necesario para la comitiva del rico y noble señor que habia ordenado tan suntuosos preparativos.

La divinidad para quien este templo habia sido adornado merecia bien los gastos que se habian hecho, y el trabajo empleado. Sentada en este último cuarto, examinaba con ojos satisfechos de una vanidad tan natural como inocente, la esplendidez que de repente habian creado en honor suyo, porque su morada en Cumnor-Place era la causa única del misterio que se habia observado al adornar aquella habitacion. Habian tenido gran cuidado de que no pudiese ella saber que se trabajaba en aquel lado del antiguo edificio, hasta el momento de tomar posesion de él, y de que no pudiesen verla los trabajadores. No habia visto nunca esta parte de la casa, y habia entrado la primera vez aquella noche en una habitacion tan diferente de lo demas, que al compararla le parecia un palacio encantado. Y al encontrarse en medio de esta magnificencia, se entregó á aquella

alegría viva que prueba una niña criada en la aldea, cuando se halla rodeada de una esplendidez á la que sus deseos mas estravagantes no hubieran jamas osado aspirar, y que posee un corazon tierno y agradecido que siente que los prestigios que la cercan son obra del mas poderoso encantador, el Amor.

La condesa Amy, pues á este rango la habia elevado su casamiento secreto, pero revestido de todas las formas, con el señor mas elevado en dignidad y el mas poderoso de toda la Inglaterra, habia corrido durante algun tiempo de cuarto en cuarto, admirando cuanto veian sus ojos, y apreciandolo tanto mas por ser unas pruebas del gusto de su amante, de su esposo, y otras tantas señales de su inagotable ternura.

— ¡ Que adornos tan hermosos! decia: ¡ que pinturas tan naturales! ¡ que abundancia de plata, y que bien trabajada! No parece sino que se ha empleado aquí toda la riqueza de los galeones de España. Pero, Juanita, repetia con frecuencia á la hija de Foster que la seguia con tanta curiosidad, ya que no con tan viva alegría, ¡ que delicia es pensar que tantas cosas ricas se han reunido aquí por amor mio, y que esta noche, al momento, podré darle gracias de la ternura que ha creado este paraiso inconcebible,

mas bien que de las maravillas que encierra!

— A Dios, milady, á Dios, dijo la linda puritana, es á quien debe vm. dar las gracias mas bien, por haberle dado un marido cuya ternura ha hecho por vm. tantas cosas. Y yo tambien he procurado vestir á vm. lo mejor que he podido; pero si vm. continúa corriendo así de cuarto en cuarto, se desharán todos los rizos, y todo lo que yo he hecho desaparecerá, como los dibujos que traza el hielo sobre los cristales se desvanecen con el primer rayo del sol.

— Tienes razon, Juanita, dijo la jóven y hermosa condesa, dejando su entusiasmo y deteniendose. Y poniendose al frente de un gran espejo, cual no habia visto jamas, pues no se podrian encontrar iguales sino en las habitaciones de la reina, tienes razon, Juanita, repitió viendo con un movimiento de satisfaccion perdonable á este hermoso espejo reflejar unas gracias tales que rara vez se suelen presentar delante de una superficie pulida. Mas traza tengo de una lechera que de una condesa, con estas mejillas tan encendidas, y estas trenzas que habias arreglado con tal simetría, y que se escapan en desórden por todos lados. Mi cuello y mi pecho empiezan á descubrirse mas de lo que convendria á la decencia. Ven, Juanita, es preciso que nos

acostumbremos á estas grandezas; vamos al salon, y pondrás en órden estos cabellos rebeldes, encerrando bajo la batista y los encajes este seno que se agita demasiado.

Entraron pues en el salon, en donde la condesa, tendiendose deliciosamente sobre almohadones moriscos, ya se entregaba á sus reflexiones y pensamientos amorosos, ya escuchaba con gusto la locuacidad de su linda criada.

En esta posicion, y con esta espresion de fisonomía que media entre la distraccion y la impaciencia de esperar, con dificultad se hubiera podido hallar en parte alguna unas facciones tan amables y espresivas. La guirnalda de diamantes colocada sobre sus cabellos castaños no era tan brillante como sus ojos negros realzados con unas cejas hermosísimas. El ejercicio que acababa de hacer, su vanidad satisfecha, la impaciencia con que aguardaba la llegada del conde, esparcian un color animado sobre sus facciones. El collar de perlas que llevaba, mas blancas que la leche, nueva prenda de amor que acababa de recibir de su esposo, no era comparable con la blancura de sus dientes, y aun habria cedido la palma á la de su tez, si el placer y la esperanza no la hubieran sonroseado.

— Vamos, Juanita, ¿esos dedos tan ocu-

pados concluirán luego su tarea? preguntó á su criada que procuraba reparar el desorden de su tocado. Basta, Juanita, basta. Es preciso que vea yo á tu padre ántes que llegue milord, y tambien al señor Ricardo Varney, que tanta estimacion le merece. Podria sin embargo decirle alguna cosa que se la haria perder.

— ¡Oh! no hay que pensar en eso, mi buena señora, dijo Juanita. Abandonele vm. á Dios que castiga á los malos segun sus designios. No busque vm. la enemistad de Varney, que es el brazo derecho de su amo; y el que alguna vez se ha opuesto á sus proyectos jamas ha podido prosperar.

— ¿Y quien ha podido informarte de todo eso, Juanita? ¿Por que he de verme obligada á guardar consideraciones semejantes á un hombre de una condicion tan inferior, siendo yo la esposa de su amo?

— Milady sabe mejor que yo lo que ha de hacer; pero he entendido á mi padre decir que quisiera mas encontrar un lobo hambriento, que oponerse á Ricardo Varney en lo mas mínimo. Y me ha recomendado muchas veces no tener relaciones con él.

— Tu padre ha tenido razon de hablarte así, hija mia, y puedo asegurarte que lo ha hecho solo por tu bien. Es lástima que sus fac-

ciones y sus modales no esten de acuerdo con sus intenciones, pues sus intenciones pueden ser puras.

— No lo dude vm., milady, no dude vm. que las intenciones de mi padre son buenas. Yo sé que no es hermoso, pero no hay que juzgarle por su esterior.

— Así lo creo, hija mia. Quiero creerlo, aunque no sea sino por tu causa; y sin embargo su fisonomía es una de aquellas que no pueden mirarse sin temblar. Yo creo aun que tu madre..... vamos, ¿no acabarás alguna vez?.... que tu madre temblaba al mirarle.

— Si eso hubiera sido así, señora, mi madre tenia parientes que hubieran podido sostenerla. Pero vm. misma, milady, vm. misma temblaba y se ha puesto colorada al entregarla Varney la carta de milord.

— Es vm. muy atrevida, Juanita, dijo la condesa levantandose de las almohadas en que estaba sentada, reclinada la cabeza sobre el hombro de su criada; pero volviendo á tomar el tono de bondad familiar que le era natural: Tú no sabes, dijo, que en ciertas ocasiones puede una temblar sin probar temor alguno. En cuanto á tu padre, procuraré tener acerca de él la mejor opinion, porque eres tú hija suya. ¡Ah! añadió, cubriendo de repente una nube de tristeza su fisonomía y

derramando algunas lágrimas, yo debo escuchar los acentos del amor filial, yo que tengo al mio en la mayor ignorancia sobre mi destino, yo que acabo de saber que está enfermo y cubierto de luto y afliccion. Pero le veré, y la noticia de mi felicidad le rejuvenecerá, y le hará feliz. Pero para eso, continuó enjugándose las lágrimas, no es preciso que yo llore. Por otra parte, milord no debe encontrarme insensible á sus bondades; no conviene que me vea triste, cuando viene á hacer una visita en secreto á su reclusa despues de una ausencia tan larga. Alegría, Juanita: se acerca la noche, y milord no puede tardar. Llama á tu padre y á Varney, no tengo resentimiento contra ninguno de ellos; y aunque pudiera quejarme de los dos, mucho es preciso que hagan para que yo diga nada al conde contra ellos. Vete, Juanita, y diles que los aguardo.

— Juanita Foster obedeció á su ama, y algunos minutos despues Varney entró en el salon con el desembarazo, la gracia y descoco de un cortesano diestro en cubrirse con el velo de la política para ocultar sus designios, y descubrir mas fácilmente los de los demas. Tony Foster le seguia, y su aire sombrío y comun era aun mas notable por los esfuerzos necios que hacia para ocultar que veía de mal

ojo y con inquietud á aquella sobre la que habia ejercido hasta entónces una autoridad casi despótica, y que veía ahora soberbiamente vestida y rodeada de tantas prendas brillantes del afecto de su esposo. La reverencia sin gracia que la hizo era una declaracion de sus sentimientos secretos: era semejante á la que hace un reo á su juez, cuando quiere al mismo tiempo confesar su crimen y solicitar el perdon.

Varney, que en virtud de sus derechos de noble habia entrado el primero en el salon, sabia tan bien como él lo que tenia que decir, y lo dijo con mas despejo y gracia.

La condesa le saludó con un aire de cordialidad que parecia prometerle una amnistía completa de todas sus faltas pasadas; se levantó, se acercó á él, y le dijo dandole la mano: — Señor Varney, me ha traído vm. esta mañana tan buenas noticias, que temo que la sorpresa y la alegría me hayan hecho olvidar la orden de milord de recibir á vm. con distincion. Ofrezco á vm. la mano en prueba de reconciliacion.

— No soy digno de tocarla, respondió Varney doblando la rodilla, sino como un súbdito toca la de su príncipe. Acercó entónces á sus labios aquellos dedos deliciosos, ricamente cargados de diamantes y otras joyas,

y levantándose despues con un aire muy galante y noble, dió algunos pasos para conducirla ácia la silla poltrona.

— No, señor Varney, dijo ella, no me sentaré ahí sino cuando milord me haya conducido. No soy aun mas que una condesa encubierta, y no me atribuiré los derechos de tal, hasta haber sido autorizada per aquel de quien los tengo.

— Yo imagino, milady, dijo Foster, que ejecutando las órdenes de milord, su esposo de vm., de tenerla encerrada, no he incurrido en su desagrado, pues no he hecho mas que cumplir con un deber para con mi amo y el de vm.: porque el cielo, como lo dice el libro santo, ha dado autoridad y supremacia al marido sobre su muger. Creo que son, sino las mismas palabras, otras semejantes.

— La sorpresa que he probado al entrar en esta habitacion, señor Foster, ha sido tan agradable, que no puedo menos de escusar la severidad rígida con la que vm. me ha desviado de ella hasta que estuviese adornada de un modo tan espléndido.

— Sí, milady, y ha costado seguramente buen dinero; pero no debemos gastar mas que lo que sea absolutamente preciso, y por eso voy á dejar á vm. con el señor Varney hasta que llegue milord, pues creo que

tiene que decir á vm. alguna cosa de parte de su noble marido, y voy á ver si está todo en órden en la casa. Vamos, Juanita, vente conmigo.

— No, señor Foster, no: su hija de vm. quedará conmigo, algo desviada, pues tal vez lo que el señor Varney tiene que decirme de parte de milord lo exigirá asi.

Foster se retiró saludandola sin gracia, y echando sobre los adornos del salon una mirada que parecia indicar que sentia se hubiesen gastado tantas sumas para hacer un palacio asiático de un edificio antiguo y arruinado. Cuando hubo partido, su hija se puso á bordar sentandose en uno de los extremos del salon, cerca de la puerta del comedor, miéntras Varney, tomando humildemente un taburete bajo, fué á sentarse junto á las almohadas sobre las que la condesa se habia colocado de nuevo, y con los ojos inclinados ácia la tierra permaneci6 algunos instantes en silencio.

— Yo creia, señor Varney, dijo la condesa viendo que no parecia dispuesto á entablar la conversacion, que tenia vm. que comunicarme alguna cosa de parte de milord; al menos me lo habia imaginado segun lo que acaba de decir Foster, y por eso he desviado á Juanita. Si me he equivocado, la llamaré, pues

su aguja no está muy ejercitada, y necesita aun de algunas lecciones.

— Foster me ha comprendido mal, milady, respondió Varney. Deseo hablar á vm. de su noble esposo, de mi patron respetable, pero no de su órden.

— Sea que me hable vm. de milord ó de parte suya, la conversacion no podrá menos de serme muy agradable. Pero sea vm. conciso, porque puede llegar de un momento á otro.

— Hablaré á vm., señora, con tanta brevedad como valor, pues el asunto exige lo uno y lo otro. ¿Ha visto vm. hoy á Tresilian?

— Sí, señor; ¿y que consecuencia saca vm. de eso?

— Ninguna, señora. Pero ¿cree vm. que milord lo llegará á saber con la misma tranquilidad de ánimo?

— ¿Y por que no? Solo para mí ha sido la visita de Tresilian embarazosa y penible, pues me ha informado de la enfermedad de mi padre.

— ¡De su padre de vm., señora! Esa enfermedad ha sido sin duda muy repentina, pues el propio que yo le he enviado por órden de milord ha encontrado al digno caballero ocupado en cazar, sobre su caballo, y animando á los perros con gritos alegres, segun

se acostumbra. Estoy convencido de que Tresilian ha forjado ese embuste. Bien sabe vm. que tiene motivos para querer turbar la felicidad de que vm. goza.

— Hagale vm. mas justicia, señor Varney, dijo con viveza la condesa. Es el hombre mas franco, mas verídico y mas leal que hay en el mundo. A escepcion de mi noble marido, no conozco á nadie que sea mayor enemigo de la mentira que Tresilian.

— Perdon, señora, no era mi intencion ser injusto, ni sabia yo tampoco que pudiese vm. interesarse tanto en su favor. En ciertas ocasiones conviene ocultar un poco la verdad, con un objeto honesto y legítimo, pues si fuese necesario decirla siempre y en toda ocasion, no se podria vivir en el mundo.

— Vm. tiene la conciencia de un cortesano, señor Varney, y creo que un exceso de veracidad no dañará jamas á los progresos de vm. en el mundo tal como es. Pero en cuanto á Tresilian, debo hacerle justicia, pues tiene de que quejarse de mí, y vm. lo sabe mejor que nadie. Su conciencia no se formó en el mismo molde. El mundo de que vm. habla no ofrece ningun atractivo capaz de separarle del camino de la verdad y del honor, y ántes que consienta en mancillar su honor y reputacion, verémos al noble armíño guarecerse

en la cueva del vil gato montés. Por eso le amaba mi padre, y le hubiera amado yo si hubiese podido. Y sin embargo, como ignora mi casamiento y el nombre de mi esposo, creia tener poderosas razones para sacarme de aquí, y me lisonjeo de que ha exagerado tal vez la indisposición de mi padre, y de que pueden ser ciertas las noticias que vm. me da.

— Crea vm., señora, que son ciertas. Yo no me constituyo el campeón á todo trance de la virtud desnuda que llaman verdad. Consiento en que se cubran algun tanto sus gracias encantadoras, aunque no sea mas que por amor de la decencia. Pero vm. tiene una opinion poco ventajosa de la cabeza y del corazon de un hombre que su noble esposo de vm. honra con el titulo de su amigo, si supone vm. que vengo voluntariamente y sin necesidad á decirle una mentira que se descubriria pronto, sobre un objeto que interesa el honor de vm.

— Yo sé que milord estima á vm., señor Varney, y que le considera como un piloto fiel y experimentado en los mares en que él se espone con tanto atrevimiento y valor. Pero, al disculpar á Tresilian, no quiero que vm. juzgue que pienso mal de vm. mismo. Soy una campesina franca, como vm. lo sabe, y prefiero la verdad á todos los cumplimien-

tos del mundo. Pero cambiando de condicion, preciso será cambiar tambien de habitudes, á lo que imagino.

— Es verdad, señora, dijo Varney sonriendose; y aunque hable vm. ahora de burlas, no seria malo hacer una aplicacion seria de lo que vm. acaba de decir. Una dama de la corte, la mas virtuosa, la mas irrepreensible de cuantas rodean el trono de nuestra reina, una dama, digo, de la corte se hubiera guardado bien, por ejemplo, de decir la verdad, ó lo que hubiera creído ser la verdad, para hacer el elogio de un amante desdafiado delante del servidor y confidente de su noble esposo.

— ¿Y por que? dijo la condesa con impaciencia, ¿por que no he de hacer justicia al mérito de Tresilian delante del amigo de mi esposo, delante de mi mismo marido y del mundo entero?

— ¿Segun eso, milady, con la misma franqueza, dirá esta noche á milord que Tresilian ha descubierto su retiro que con tanto cuidado hemos procurado ocultar á sus ojos, y que ha logrado hablar con ella?

— Por cierto que sí. Esa será la primera cosa que le diré, repitiendole palabra por palabra todo lo que Tresilian me ha dicho, y todo lo que le he respondido. Me costará

algun rubor el hablar así, pues las reconven-
ciones de Tresilian, si bien menos justas de
lo que él creía, no dejaban de estar funda-
das. Aunque me repugne hacer semejante re-
lacion, se la haré bien completa.

— Milady hará lo que juzgue conveniente;
pero me parece que, no habiendo necesidad
de tanta franqueza, valdria mas evitar esa
confusion, las inquietudes de milord, y á
Tresilian, ya que se debe pronunciar su nom-
bre en este asunto, el peligro que puede se-
guirsele como consecuencia probable.

— Admitir esa consecuencia, dijo la con-
desa con serenidad, seria suponer en milord
sentimientos indignos de él, y á los que ja-
mas su noble corazon ha dado entrada ni
acogida.

— Estoy muy léjos de pensarlo, dijo Var-
ney; y despues de un momento de silencio añ-
dió con un aire de franqueza real y afectado,
pero diferente de lo que acostumbraba: Pues
bien, señora, probaré á vm. que un corte-
sano osa decir la verdad como los demas,
cuando se trata del interes de aquellos que
honra y respeta, y aunque sea á costa de al-
gun peligro, si es necesario. Al decir esto,
calló, como aguardando la orden ó el permiso
de continuar; pero la condesa nada dijo, y
volvió él á hablar, bajando la voz como por

precaucion. Vea vm. todo lo que le rodea, la
dijo; vea vm. las barreras de que está cercada
esta plaza, el profundo misterio con que la
joya mas brillante que posee la Inglaterra está
sustraida á todas las miradas: piense vm.
con que rigor estan limitados los paseos de
vm., y sujetos todos sus movimientos á la vo-
luntad de un grosero como Foster: reflexione
vm. sobre todo esto, y busque vm. cual es la
causa.

— La voluntad de milord, dijo la condesa,
y es un deber mio no buscar otra.

— Su voluntad, es verdad, y esta volun-
tad tiene por causa un amor digno del objeto
que le inspira. Pero el que posee un tesoro
cuyo valor conoce, desea muchas veces, en
proporcion al precio en que le estima, ponerle
al abrigo de las depredaciones de los demas.

— ¿Que significa todo eso, señor Varney?
¿quiere vm. hacerme creer que milord es ze-
loso? Si en efecto lo fuese, conozco un re-
medio infalible para curar los zelos.

— ¿A la verdad, señora!

— Sin duda: es decirle siempre la verdad,
abrirle mi alma, y hacerle conocer todos mis
pensamientos tan clara y fielmente como si
este espejo los reflejase, de modo que cuando
mirará mi corazon, solo hallará en él sus fac-
ciones.

— Nada mas tengo que decir, señora, y como no tengo ninguna razon para interesarme en favor de Tresilian que me arrancaria de buena gana, si pudiese, la vida, tomaré fácilmente mi partido sobre lo que podrá sucederle en consecuencia de la franqueza con que vm. se propone confesar que ha tenido la audacia de presentarse aquí y hablar á usted. Vm. que conoce sin duda á milord mejor que yo, juzgará si es hombre capaz de sufrir tales insultos sin castigarlos.

— Si creyera, dijo la condesa, que pudiese causar alguna desgracia á Tresilian, yo que le he ocasionado tantos pesares, podria ciertamente resolverme á guardar silencio. Pero ¿de que servirá eso, pues Foster y otra persona le han visto? No, no, Varney, no me disuada vm., diré todo á milord, y sabré escusar la locura de Tresilian, de manera que el conde querrá mas bien favorecerle que castigarle.

— El discernimiento de vm., señora, es muy superior al mio, y por otra parte vm. puede de algun modo indirecto nombrar á Tresilian delante del conde, para ver el efecto que este nombre produce. En cuanto á Foster y á su amigo, no conocen á Tresilian ni de vista ni de nombre, y puedo fácilmente darles una escusa razonable para justificar la

presencia de un desconocido en esta casa.

La condesa reflexionó un momento. Si es verdad, dijo despues, que Foster no sabe que el extranjero que ha visto es Tresilian, confieso que sentiria aprendiese lo que de ningun modo le importa. Obra ya con bastante autoridad, y no quiero tenerle por juez ni por confidente de mis asuntos.

— ¿Que derecho tiene ese hombre feroz de informarse de lo que á vm. interesa, milady? el del perro que está atado en el patio á la cadena. Pero si desagrada á vm. absolutamente, tengo bastante crédito para obtener que sea despedido y reemplazado por otro senechal que pueda ser á vm. mas agradable.

— Mudemos de conversacion, señor Varney; cuando tenga que quejarme de alguna de las personas que milord ha puesto á mi lado, me dirigire á él mismo directamente. Pero oigo ruido de herraduras...; El es!; él es! gritó levantandose muy contenta.

— No creo que haya llegado aun, dijo Varney, y ningun ruido puede penetrar hasta aquí.

— No me detenga vm., Varney; tengo buen oido, y estoy segura de que es él.

— Pero, señora, pero, milady, dijo Varney con inquietud poniendose entre ella y la puerta, espero que lo que he dicho á vm. por

hacerla un servicio y por cumplir mis deberes, no me perjudicará; espero que mis fieles avisos no contribuirán á mi ruina: suplico á vm....

— Descuide vm., pero suelte mi vestido. ¿Como se atreve vm. á detenerme? No hay que inquietarse, cuando no se acuerdan de uno.

En este momento abriéron la puerta, y un hombre de un porte magestuoso, embozado en su capa de color muy oscuro, entró en el salon.

CAPITULO VII.

Siendo la corte una mar,
Parece que la domina,
Que á su voz estan las ondas
Y borrascas sometidas.
Rocas, escollos y vientos,
Todo cede á su pericia:
A todo navío anega
O salva, segun sus miras;
Asi como el arco iris,
Que entre oscuras nubes brilla,
Con un vivo resplandor
Se presenta á nuestra vista;
Y tambien, como él, engaña
Tal vez la imaginativa.

Antigua Comedia.

EL asalto que la condesa habia tenido que sostener contra la obstinacion de Varney habia cargado su frente con una nube de disgusto y de confusion; pero se disipó para manifestar la alegría mas pura y el afecto mas tierno, cuando precipitandose entre los brazos del extranjero que llegaba, y estrechándole contra su corazon, gritó fuera de sí misma: — ¡Al fin!.... ¡al fin!.... ¡llegas ya!

Varney se retiró discretamente á la llegada

hacerla un servicio y por cumplir mis deberes, no me perjudicará; espero que mis fieles avisos no contribuirán á mi ruina: suplico á vm....

— Descuide vm., pero suelte mi vestido. ¿Como se atreve vm. á detenerme? No hay que inquietarse, cuando no se acuerdan de uno.

En este momento abriéron la puerta, y un hombre de un porte magestuoso, embozado en su capa de color muy oscuro, entró en el salon.

CAPITULO VII.

Siendo la corte una mar,
Parece que la domina,
Que á su voz estan las ondas
Y borrascas sometidas.
Rocas, escollos y vientos,
Todo cede á su pericia:
A todo navío anega
O salva, segun sus miras;
Asi como el arco iris,
Que entre oscuras nubes brilla,
Con un vivo resplandor
Se presenta á nuestra vista;
Y tambien, como él, engaña
Tal vez la imaginativa.

Antigua Comedia.

EL asalto que la condesa habia tenido que sostener contra la obstinacion de Varney habia cargado su frente con una nube de disgusto y de confusion; pero se disipó para manifestar la alegría mas pura y el afecto mas tierno, cuando precipitandose entre los brazos del extranjero que llegaba, y estrechándole contra su corazon, gritó fuera de sí misma: — ¡Al fin!.... ¡al fin!.... ¡llegas ya!

Varney se retiró discretamente á la llegada

del conde. Juanita iba á hacer lo mismo, y su ama le ordenó por señas quedarse. Se retiró al fondo del salon, y permaneció en pié pronta á ejecutar las órdenes que le diesen.

Al mismo tiempo el conde, colmado de las caricias de su esposa, se las pagaba con una ternura igualmente afectuosa; pero trató de resistir cuando quiso ella quitarle la capa.

— Eso no, es preciso que te descubras, dijo sonriéndose. Quiero ver si eres hombre de palabra, y si vienes vestido á lo conde ó como particular, segun acostumbras.

— Eres, Amy, como todas las mugeres, dijo el conde dejandose vencer en esta lucha cariñosa; la seda, las plumas y las joyas son mas para vosotras que las personas que con ellas se adornan. Pero hay muchas espadas que no valen sino por el mérito de su puño y su vaina.

— No sucede eso contigo, respondió su esposa, mientras que cayendo al suelo la capa, descubrió vestidos que un príncipe creeria bastante brillantes para presentarse á la corte: tú eres el acero bien templado que desdeña los adornos exteriores que merece. No creas que Amy puede amarte mas con estos vestidos magníficos que con la levita oscura, cuando te dió su corazon en el bosque de Devon.

— Y tú tambien, dijo el conde conduciendo con magestad y gracia la hermosa condesa ácia la silla poltrona de lujo que estaba preparada, tú tambien, amor mio, tienes un vestido propio de tu rango, aunque nada puede aumentar á tus gracias encantadoras. ¿Tienen buen gusto las damas de la corte?

— Yo no lo sé, respondió ella, mirandose de paso al espejo. No puedo pensar en mí cuando veo tus facciones retratadas en ese espejo. Sientate ahí, añadió acercandose á la silla, como un ser que todos deben honrar y admirar.

— Pero vas á tomar á mi lado el sitio que te corresponde.

— No, no, voy á sentarme á tus piés en este taburete, para examinar mejor todo tu esplendor, y ver por la primera vez como se visten los príncipes.

Y con una curiosidad pueril que hacian disculpable su juventud y la vida retirada que habia pasado hasta entónces, y que le daba tanta gracia, porque se veia que era inspirada por el amor conyugal el mas tierno, se puso á examinar de piés á cabeza y á admirar el vestido del que era el principal adorno de la corte de la reina de Inglaterra, donde ni faltaban cortesanos galanes, ni sabios conse-

jeros. El conde miraba con afécto á su amable esposa, y gozaba de su aire de admiracion: sus nobles facciones manifestaban entónces pasiones mas dulces que las que anunciaban con frecuencia una frente elevada y unos ojos penetrantes y vivos. Se sonrió mas de una vez al ver con que sencillez le hacia preguntas sobre cada cosa que admiraba en su traje.

— Esta banda bordada, como tú la llamas, que rodea mi rodilla, le dijo él, es la charretera de Inglaterra, adorno que llevan los reyes mismos con orgullo. Mira, mira la estrella que le pertenece, y el diamante el Jorge, que es la joya de la órden. Ya sabes que el rey Eduardo y la condesa de Salisbury.....

— Conozco esa historia, dijo la condesa poniendose algo encendida; sé que la charretera de una dama ha llegado á ser el mas noble emblema de la caballería de Inglaterra.

— Tuve la dicha de recibir esta órden al mismo tiempo que tres de los mas nobles caballeros, el duque de Norfolk, el marqués de Northampton, y el conde de Butlan. Era entónces el menos elevado en dignidad de los cuatro; pero ¿que importa? para subir á lo alto de una escalera, es preciso empezar por las primeras gradas.

— ¿Y este otro collar tan ricamente trabajado, en medio del cual hay una joya sus-

pendida en forma de carnero? ¿Que significa este emblema?

— Es la órden del Toison de Oro, instituida en otro tiempo por la casa de Borgoña. Estan anexos á esta órden grandes privilegios, porque el rey de España mismo, que ha heredado los honores y los dominios de esta casa, no puede juzgar á un caballero del Toison de Oro, sin el consentimiento y el concurso del gran capítulo de esta órden.

— Segun eso, es una órden que pertenece al cruel rey de España. ¡Ah, milord! ¿no es deshonar un noble corazon inglés, acercar á él semejante emblema? Acuerdate de los tiempos desgraciados de la reina María, en que ese mismo Felipe reinaba con ella en Inglaterra, y en que fuéron quemados los mas nobles, los mas sabios y los mas santos de nuestros prelados. Y tú, á quien llaman el campeón de la fé protestante, ¿puedes así resolverte á llevar la órden de un rey como el de España, de un tirano papista?

— Tú no sabes todavía, amor mio, que nosotros, que queremos ver nuestras velas infladas con el favor de las cortes, no podemos ni desplegar siempre la bandera que mas nos agrada, ni dejar de navegar bajo un pabellon que aborrecemos. Cree que no dejo de ser un buen protestante, por haber aceptado

por política el honor que me ha hecho la España confiriendome su primer orden de caballería. Por otra parte, y hablando con propiedad, pertenece á Flandes; y Egmont, Orange, y otros muchos, le ven con orgullo sobre el corazón de un Inglés.

— Tú debes saber lo que haces. Y este otro collar, esta hermosa joya, ¿á que país pertenece?

— Al más pobre de todos: es la orden de San Andrés de Escocia, restablecida por el difunto rey Jacobo. Me le confiriéron cuando se creía que la joven viuda María, reina de Escocia, se casaría con gusto con un barón inglés; pero la corona de un barón libre, de un barón inglés, vale más que una corona matrimonial obtenida en virtud del humor fantástico de una muger que solo reina en las rocas y lagunas del norte.

Calló la condesa, y tal vez lo que acababa de decir el conde despertó en ella algunas ideas desagradables, aunque interesantes. El conde prosiguió:

— Ya, mis amores, tus deseos se ven satisfechos. Has visto á tu vasallo con el vestido más brillante que podía ponerse, pues los otros de aparato y de grande ceremonia solo sirven para presentarse á la corte.

— Pues bien, dijo la condesa, según se

acostumbra, un deseo satisfecho produce otros muchos.

— ¿Y que puedes tú desear, alma mía, que no esté yo dispuesto á concederte? preguntó el conde mirandola con ternura.

— Deseaba ver á mi esposo en este oscuro retiro, revestido de todo su esplendor: ahora quisiera encontrarme en uno de esos hermosos palacios, y verle llegar allí cubierto con la levita oscura que tenia puesta cuando ganó el corazón de la pobre Amy Robsart.

— Fácil es darte ese gusto; mañana volveré á poner la levita oscura.

— ¿Pero iré yo contigo á uno de tus castillos, para ver como la magnificencia de tus habitaciones se avendrá con vestidos tan sencillos?

— ¿Como? Amy, dijo el conde mirando á todas partes, ¿estas habitaciones no estan acaso adornadas con bastante lujo y brillantez? Habia dado orden de que las amueblasen de un modo digno de tí y de mí; me parece en efecto que pudieran estarlo mejor; pero dime que es lo que quieres cambiar ó añadir, y tu boca será la medida, luz de mis ojos.

— Te quieres reir á mi costa, sin duda: la magnificencia de esta habitacion es superior á mis deseos y á mi mérito. ¿Pero tu esposa no se verá revestida algun día, pronto, del

lustre que no resulta ni del trabajo de los artesanos que decoran su habitacion, ni de las ricas telas y joyas con que tu liberalidad quiere adornarla, sino que es anexo al rango que debe tener entre las damas inglesas, como esposa del conde mas noble del reino?

— ¡Algun dia sí, Amy, sí, amor mio! llegará ese dia por cierto, y tú no deseas con mas ardor que yo que llegue cuanto ántes. ¡Con que gusto abandonaré los cuidados del Estado, las penas y las inquietudes de la ambicion, para pasar honradamente mi vida en mis dominios contigo, mi amiga y mi dulce compañera! Pero, Amy, ahora es imposible, y estas visitas secretas, estos instantes preciosos son todo lo que puedo dar á la muger mas amable y mas amada de todo su sexo.

— Pero ¿por que es imposible? dijo la condesa con el tono mas persuasivo: ¿por que esta union mas perfecta, esta union continuada, que deseas y que prescriben la ley de Dios y las humanas, no puede verificarse desde luego? ¡Ah! si lo deseases, la mitad solamente de lo que me dices, con el crédito y poder de que gozas, ¿que motivo, que persona podrian impedirte efectuarla?

Oscurecióse la frente del conde.

— Amy, dijo, hablas de una cosa que no

puedes comprender. Los que vivimos en la corte somos como el viagero que sube por una montaña de arena movable. No nos atrevemos á detenernos sino cuando alguna roca nos ofrece un terreno sólido: si queremos detenernos ántes, caemos impelidos por nuestro propio peso, y todo el mundo se alegra y se ríe al vernos caer. He llegado á un punto elevado, pero no estoy establecido en él aun con bastante firmeza para poder escuchar solamente mi gusto y mi inclinacion. Declarar mi casamiento, seria arruinarme. Pero, creeme, obtendré un lugar seguro, le obtendré pronto, y haré entónces lo que exige la justicia. Entretanto no emponzoñes la felicidad de que gozamos, deseando lo que es imposible lograr por ahora. Dime mas bien si estás aquí á tu gusto. ¿Se conduce bien contigo Tony Foster? Pienso que te tratará con el respeto debido; de lo contrario lo pagaria bien caro el bribon.

— Me recuerda algunas veces mi verdadera situacion, respondió la condesa suspirando; pero eso es recordarme tus deseos, y mas bien quisiera agradecerse lo que culparle.

— Te tengo dicho que es necesario permanezcas retraida. Confieso que Foster tiene un humor brusco, pero Varney me responde de su fidelidad y exactitud en servirme. Sin

embargo, si tienes la menor queja acerca de su conducta y modales, yo tomaré al punto mis medidas.

— ¡Oh! jamás me quejaré de que cumpla fielmente tus órdenes. Por otra parte su hija Juanita es la compañera de mi soledad, y la quiero mucho. Ese airecillo modesto de puritana le hace mucha gracia.

— ¿Es cierto? La que consigue agradarte debe ser recompensada. Ven aquí, Juanita.

Juanita que, como hemos dicho, se había retirado por discrecion á cierta distancia para no oír la conversacion del conde y la condesa, se acercó haciendo una grande reverencia, y el conde no pudo menos de sonreírse del contraste que la sencillez de sus vestidos y su aire de devocion hacian con una cara bonita y unos ojos negros que centellaban con viveza, por mas que queria mostrarse muy seria y circunspecta.

— Debo estarte agradecido, hermosa niña, la dijo, pues esta dama está satisfecha de tus servicios; y sacando de su dedo un anillo de algun precio, se le dió añadiendo: Toma esta señal de la amistad que los dos te profesamos.

— Me alegro mucho, milord, respondió Juanita con modestia, de que lo poco que yo puedo hacer satisfaga á una dama á la que es imposible acercarse sin desear vivamente ser-

virla; pero en la congregacion del señor Holdforth nos abstenemos de llevar, como las mugeres mundanas, anillos de oro y collares de piedras preciosas, como las muchachas de Tiro y de Sidon.

— ¡Ah! ¡ah! eres de la cofradía grave de los precisianos, y no dudo que tu padre será miembro de la misma congregacion. Me alegro mucho de eso, pues sé que en vuestras reuniones elevais súplicas al cielo por mi prosperidad, y me sois adictos. Por otra parte, Juanita, no te hacen falta semejantes adornos, pues tus dedos son bonitos y tu cuello blanco como los lirios. Pero te daré en su lugar lo que ningun papista, ni protestante, ni puritano, ni precisiano, han rehusado jamás.

Al mismo tiempo puso en su mano cinco monedas de oro del cuño de Felipe y de María.

— Tampoco aceptaré este oro, respondió Juanita, sino con la condicion de emplearle en atraer la bendicion celeste sobre milord y milady.

— Empleale en lo que quieras, Juanita, y en lo que sea mas de tu gusto, y haz que nos sirvan la colacion.

— He convidado á Varney y Foster á cenar

con nosotros, dijo la condesa mientras iba Juanita á ejecutar la orden del conde. ¿He hecho bien?

— Apruebo todo cuanto es de tu agrado, Amy, y aun me alegro mucho de que les hayas dado esa prueba de consideracion, pues Varney me es sumamente adicto, es el alma de mis consejos secretos; y en cuanto á Foster, lo que está haciendo por mí exige que tenga mi confianza.

— Ahora, milord, tengo..... tengo que pedirte una gracia, y.... y tengo que decirte un secreto, añadió la condesa bajando los ojos.

— Mañana por la mañana, amor mio, hablaremos de eso, respondió el conde. Oigo abrir la puerta del comedor; y como he caminado con bastante precipitacion, necesito comer y beber alguna cosa.

Al decir esto condujo á su esposa al cuarto inmediato, en donde Varney y Foster los recibieron con muchas reverencias, que hizo el primero como cortesano, y el segundo con cierta gravedad religiosa como precisiano verdadero. El conde correspondió á los dos con la marcialidad de un hombre acostumbrado á recibir semejantes homenajes, y la condesa con un aire de ceremonia que hacia ver que aun no estaba todavía tan habituada.

El festin que se les habia preparado correspondia con la magnificencia del cuarto en que fué servido; pero no se presentó ningun criado, y Juanita sola sirvió á los cuatro convidados. Por otra parte, la mesa estaba tan abundantemente guarnecida y provista de cuanto era necesario, que no tuvo mucha ocupacion. El conde y la condesa se colocaron en la cabecera de la mesa, y Varney y Foster mas allá del salero, sitio destinado siempre á las personas de un rango inferior. Foster, encogido y acobardado de hallarse en una sociedad á la que no estaba acostumbrado, no despegó los labios durante la cena. Varney, con gran tino y discernimiento, tomó parte en la conversacion únicamente por sostenerla, como si no hubiera querido meter baza, y entretuvo el buen humor del conde constantemente. La naturaleza le habia dotado de todas las calidades necesarias para representar el papel á que estaba destinado, siendo de un lado discreto y prudente, y teniendo del otro viveza, talento é imaginacion. A la condesa misma, preocupada contra él por no pocas razones, no pudo menos de parecerle agradable su conversacion; y estuvo mas dispuesta que lo habia estado hasta entónces á aprobar los elogios que daba el conde á su favorito. Acabada la cena, el conde y su es-

posa se retiraron á su cuarto, y reinó en el castillo el mas profundo silencio durante el resto de la noche.

La mañana siguiente Varney cumplió muy temprano las funciones de camarero mayor y primer caballero, aunque no ocupaba sino esta última plaza en su casa, en donde los caballeros de buenas familias estaban revestidos de los mismos grados que los primeros nobles del reino en la del rey. Los deberes de todos estos cargos eran familiares á Varney que, descendiendo de una antigua familia casi arruinada, habia sido page del conde cuando empezó este su carrera. Le habia sido fiel en la adversidad, habia sabido serle útil cuando el conde marchaba con pasos rápidos en el camino de la fortuna, y se habia establecido de este modo, fundando su crédito en los servicios que habia hecho y hacia aun, de suerte que habia llegado á ser un confidente indispensable de su amo.

— Deme vm. un vestido sencillo, Varney, dijo el conde quitandose la bata de seda con flores, forrada de armiño, y encarguese vm. de todo esto, añadió mostrandole sus diferentes órdenes que estaban sobre la mesa: ayer noche me abrumaba su peso. Estoy casi resuelto á arrinconarlas: son grillos y cadenas que han inventado los bribones astutos

para aprisionar á los locos. ¿Que le parece á vm., Varney? ¿no digo la verdad?

— A fé mia, milord, pienso que las cadenas de oro en nada se parecen á las demas; y cuanto mas pesadas son, tanto mas agradable es su peso.

— Sin embargo, Varney, casi he tomado la resolucion de no dejarme encadenar mas largo tiempo en la corte. ¿Que puedo ganar con hacer nuevos servicios? ¿Que nuevo favor puedo obtener superior al rango y á la fortuna que poseo? ¿Que causa hizo caer la cabeza de mi padre? el no haber sabido moderar sus deseos. Bien sabe vm. que he corrido yo mismo muchos riesgos, que varias veces me he resbalado en el borde del precipicio; casi he resuelto no confiarme al mar, y sentarme tranquilamente en la orilla.

— ¿Y coger allí conchas en compañía de Cupido? dijo Varney.

— ¿Que quiere vm. decir, Varney? dijo el conde con viveza.

— No se enfade vm., milord. Si la compañía de una esposa que ofrece una reunion de calidades tan raras, tiene para vm. tantos encantos, que para gozar de ellos con mayor libertad quisiese vm. renunciar á todo lo que ha sido hasta ahora el objeto de sus deseos, algunos pobres empleados en su servi-

cio podrán sentirlo , pero Ricardo Varney no será uno de ellos. Gracias á la bondad de vm., tendrá siempre lo que necesite para sostenerse de un modo digno del puesto distinguido que ha ocupado en su casa de vm.

— ¿Y sin embargo se mostraba vm. descontento cuando hablaba yo de dejar una vida peligrosa que puede al fin arruinarnos á los dos?

— ¡Yo, milord! No tendré yo por cierto motivo alguno de sentir el retiro de su señoría. No será Ricardo Varney el que disgustará á su magestad y se hará la fábula de la corte , cuando el edificio mas elevado que se ha construido jamas sobre el favor de un príncipe se deshaga como un castillo de naipes formado por un niño. Todo lo que yo deseo , milord , es que ántes de dar un paso semejante , consulte vm. su felicidad y su reputacion.

— Hable vm. , Varney , continúe vm. , dijo el conde viendo que su favorito temia decir mas. He dicho á vm. que no he tomado aun un partido decisivo , y que quiero pesar con cuidado el pro y el contra.

— Pues bien , milord , supongamos dado ya el paso ; que no se trate ya del descontento del trono , de los sarcasmos de los cortesanos , de los gemidos de los amigos. Hallase vm. retirado en alguno de sus castillos mas le-

janos , tan desviado de la corte que no oye vm. ni los ayes de sus protegidos , ni la alegría de sus enemigos. Supongamos tambien que el rival afortunado de vm. querrá contentarse , cosa cuando menos dudosa , con cortar las ramas del gran árbol que le ha ocultado durante mucho tiempo el sol , en vez de abatirle y arrancarle de raiz. Pues bien , el antiguo favorito de la reina de Inglaterra , el que tenia el baston del mando , que hacia cuanto queria de los parlamentos , es ahora un caballero campesino , y se divierte en cazar en sus tierras , en beber su ale con sus vecinos , y pasar la revista de sus vasallos cuando lo ordena el gerif.

— ¡Varney! dijo el conde arqueando las cejas.

— Me ha ordenado vm. hablar , milord , y es preciso permitirme concluir la pintura. Sussex gobierna la Inglaterra ; la salud de la reina vacila , se trata de arreglar la sucesion ; la ambicion vé abrirse un camino mas hermoso de lo que hubiera podido imaginar : vm. llega á saber todo eso en su retiro. Empezia vm. entónces á pensar en las esperanzas frustradas , y en la nulidad á que se ha condenado. ¿Y por que? por poder admirar los ojos de una esposa hechicera mas á menudo que cada quince dias.

— Basta, Varney, no he dicho á vm. que tomaré con precipitacion, y sin una atencion conveniente al bien público, el partido á que me inclinaba mi gusto por el reposo y por la dicha propia. Vm. será testigo, Varney, de que si triunfo de mis deseos por el retiro, no es por miras de ambicion, es por mantenerme en el puesto en que podré ser útil á mi patria en los momentos de urgencia. Que esten prontos los caballos: me vestiré de lacayo, y mi caballo llevará la maleta. Vm. será hoy el amo, Varney: tome vm. todas las precauciones para evitar las sospechas. Partirémos al punto; estoy pronto, y solo me resta despedirme de la condesa. Impongo á mi corazon una obligacion cruel, con la que hiero á otro mas querido todavía; pero soy patriota, y los deberes de un ciudadano imponen silencio á los de un esposo.

Habiendo dicho esto con tono firme y con acento melancólico, salió del cuarto en que acababa de vestirse.

— Me alegro de que te vayas, pensó Varney, pues aunque estoy familiarizado con las locuras humanas, no hubiera podido dejar de reirme de tuya en tu presencia. Acaba de cansarte pronto de tu nueva prenda, de este juguete coloradito, digna hija de nuestra madre Eva; nada me importa. Pero guar-

date bien de cansarte tan pronto de la antigua, la ambicion; porque al subir la montaña, milord, lleva vm. á Ricardo Varney á la cola, y como espera aprovecharse de la elevacion de vm., nada omitirá de cuanto pueda contribuir á hacer que llegue á la mayor altura que sea posible. En cuanto á vm., mi linda señora, que se empeña en querer representar el papel de condesa, la aconsejo irse con piés de plomo, pues de otro modo el drama podrá concluirse de un modo trágico. Será vm. hoy el amo, me ha dicho: á fé mia podrá suceder que haya hablado con mas verdad de lo que pensaba. Y de este modo, siendo él mirado de tantos hombres sensatos y de discernimiento por un político tan profundo como Burleigh y Walsingham, por un guerrero tan hábil como Sussex, se somete á uno de sus servidores, y todo eso por una tez sonrosada, y un par de ojos negros. ¡Que linda caída para un ambicioso! y sin embargo, si pierde la chabeta, puede alegar milord en su favor como una buena disculpa las gracias encantadoras de la condesa. Dejemos pues correr la bola; él trabajará para elevarme, ó yo para prosperar; y en cuanto á esta linda condesa, si no habla de su escena con Tresilian, de lo que se guardará bien, será preciso que haga conmigo causa comun, que

tengamos nuestros secretos, y nos apoyemos recíprocamente, por mas que pretenda despreciarme. Vamos á preparar los caballos de milord; vendrá un tiempo quizá en que mi caballerizo me preparará los míos.

Al decir esto salió del cuarto.

Al mismo tiempo habia ido el conde á despedirse de prisa de la amable condesa, temiendo esponerse á oír de nuevo una demanda que sentia rehusar, pero que, segun la conversacion que acababa de tener con su primer caballerizo, estaba resuelto á no conceder.

La encontró vestida con una zamarra de seda blanca guarnecida y forrada de pieles, sus piececitos medio enchanclados, sin haberse calzado aun las medias, sus largos cabellos tendidos sobre su cuello y espaldas, y casi sin otro adorno que sus gracias, que parecia aumentaba el pesar que le causaba el momento de la separacion.

— A dios, Amy, á dios, amor mio, la dijo el conde sin poder apenas saciarse de abrazarla, y volviendo muchas veces á darla mil y mil besos. El sol aparece ya sobre el horizonte, no puedo detenerme mas. Debiera estar ya á diez millas de aquí.

Así es como trataba de abreviar los instantes de tan cruel separacion.

— ¿Y no accedes á mi demanda? le dijo la condesa sonriendose. ¡ Ah! ¡ caballero desleal! ¡ que caballero cortés ha rehusado jamas otorgar á su dama el don que ella le pidiese con los piés desnudos en chancletas?

— Pideme todo cuanto quieras, Amy, y te lo acordaré; solamente esceptuo lo que pudiera perdernos á los dos.

— Pues bien, ya no te pido reconocerme al punto por lo que me haria el objeto de la envidia de toda la Inglaterra, por la esposa del mas noble, del mas valiente, del mas tiernamente querido de los barones ingleses; pero permiteme comunicar este secreto á mi padre, y aliviar el dolor que le he causado. Dicen que está gravemente enfermo.

— ¿ Dicen? repitió con viveza el conde: ¿ quien te lo ha dicho? ¿ No ha participado Varney á tu padre todo lo que puede saber en el día, es decir, que eres dichosa y gozas de salud? ¿ No te ha dicho que habian encontrado al buen anciano divirtiendose en su ejercicio favorito? ¿ Quien te ha hecho creer lo contrario?

— Nadie, conde mio, nadie, respondió la condesa asustada con el mismo tono que le hizo esta pregunta. Sin embargo desearia mucho asegurarme por mis propios ojos de la salud de mi buen padre.

— Eso no es posible, Amy. No puedes tener por ahora comunicacion alguna con tu padre, ni con ninguno de su casa. ¡ Hermosa política seria dar parte de semejante secreto á tantas personas! Por otra parte, Trejilian, ó Tresilian, ó como se llama, ¿no está siempre en casa de tu padre? ¿no le confía el anciano caballero todos sus secretos?

— Mi padre, conde mio, está conocido hace mucho tiempo por un hombre prudente y respetable; y en cuanto á Tresilian, apostaria la corona de condesa, que podré algun dia ponerme en público, á que si podemos perdonarnos la injuria que le hemos hecho, es incapaz de volver mal por mal.

— No me fiaria yo sin embargo, Amy, no me fiaria de él. Mas quisiera que se mezclase en mis asuntos el diablo que Tresilian.

— ¿Y por que, conde mio? le preguntó la condesa, aunque temblaba interiormente por el tono decidido con que él se explicaba: ¿por que tienes tan mala opinion de Tresilian?

— Señora, respondió el conde, mi voluntad debe ser para vm. una razon suficiente. Pero si vm. desea saber mas, considere vm. con quien está ligado Tresilian. Es el amigo, el protegido de ese Radcliffe, de ese Sussex, contra quien con muchísimo trabajo defiendiendo mi terreno en los favores de una ama recelosa.

Si obtuviese sobre mí la ventaja de hallarse informado de nuestro casamiento ántes que Isabel estuviese bien dispuesta á saberlo, serian inevitables mi desgracia y mi ruina, y podria ser tal vez víctima de su enojo, pues participa del carácter de su padre Enrique.

— Pero ¿por que, conde mio, has concedido una opinion tan injuriosa de un hombre que apenas conoces? No conoces á Tresilian sino por mí, y yo te aseguro que nada hay en el mundo que pudiese hacerle faltar á su deber y descubrir nuestro secreto. Si he ofendido á Tresilian por tu causa, debo desear mucho mas que le bagas justicia. Si basta hablarte de él para ofenderte, ¿que dirias al saber que le he visto?

— ¿Que le has visto! repitió el conde arqueando las cejas. Harias bien en tal caso en guardar el secreto como se guardan los de la confesion. No deseo la ruina de nadie, pero el que quiera penetrar mis secretos, que se guarde bien de mí. El javalí no sufre que nadie atraviese la senda que ha trazado.

— ¿Pobre de mí! dijo la condesa en voz baja perdiendo el color.

— ¿Que tienes, mis amores? la dijo el conde sosteniendola entre sus brazos; vuelvete á la cama, has madrugado demasiado. ¿Tienes algo que pedirme que no pueda com-

prometer mi fortuna, mi vida y mi honor?

— Nada, nada, respondió con voz débil. Deseaba hablarte de otra cosa, y se me ha olvidado.

— Te acordarás cuando volvamos á vernos, mis ojos, la dijo el conde abrazandola con ternura; y á escepcion de esas demandas que no puedo ni me atrevo á concederte, será preciso que tus deseos sean superiores á cuanto la Inglaterra y sus dependencias pueden proporcionar, para que no se vean cumplidos á la letra.

Dicho esto, partió: luego que bajó la escalera, Varney le dió una capa y un sombrero para disfrazarse. Estaban prontos los caballos en el patio para él y para Varney; porque dos criados iniciados hasta cierto punto en el secreto, es decir, que creían que su amo tenía en aquel sitio una intriga con una dama cuyo nombre y clase ignoraban, habían partido ya por la noche.

Tony Foster tenía por la brida al caballo del conde, caballo vigoroso y ágil, mientras su criado presentaba otro mas brillante y mas bien enjaezado á Ricardo Varney que debía representar el papel de amo en el camino.

Sin embargo, viendo que el conde se acercaba, Varney se adelantó para tener las riendas del caballo de su amo, é impidió á Foster

cumplir esta funcion, mirandola sin duda como uno de los privilegios de su empleo. Foster sintió perder la ocasion de hacer la corte á su patron, pero cedió el puesto á Varney, sin atreverse á replicar. El conde montó á caballo distraido, y olvidandose de que siendo criado debía ir detras de su amo, salió del patio sin pensar en Varney, saludando con la mano á la condesa que le dirigia la última despedida con un pañuelo desde una ventana.

Mientras se disponia á salir del patio, dijo Varney: — He aquí una nueva política, el criado dejando atras á su amo. Y aprovechandose de este instante para hablar á Foster le dijo: Me miras de mal ojo, Tony, segun parece; si te he privado de una sonrisa de mi lord, le he recordado te deje una recompensa de tus fieles servicios que no te será desagradable. He aquí una bolsa de oro capaz de satisfacer á un avaro. Tomala, añadió mientras se serenaba el rostro de Foster, y añade ese oro al que dió anoche á Juanita.

— ¡ Como! ¿ que dice vm.? ¿ ha dado oro á Juanita?

— Sin duda; ¿ y por que no? Los servicios que hace á la condesa ¿ no deben ser recompensados?

— No le tocará: es preciso que le devuelva.

Conozco á milord, le gustan las caras nuevas, sus afectos se cambian como los cuartos de luna.

— ¿Has perdido la chabeta, Foster? ¿Puedes soñar tal dicha? ¿te imaginas que milord está prendado de tu hija? ¿ Quien diablos se detiene á escuchar á la alondra mientras canta el ruiseñor?

— Alondra ó ruiseñor, todo es bueno para el que tiene aficion á coger pájaros; y yo sé, señor Varney, que está vm. acostumbrado á ojear los pajarillos para que caigan en la liga. No quiero que haga vm. con Juanita lo que ha hecho con muchas otras pobres muchachas. ¿ Se ríe vm.? Repítrole que quiero salvar siquiera un miembro de mi familia de las garras de Satanás, y puede vm. contar con eso. Devolverá el oro.

— O te le dará á guardar, Tony, lo que vendrá á ser lo mismo. Pero tengo que hablarte de otra cosa mas seria. Nuestro amo va poco satisfecho de nosotros.

— ¿ Que dice vm.? ¿ Se ha fastidiado ya de su prenda, de su juguete? Ha gastado por ella lo que bastaria para rescatar á un rey cautivo, ¿ y estará arrepentido de?...

— No por cierto, Tony; se muere por ella, y por ella quiere dejar la corte. A dios entónces nuestras esperanzas, nuestras pose-

siones y nuestra seguridad. Nos obligarán á dejar los bienes de la iglesia, y nos daremos por contentos si no nos obligan á pagar las rentas percibidas.

— Seria arruinarnos, dijo Foster temblando de miedo; ; y todo eso por una muger! Si fuera por el bien de su alma, santo y bueno. Yo quisiera tambien algunas veces retirarme del mundo engañoso que me seduce, y ser uno de los mas pobres de nuestra congregacion.

— No es tarde todavía, Tony, pero creo que el diablo no perderá nada con tu pobreza involuntaria, y tú no ganarás de otro lado. Pero sigue mis consejos, y podrás obtener todavía la propiedad de Cumnor-Place. No hables con nadie de la visita de Tresilian, ni una palabra sin que yo te lo diga.

— ¿ Y por que asunto? preguntó Foster receloso.

— ¡ Pobre mentecato! segun el humor de milord, seria el medio de confirmarle en la idea de retirarse. Si supiera que tal fantasma se ha aparecido á la condesa en su ausencia, querria ser el dragon para guardar sus manzanas de oro. Y entónces, Tony, ¿ que te resta por hacer? A buen entendedor pocas palabras. A dios, tengo que seguirle.

Diciendo esto, picó la espuela al caballo, y partió á carrera hasta alcanzar á su amo.

— ¡ El diablo te desnude, pagano maldito! dijo Foster viendole alejarse. Es preciso sin embargo ejecutar sus órdenes, pues los dos tenemos el mismo interes. Pero Juanita me entregará esas monedas de oro, las emplearé de un modo ó de otro en el servicio de Dios, y las guardaré aparte en mi baul hasta que encuentre ocasion de invertirlas bien. De otro modo podria salir de ellas un vapor contagioso que perderia á Juanita. No, no, es preciso que permanezca pura como un ángel, para que pueda rogar á Dios por su padre. Sus oraciones me son necesarias, porque sigo un camino peligroso. Corren rumores estraños sobre mi modo de vivir. La congregacion me mira con frialdad; y cuando el señor Holdforth en su último sermon comparaba los hipócritas á una sepultura blanqueada cuyo interior está lleno de huesos humanos, me pareció que se dirigia á mí. ¡ Estos puritanos son tan rígidos!... Pero veremos.... Voy á leer mi Biblia una horita ántes de abrir mi baul.

Al mismo tiempo Varney se reunia con el conde que le aguardaba en la puerta del parque por donde Tresilian habia salido el dia anterior.

— Pierde vm. el tiempo, Varney, le dijo el conde, y los momentos son preciosos. Es preciso que yo llegue á Woodstock para dejar mi disfraz, y hasta allí no camino sin peligro.

— Es obra de dos horas, milord. Heme detenido un instante por recomendar de nuevo á Foster todo el posible cuidado para que no se trasluzca nuestro secreto, y para pedirle noticias de un hombre que destino á reemplazar á Trevors en el servicio de usía.

— ¿ Le cree vm. propio para ocupar aquel destino?

— Parece muy á propósito, milord. Pero si quisiera vm. continuar su viage sin mí, volveria á Cumnor, y le llevaria á Woodstock ántes que haya dejado vm. su cama.

— Vm. sabe bien que en aquel momento suelo dormir profundamente; pero camine vm. aprisa para poder hallarse allí cuando yo me levante.

Dicho esto, partió á carrera, mientras Varney volvió á Cumnor por el camino real, evitando el pasar junto al parque. Se apeó en *el Oso negro*, y preguntó por Lambourne. El respetable sobrino del posadero no tardó en presentarse á su nuevo patron, aunque algo humillado.

— Has perdido las huellas de tu camarada

Tresilian, dijo Varney, tu cara me lo está diciendo. ¿Es esa toda tu destreza tan cacareada, impudente bribon?

— Voto á Dios, dijo Lambourne, jamas ha seguido nadie mejor las huellas de un rapos. Le he visto esconderse aquí en casa de mi tio, le he visto cenar, le he visto entrar en su cuarto, en una palabra me he ocupado en seguirle como su sombra, y zás, ántes de amanecer habia ya partido, sin que le haya visto nadie, ni aun el mozo de la cuadra.

— Estoy por pensar que quieres engañarme; pero si vengo á descubrirlo, á fé mia que te arrepentirás.

— Al mejor sastre se le cae la aguja. ¿Tenia yo interes alguno en hacerle desaparecer? Pregunte vm. á Gil Gosling, mi tio, á sus criados, al mozo de la cuadra, á Cicily, á toda la casa, si le he perdido de vista hasta que se acostó. ¡Que diablos! yo no podia encajarme en su cuarto como un enfermero, despues de haberle visto entrar en él. Es preciso que convenga vm. en eso.

Los informes que tomó Varney en la posada confirmáron cuanto habia dicho Lambourne. Todos dijéron que Tresilian habia partido de noche sin haber advertido á nadie.

— Pero es cosa justa decir, añadió el posadero, que ha dejado sobre la mesa el dinero

del escote, y la propina de los mozos, que pudiera haberse ahorrado, porque no ha querido incomodar á nadie ni aun para ensillar el caballo.

Convencido de que Lambourne no le habia engañado, empezó Varney á hablarle de sus proyectos, diciendole que Foster le habia informado de su disposicion á entrar en el servicio de un señor.

— ¿Ha estado vm. alguna vez en la corte? le preguntó.

— No, respondió Lambourne, pero desde la edad de diez años he soñado todas las semanas que estaba en ella y que hacia fortuna.

— Si el sueño no se verifica, la culpa será de vm. ciertamente. ¿Tiene vm. necesidad de dinero?

— Jamas tiene dineros de sobra el que gusta de divertirse.

— Basta esa respuesta, es escelente. ¿Y sabe vm. que calidades debe tener el que entra en el servicio de un cortesano?

— Creo que debe tener abiertos los ojos, la boca cerrada, la mano dispuesta á cuanto se ofrezca, sutil el ingenio, y ancha la conciencia, sin parar en barras.

— ¿Sin duda hace mucho tiempo que la tuya no conoce el miedo?

— No me acuerdo de que le haya conocido

jamás: cuando era muy joven, quería algunas veces alzar la voz, pero el tumulto de la guerra la ha traído á raya, y se ha anegado enteramente entre las olas del Atlántico.

— ¿Has servido en las Indias?

— En las orientales y en las occidentales, por mar y por tierra. He servido al Portugal y á la España, á la Holanda y á la Francia, y he hecho la guerra por mi cuenta y riesgo con una compañía de gente animosa á bordo de un bergantin velero, que retaba al otro lado de la línea á todo el mundo que se presentase.

— Pues bien, puedes ser útil á milord y á mí mismo. Pero ¡cuidado con ella! conozco el mundo; ¿podrás servir con fidelidad?

— Si vm. no conociese el mundo, le debiera responder afirmativamente sin vacilar, y jurarlo por mi honor y por mi vida. Pero como vuestra merced desea sin duda una respuesta dictada por la verdad mas bien que por la política, le diré que puedo ser á vm. fiel hasta el pié de la horca, hasta que tenga el dogal en el cuello y el credo en la boca, si me tratan y me pagan bien; y sino, no.

— Y á todas las otras virtudes, dijo Varney con ironía, sin duda añades la facultad feliz de poder parecer grave y religioso en caso necesario?

— Poco me costaría dejar á vm. en esa idea; pero si he de responder en plata, le diré que no. Si necesita vm. de un hipócrita, allí tiene á Tony Foster que desde niño se vé atormentado por las visitas de esa fantasma que llaman religion, aunque en resumidas cuentas el diablo no pierde nada con él por eso. No, yo no soy de esa catadura.

— Pues bien, si no eres hipócrita, ¿te hallas bien montado?

— Sí por cierto; tengo un caballo que salta las acequias y los arroyos como el mejor que se puede presentar. Cuando hice una salidita en Shooters-Hill, diciendo cuatro palabras en el camino real á un hacendado que llevaba un buen bolsillo, me sacó del paso en un instante, á pesar de los que me diéron el alcance.

— Pues bien, á caballo al punto y sigueme. Deja aquí tu equipage. Vas á entrar en el servicio de un hombre con el cual si no prosperas no será la falta de la fortuna, sino la tuya.

— Consiento desde luego de todo corazón: es asunto concluido. ¡Holá! ¡eh! que ensillen mi caballo al momento. ¡Cicily! ¡gentil Cicily! ven á despedirte de mí, y te daré la mitad de mi bolsillo para consolarte del dolor de mi ausencia.

— ¡Par diez! dijo Gil Gosling que acababa

de oír estos preparativos de viage, Cicily no necesita de tus dones. ¡ Buen viage ! ¡ y que Dios te dé el juicio que necesitas y una grande fortuna !

— Veamos á tu Cicily, mi huésped ; aseguran que es una beldad, dijo Varney.

— Algo atesada, y en estado de resistir á la lluvia y al viento ; pero no tiene nada que pueda agradar á galanes como vm. No sale de su cuarto, y no se espone á las miradas de los cortesanos.

— Enhorabuena, mi querido huésped, que se quede en paz. Pero los caballos estan prontos, y es fuerza ya partir. A dios.

— ¿ Se va con vm. mi sobrino, señor ?

— Tal es su intencion, dijo Varney.

— Tienes razon, Miguel, repuso Gosling, tienes muchísima razon. Posees un buen caballo ; cuidado ahora con el ramal. O, si entre todas las maneras de acabar tus dias, es la cuerda la que mas te conviene, como me parece verisímil segun el partido que tomas, hazme el gusto de escoger una horca lo mas léjos de Cunnor que puedas.

Sin incomodarse con la despedida de mal agüero de Gil Gosling, Varney y Lambourne montáron á caballo, y corriéron con tanta rapidez que no pudieron entablar la conver-

sacion hasta que tuviéron que subir una cuesta penosa.

— ¿ Consientes, pues, dijo Varney, en entrar en el servicio de un señor de la corte ?

— Sí, señor, si mis condiciones convienen á vm.

— ¿ Y cuales son esas condiciones ?

— Si he de tener los ojos abiertos sobre los intereses de mi amo, es preciso que él los tenga cerrados para no ver mis defectos.

— Con tal que no sean dañosos á su servicio.

— Es justo ; ademas, si cazo, debo roer los huesos.

— Está muy puesto en razon. Otros, que son tus superiores, piden lo mismo.

— Muy bien. Me resta decir á vm. que estoy algo reñido con la señora justicia, y como es mas fuerte que yo, necesitare que mi amo me ayude á librarme de sus garras. Este es un punto importante.

— Tambien eso es justo, con tal que esa querella haya tenido por causa el servicio de tu amo.

— En cuanto al salario, dijo Lambourne con indiferencia, no digo nada contando con los provechos.

— No tengas cuidado, no te faltarán dineros, ni medios de divertirte. Vas á una casa

en la que el oro salta, como dicen, á los ojos.

— Todo eso es á pedir de boca, y solo falta decirme el nombre de mi amo.

— Yo me llamo Ricardo Varney.

— Yo hablo del nombre del noble lord en cuyo servicio quiere vm. emplearme.

— ¿Como, miserable? ¿te crees demasiado grande para llamarme amo? Te permito ser impudente con los demas, pero cuidado que conmigo....

— Perdone usía; pero le he visto tan familiar con Tony Foster, que siendolo yo igualmente con él....

— Ya veo que eres un redomado pícaro: escucha. Es verdad que me propongo colocarte en casa de un gran señor, pero yo te daré todas las órdenes, y dependerás de mí. Soy su primer caballero. Pronto sabrás como se llama. Es un hombre que gobierna el Estado y lleva todo el peso de la administracion.

— ¿Famoso talisman para descubrir los tesoros ocultos!

— Cuando se emplea con discrecion; pero ¡cuidado contigo! evocarías tal vez un demonio que te convertiría en átomos.

— Bueno: no pasaré los límites debidos.

Los dos viajeros volviéron á caminar á carrera, y llegaron pronto al parque real de

Woodstock. Este antiguo dominio de la corona era entónces muy diferente de lo que habia sido cuando la hermosa Rosamunda residía en él; cuando era el teatro de los amores secretos é ilícitos de Enrique II, y mucho mas diferente todavía de lo que es, hoy que Blenheim-House renueva las victorias de Marlborough, y presenta á los ojos los nobles esfuerzos del genio de Vanburgh, aunque desacreditado en su tiempo por hombres de un gusto muy inferior al suyo. Era en el reinado de Isabel un palacio viejo y arruinado, que hacia mucho tiempo no habia sido honrado con la presencia del soberano, lo que habia empobrecido mucho el pueblo inmediato. Sin embargo los habitantes habian presentado muchos memoriales á la reina, suplicandola echase sobre ellos una mirada de bondad y proteccion; y tal era el motivo aparente que habia conducido al conde á Woodstock.

Varney y Lambourne entraron sin ceremonia en el patio del antiguo castillo, que ofrecia aquella mañana un aspecto animado que no habia tenido en dos reinados. Los oficiales de la casa del conde, sus lacayos, sus guardias, iban y venian con el ruido y algazara que acostumbran. Oianse los relinchos de los caballos y los aullidos de los perros; porque el conde, encargado de exami-

nar el estado actual de este dominio, habia llevado consigo cuanto era necesario para disfrutar del placer de la caza en el parque, que se decia ser el primero que habia sido rodeado de tapias en Inglaterra, y donde se encontraba un sin número de gamos que hacia largo tiempo vivian allí á sus anchuras y sin ser acosados. Muchísimos habitantes, que creian que esta visita extraordinaria iba á producir un efecto favorable á sus deseos, se habian reunido en el patio, y aguardaban poder ver al grande hombre. La llegada de Varney llamó su atencion; esparciéron entre ellos la voz de que era el primer caballero del conde, y procuráron ganar su voluntad quitandose las gorras y sombreros, y acercandose apresurados á tener la brida y el estribo de su caballo y del de su compañero.

— Desviense vms. un poco, mis señores, les dijo Varney con gravedad, sin impedir á los criados cumplir con su deber.

Los aldeanos se separáron confusos mientras Lambourne, queriendo imitar el tono del primer caballero, rechazaba aun mas duramente á los que le rodeaban. Retirad las manos, dejadnos en paz, idos al diablo, paisanos; ¿pensais que no tenemos criados que nos sirvan?

Diéron sus caballos á los lacayos, y entrá-

ron en el castillo con un aire de superioridad que su nacimiento y una grande costumbre hacian natural en Varney, y que Lambourne trataba de imitar lo mejor que podia, mientras los pobres habitantes de Woodstock decian unos á otros en voz baja: — ¡Dios nos libre de estos impudentes! si es el amo como los criados, cargue el diablo con todos ellos, y se llevará lo que es suyo.

— ¡Silencio, vecinos! dijo el alcalde, y morderse la lengua para no decir necedades. Todo lo sabrémos con el tiempo. Nadie será recibido jamas en Woodstock con tanto gusto como el antiguo rey Enrique. Si por caso daba á un aldeano media docena de latigazos entre oreja y oreja, le arrojaba luego á las barbas un puñado de Enriques de oro, y asunto concluido.

— ¡Dios le haya coronado de gloria! dijéron los paisanos; pero no nos mirarémos en ese espejo, y la reina Isabel está bien léjos de querer darnos latigazos.

— Eso es lo que no sabemos, respondió el alcalde; paciencia, vecinos, y consolemonos con pensar que no dejamos de merecer semejantes favores de su magestad.

Entretanto Varney, seguido de su nuevo acólito, entró en la antecámara en donde sugetos mas importantes que los del patio

aguardaban el momento en que saliese el conde que estaba aun en su cuarto. Todos hicieron la corte á Varney con mas ó menos ardor, segun su rango, ó el asunto que los conducia á hablar á su amo. A la pregunta general: — ¿Cuándo saldrá milord? respondió en pocas palabras: — ¿No vé vm. mis botas? llevo de Oxford; no lo sé. Habiendole hecho igual pregunta un hombre de un rango mas elevado: — Voy á informarme del camarero, sir Tomas Copely, le respondió. El camarero, que se distinguia por su llave de plata, dijo que el conde aguardaba la llegada de Varney para bajar, pero que queria primero hablarle en secreto. Varney saludó á todos, y entró al cuarto de su amo.

Hubo durante algunos minutos un murmullo entre los que aguardaban, pero reinó el mas profundo silencio cuando en el fondo del cuarto abrieron una gran puerta, y salió el conde precedido de su camarero y de su mayordomo, y seguido de Ricardo Varney. Sus nobles facciones magestuosas nada tenian de la insolencia pintada en todos los semblantes de los cortesanos que componian su comitiva. Proporcionaba su política al rango de las personas; pero aun el mas oscuro individuo obtenia de él por lo menos una graciosa mirada. Las preguntas que hizo sobre el estado

del castillo y sus dependencias, sobre las ventajas que podrian resultar para el pueblo y cercanías de los viages que hiciese la reina de cuando en cuando á él, daban á entender que habia leído con algun cuidado y atencion el memorial de los habitantes, y que deseaba serles favorable.

— ¡Bendita sea la madre que te parió! dijo en voz baja el alcalde que habia entrado al frente de una diputacion de los habitantes: mirad que descolorido está; apostaria las orejas á que no ha dormido en toda la noche por leer nuestro memorial. El maestro Toughyarn, que ha empleado seis meses en hacerle y escribirle, decia que era preciso lo menos leerle una semana para comprenderle y sacarle el jugo; y el conde no ha necesitado veinte y cuatro horas para sacarle la quinta esencia, segun veo.

El conde les aseguró entónces que propondria á la reina honrar algunas veces con su presencia su castillo real de Woodstock, para que pudiesen gozar los habitantes de los contornos de las mismas ventajas que habian tenido en los reinados de sus antecesores. Entretanto estaba encargado de manifestarles las intenciones benévolas de la reina, y se alegraba mucho de poder añadir que su magestad, para estimular y dar actividad al co-

mercio de Woodstock, habia resuelto establecer allí un mercado para las lanas.

Esta buena noticia produjo una general alegría, no solamente entre los miembros de la diputacion que se hallaban presentes, sino entre los aldeanos reunidos en el patio, á donde no tardó en llegar. Los magistrados presentaron al conde, doblando la rodilla, las libertades y franquicias de Woodstock, con una bolsa llena de monedas de oro que entregó al momento á Varney, y este dió una parte á Lambourne para que empezase á tomar gusto al nuevo servicio.

El conde y su comitiva no tardaron en montar á caballo para volver á la corte, en medio de las aclamaciones festivas de todos los habitantes de Woodstock. Oíase por todas partes: *¡Viva la reina Isabel! ¡viva el noble conde de Leicester!* La cortesía del conde cubria de cierto barniz de popularidad las gentes de su comitiva, cuyo aire altanero habia desde luego desacreditado al amo; y las voces: *¡Viva el conde y sus allegados!* llegaron á los oídos de Varney y Lambourne que iban detras.

CAPITULO VIII.

Dígame vm. su opinion,
Atento le escucharé:
Sí, como es vm. Fenton....
Y tambien la seguiré.

Las Mujeres de Windsor.

SE hace indispensable volver al pormenor de las circunstancias que acompañaron, ó por mejor decir que ocasionaron la salida repentina de Tresilian de la posada del *Oso negro*. Despues de su encuentro con Varney, habia vuelto á la hosteria de Gil Gosling, en donde se habia encerrado, pidiendo papel, pluma y tintero, y diciendo que pasaria el dia en su cuarto. Bajó sin embargo al salon por la noche, y Miguel, que habia observado con cuidado todos sus movimientos, segun habia prometido, procuró renovar su trato con él, diciendole que esperaba no conservase enojo alguno desde lo sucedido aquella mañana.

Pero Tresilian mantuvo con firmeza y cortesía su carácter. — Señor Lambourne, le dijo, creo que debe vm. estar satisfecho del modo con que he indemnizado á vm. del

mercio de Woodstock, habia resuelto establecer allí un mercado para las lanas.

Esta buena noticia produjo una general alegría, no solamente entre los miembros de la diputacion que se hallaban presentes, sino entre los aldeanos reunidos en el patio, á donde no tardó en llegar. Los magistrados presentaron al conde, doblando la rodilla, las libertades y franquicias de Woodstock, con una bolsa llena de monedas de oro que entregó al momento á Varney, y este dió una parte á Lambourne para que empezase á tomar gusto al nuevo servicio.

El conde y su comitiva no tardaron en montar á caballo para volver á la corte, en medio de las aclamaciones festivas de todos los habitantes de Woodstock. Oíase por todas partes: *¡Viva la reina Isabel! ¡viva el noble conde de Leicester!* La cortesía del conde cubria de cierto barniz de popularidad las gentes de su comitiva, cuyo aire altanero habia desde luego desacreditado al amo; y las voces: *¡Viva el conde y sus allegados!* llegaron á los oídos de Varney y Lambourne que iban detras.

CAPITULO VIII.

Dígame vm. su opinion,
Atento le escucharé:
Sí, como es vm. Fenton....
Y tambien la seguiré.

Las Mujeres de Windsor.

SE hace indispensable volver al pormenor de las circunstancias que acompañaron, ó por mejor decir que ocasionaron la salida repentina de Tresilian de la posada del *Oso negro*. Despues de su encuentro con Varney, habia vuelto á la hosteria de Gil Gosling, en donde se habia encerrado, pidiendo papel, pluma y tintero, y diciendo que pasaria el dia en su cuarto. Bajó sin embargo al salon por la noche, y Miguel, que habia observado con cuidado todos sus movimientos, segun habia prometido, procuró renovar su trato con él, diciendole que esperaba no conservase enojo alguno desde lo sucedido aquella mañana.

Pero Tresilian mantuvo con firmeza y cortesía su carácter. — Señor Lambourne, le dijo, creo que debe vm. estar satisfecho del modo con que he indemnizado á vm. del

tiempo que le he ocupado. En medio de la simplicidad grosera con que vm. se cubre, sé que es capaz de comprenderme, cuando le digo francamente que habiendo conseguido el objeto que me proponia, debemos quedar en lo sucesivo estraños el uno para el otro.

— ¡Voto á Dios! dijo Lambourne componiendo con una mano sus bigotes, y empuñando con la otra el sable: si creyera que trata vm. de insultarme.

— Tendria vm. cachaza para sufrirlo, como debe hacerlo en todo caso, respondió con calma Tresilian. Harto conoce vm. la distancia que nos separa, para pedirme ninguna otra explicacion. Tenga vm. buenas noches.

En habiendo dicho esto, le volvió la espalda, y empezó á hablar con el posadero. Lambourne tenia buenas ganas de levantar el gallo, pero se contentó con blasfemar entre dientes, y cedió al ascendiente que un hombre de un rango y de un mérito superior posee en todas ocasiones sobre los seres de la especie de semejante miserable. Sentóse taciturno, de mal humor, en un rincon de la sala, y se entretuvo en seguir con su vista todos los movimientos de Tresilian, contra quien empezaba á alimentar proyectos de venganza por su cuenta, que esperaba satisfacer ejecutando las órdenes de Varney. Llegó la

hora de cenar, la cual acabada, se retiró Tresilian á su cuarto, haciendo lo mismo los demas.

Poco tiempo hacia que estaba acostado, cuando el curso de las reflexiones que le ocupaban y le servian de sueño, fué de repente interrumpido por el ruido que hizo su puerta, y una escasa luz que brujuleó en su cuarto. Valiente como un Cid, saltó de la cama y echó mano á su sable que iba á desenvainar, cuando una voz le dijo: — Quieto, quieto, señor Tresilian, yo soy vuestro huésped Gil Gosling.

Abriendo al mismo tiempo la linterna que hasta entónces no habia alumbrado sino muy poco, mostró sus facciones y semblante risueño á Tresilian sorprendido.

— ¿Que significa esto, señor Gosling? ¿Ha cenado vm. tan bien como la noche última? ¿Ha equivocado vm. los cuartos, ó imagina vm. que el de uno de sus huéspedes es á propósito para venirse aquí chanceandose á media noche?

— No equivoco ni la hora ni el cuarto, señor Tresilian; conozco el uno y la otra como el mejor fondista de Inglaterra. Pero tenemos dos cosas: el bribon de mi sobrino ha seguido á vm. los pasos todo el dia como un gato á un raton; ha tenido vm. una pen-

dencia, ha reñido vm. ó con él ó con otro, y temo algun mal resultado.

— Es vm. loco, mi buen amigo: su sobrino de vm. no es digno de mi enojo, y por otra parte, ¿quien ha dicho á vm. que yo he tenido pendencia con alguno?

— Yo lo he conocido en su cara de vm. cuando ha vuelto á casa: sí, señor; estaba vm. pálido: es un indicio tan seguro como es cierto que la conjuncion de Marte con Saturno es fatal. Además las hebillas del cinturón venian al revés, estaba vm. agitado, caminaba de prisa: en fin, se veia en todo que habia tenido vm. que echar mano á su espada.

— Pues bien, mi huésped, supongamos que me haya visto obligado á reñir: ¿es asunto ese para dejar la cama á estas horas, y venir á mi cuarto? Ya vé vm. que nada ha sucedido....

— No, pero ¿quien sabe lo que sucederá? Tony Foster es un hombre peligroso; tiene en la corte protectores poderosos que le han sacado de apuros en otras ocasiones. Y mi sobrino.... ya tengo dicho á vm. quien es; y si dos bribones han renovado sus amistades, no quisiera, mi digno huésped, que lo fuese á costa de vm. Miguel ha preguntado al mozo de la cuadra á que hora saldrá vm., y por que

camino. Quisiera pues que vm. recordase si ha dicho ó hecho algo que pueda haber dado motivo á alguna traicion contra su persona.

— Es vm. un hombre honrado, Gosling, dijo Tresilian despues de reflexionar un momento, y voy á hablarle con franqueza. Si esos dos pícaros tienen malos designios contra mí, lo que creo posible, es porque son agentes subalternos de un malvado mas poderoso.

— ¿Quiere vm. designar al señor Ricardo Varney? Ayer estuvo en Cumnor-Place, y á pesar de sus precauciones ha sido notado por alguno que me lo ha dicho.

— El es sin duda alguna.

— Pues bien, por amor de Dios, señor Tresilian, guarde vm. su pellejo. Ese Varney es el protector y patron de Foster, que ha logrado el usufructo de Cumnor-Place y del parque. Varney ha obtenido los bienes de la abadía de Abingdon, de que hace parte ese dominio, de su amo el conde de Leicester. Se dice que domina el ánimo del conde, aunque yo tengo muy buena opinion del conde para creer que emplea á Varney, como algunas gentes suponen y pretenden. Lo cierto es que maneja el ánimo de la reina, bien entendido en lo que es justo y conveniente. Vea vm. pues si es un enemigo terrible el tal Varney.

— Pues bien, asunto concluido, y yo nada de eso puedo remediar.

— Pero es preciso remediarlo de un modo ú otro. Ricardo Varney..... gracias á su influjo con el conde, y á las antiguas rutinas y vejámenes que hace valer como derechos de la abadía, apenas se pronuncia su nombre. Puede vm. juzgarlo por la conversacion de ayer noche. Se ha hablado de Tony Foster; pero nadie ha tomado en boca á Varney, y sin embargo todos saben que él es quien tiene guardada con tal secreto una buena moza en Cumnor-Place. Pero vm. sabe sobre esto mas que yo, pues aunque las damas no ciñen espada, no dejan de ser causa de infinitos desafíos y desazones.

— Sí, buen Gosling, sé sobre esa infeliz muchos pormenores que no puede vm. saber, y teniendo en este momento necesidad de aviso y consejos, seguiré de muy buena gana los que vm. tiene la bondad de darme. Referiré á vm. toda su historia, y despues de haberla contado, le pediré un favor en consecuencia.

— Yo soy un pobre posadero, señor Treilian, y nada capaz de dar consejos á un hombre como vm.; pero habiendo ganado honradamente siempre mi vida, sin engañar ni estafar á nadie, soy hombre de bien, y si no

puedo servir á vm. en algo, por lo menos no abusaré de su confianza. Descubrame vm. su pecho, como si hablase con su mismo padre, bien persuadido de que mi curiosidad, que es una de las virtudes de mi profesion, está acompañada de un grado conveniente y razonable de discrecion.

— No lo dudo, Gosling, respondió Treilian; y miéntras su oyente se disponia á escucharle con atencion, reflexionó un instante sobre la época en que comenzaria su relacion. Para que vm. me comprenda, dijo al fin, es preciso empezar desde léjos. Vm. ha oido hablar de la batalla de Stoke, y quizá tambien de sir Rogerio Robsart que abrazó con valor el partido de Enrique VII, abuelo de la reina, que derrotó al conde Lincoln, lord Geraldin y sus Irlandeses, y los Flamencos que la duquesa de Borgoña habia enviado al socorro de Lambert Siminel.

— Me acuerdo bien de todo eso, dijo Gosling. Doce veces por semana suelen cantar en mi salon la balata. Sir Rogerio Robsart de Devon; hablando de él los músicos cantan aun en el dia:

Era en medio del combate

La flor de nuestros guerreros,

Como roca á que combate

La mar con ímpetus fieros.

— Sí, sí, me acuerdo muy bien; igualmente he oído hablar de Martin Swart y de los bravos Alemanes que mandaba, con sus justillos con festones, y sus diablos de calzones arrugados con ciutajos. También hay otros versos sobre Martin Swart, y creo que aun me acuerdo de ellos:

Preparad vuestros caballos,
Martin Swart os lo ordena;
A su voz, soldados.....

— Si canta vm., huésped, de esa manera, todo el mundo va á desvelarse, y tendrémos mas oyentes que los que necesito.

— Perdone vm., señor Tresilian, no pensaba en eso; pero cuando alguna antigua balata nos viene al magin á nosotros los caballeros del asador, se nos escapa á pesar nuestro por la boca. Escucho á vm.

— Mi abuelo, como otros muchos habitantes de Cornouailles, era muy adicto á la casa de Yorck, y tomó el partido de ese Simnel que tomaba el título de conde de Warwick, como casi todo ese condado abrazó la causa de Perkin Warbeck que se daba el nombre de duque de Yorck. Mi abuelo siguió los estandartes de Simnel, y despues de haber hecho prodigios de valor, fué hecho prisionero

nero en la batalla de Stoke, en donde la mayor parte de los gefes de este desgraciado ejército perecieron con las armas en la mano. El valiente caballero á quien se rindió sir Rogerio Robsart, le puso al abrigo de la venganza del rey, y le dió la libertad sin rescate; pero no pudo librarle de otras consecuencias de su imprudente paso, es decir, considerables multas que le impusieron, medio favorito de Enrique para debilitar á sus enemigos. Sin embargo el buen caballero hizo cuanto pudo por aliviar la desgracia de mi abuelo, y su amistad llegó á ser tan íntima, que mi padre fué educado como el hermano y el compañero de sir Hugo Robsart, hijo único de sir Rogerio, y tuvo de él su carácter generoso, benéfico y hospitalero, aunque no tuvo sus virtudes guerreras.

— Ya he oído hablar del buen sir Robsart, dijo el posadero, y muchas veces. Su primer cazador, su fiel servidor William Badger, le ha elogiado mas de cien veces en esta casa. Es un caballero amigo de divertirse, generoso, y tiene una buena mesa abierta, aunque no es gran moda en el dia. Mas quieren ahora poner galones de oro sobre el hombro de un criado, con cuyo importe se podria dar cebon y ale durante un año á una docena de personas, y el medio de pasar en una taberna una

noche cada semana, no sin gran regocijo del posadero.

— Si conoce vm. á Badger, mi buen huésped, no ha dejado de oír hablar de sir Hugo Robsart, y diré á vm. por lo mismo únicamente que ha sido en efecto tan generoso, que su fortuna se ha resentido, lo que quizá no es tan importante, porque solo tiene una hija que le herede. Aquí es donde empiezo yo á representar un papel en esta historia. Cuando murió mi padre, hace ya muchos años, el buen sir Hugo hubiera querido tenerme siempre en su casa. Había sin embargo momentos en que conocía yo que la pasión escesiva de la caza me impedía entregarme á estudios que me hubieran sido mas útiles; pero cesé pronto de sentir la pérdida del tiempo que la gratitud y una amistad hereditaria me obligaban á acordar á sus placeres. La hermosura perfecta de su hija Amy, que se desarrollaba á medida que avanzaba en edad, no podía menos de hacer impresion en un jóven que se hallaba siempre á su lado. En una palabra, la amé, y lo notó su padre.

— Y desaprobó los amores. Eso es de cajón; es la regla en tales casos, y la mejor prueba de ello es ese suspiro que se le ha escapado á vm.

— Todo lo contrario. Sir Hugo Robsart

aprobó mi amor, pero su hija se negó á responderle. Me estimaba sin embargo, y no me cerraba la puerta á toda esperanza. A instancias de su padre firmámos la escritura matrimonial, pero se difirió el casamiento por un año, porque así lo quiso Amy. En este tiempo llegó Ricardo Varney á las inmediaciones. Con el pretexto de un parentesco remoto con sir Hugo, multiplicaba sus visitas, y al fin pasaba días enteros en su casa.

— ¡Maldito agüero para el sitio que honraba con su presencia! dijo Gil Gosling.

— Es verdad, y solo resultaron desdichas. Sucedió sin embargo todo esto de un modo tan extraño, que no sé todavía como explicar los grados sucesivos por los que llegó á cambiarse la suerte de una familia hasta entónces tan dichosa. Durante algun tiempo, Amy recibía al parecer los obsequios de Varney con la indiferencia con que generalmente se pagan las atenciones que no tienen un objeto serio y decidido. Veíale despues con disgusto y aun con repugnancia. Al fin se estableció entre ellos un trato muy extraordinario: Varney se abstuvo enteramente del tono obsequioso y galante que habia empleado con ella; Amy no le manifestaba ya aquella suma frialdad con que habia desechado sus obsequios y atenciones, y reinaba al parecer entre ellos una

inteligencia secreta fundada en la confianza. Yo no las tenia todas conmigo; me mordía los labios, y aun llegué á sospechar que se daban citas secretas para poder esplicar libremente sus afectos en nuestra ausencia. Creia no obstante que su corazón era todavía tan franco y abierto como lo anunciaban sus facciones celestiales, y sin embargo un cúmulo de circunstancias que se han presentado á mi memoria posteriormente hubieran debido convencerme de su union secreta. Pero ¿á que fin entrar en otros pormenores? Obras son amores, y el fin corona la obra. Desapareció de casa de su padre, Varney se alejó el mismo dia, y ayer encontré á Amy Robsart en casa del vil Foster, y he visto á Varney llegar allí por la puerta trasera embozado en una gran capa.

— ¿Y ha reñido vm. por eso con él? Me parece, señor Tresilian, que ántes de tomar con calor el partido de esa dama, hubiera vm. debido estar bien cierto de que ella lo desea ó lo merece.

— ¡Que! mientras mi padre, porque así consideraré siempre á sir Hugo Robsart, lucha en su casa con la desesperacion, ó se esfuerza en vano, entregandose á su pasatiempo habitual, para desterrar de su corazón el recuerdo de una hija que le despedaza! No

pude soportar la idea de ver al padre vivir penando, y á la hija cubierta de infamia, y emprendí el viage con la idea de buscarla, esperando decidirla á volver al seno de su familia. La he hallado, y luego que haya conseguido mi proyecto, ó vea que es inasequible, es mi designio embarcarme para la Virginia.

— No tome vm. un partido tan violento, señor Tresilian, no renuncie vm. así á su patria, porque una muger... es una muger, que cambia de amantes como de cintas por solo su capricho. Pero ántes de examinar el asunto mas á fondo, permitame vm. que le pregunte quien ha podido indicarle el medio de saber el paradero de esta dama, ó por mejor decir su prision y retiro.

— Yo sabia que Varney habia obtenido los dominios de Abingdon, y esta circunstancia me habia hecho sospechar que podria ella estar en estas inmediaciones. Mis sospechas han ido en aumento al oír hablar ántes de ayer de una dama que vivia retirada con gran secreto en Cumnor-Place, y la visita que he hecho con su sobrino de vm. me ha probado que mis recelos eran bien fundados.

— ¿Y cuales son ahora sus proyectos? disimule vm. que me tome la libertad de preguntarselo.

— Mi designio es volver hoy á casa de Foster por lograr una conversacion mas circunstanciada que la que tuve con ella ayer. Es preciso que haya cambiado mucho para que mis palabras dejen de hacerle alguna impresion.

— No, señor Tresilian, permitame vm. que se lo diga, no dará vm. semejante paso. A lo que entiendo, la dama no ha querido dar á vm. oídos.

— No ha querido escucharme, y es preciso que yo lo confiese.

— ¿Como espera vm., pues, conseguir obligarla á obrar contra su inclinacion, por mas que su conducta sea capaz de deshonorarla á ella y á su familia? Aunque fuese vm. su padre ó su hermano, los que la guardan darian á vm., como dicen, con la puerta en los hocicos; y siendo un amante desdeñado, se espone vm. á que le jueguen alguna mala partida. ¿A que magistrado podria vm. en tal caso dirigirse para obtener proteccion y justicia? Escuse vm. mi franqueza: vm. se quiere arrojar al agua para coger una sombra, y no podrá salir de ella sino muy mojado, ya que no tenga la desgracia de ahogarse.

— Me quejaré al conde de Leicester de la conducta infame de su favorito. El procura apoyarse en la secta rígida y severa de los

puritanos, y no se atreverá, por consideracion á sí mismo, á negarme la justicia, aun cuando no tuviese ninguno de los principios de honor y de nobleza que todos le conceden. Acudiré á la reina misma.

— Leicester podrá hallarse muy dispuesto á proteger á su confidente, porque Varney se gloria de ser su brazo derecho. Pero es muy posible que una apelacion á la reina los trajese á raya á los dos. Es su magestad rigurosa en tales materias, y se dice que perdonará mas bien á una docena de cortesanos enamorarse de ella, que á uno solo de ellos dar á otra sobre ella la preferencia. Animo pues, fijese vm. en esta idea, dirija vm. al trono un memorial de sir Hugo con la relacion circunstanciada del insulto que vms. han recibido, y se arrojará de cabeza el conde al Támesis, ántes que se atreva á proteger á su favorito en asunto semejante. Pero para lograr un buen éxito, es preciso hacer las cosas en regla. En lugar de divertirse aquí en tirar tajos y reveses con el primer caballero de Leicester, y esponerse á recibir alguna puñalada de sus satélites, corra vm. al punto, que firme un memorial sir Hugo, y busque vm. amigos que puedan protegerle en la corte.

— Tiene vm. razon, Gosling: seguiré el consejo de vm., y partiré al amanecer.

— Mejor será, señor Tresilian, que salga vm. esta noche. Jamas he deseado ver llegar un viagero con tanto ahinco como deseo ver á vm. partir. Mi sobrino tarde ó temprano vendrá á morir en un cadalso, tal es su estrella y su destino; pero no quisiera que le ahorcasen por haber asesinado á uno de mis mas respetables huéspedes. Mas vale viajar solo de noche, segun dice el proverbio, que de dia acompañado de un asesino. Vayase vm., señor, vayase vm. al punto, que es lo mas seguro. El caballo está pronto, le he ensillado y embridado yo mismo, y aquí tiene vm. su cuenta.

— No llega á un noble, dijo Tresilian dándole una moneda de oro; lo que sobre será para la linda Cicily y los criados de la casa.

— Agradecerán el favor de vm., señor, y mi hija vendria á dar á vm. las gracias, si no fuese tan á deshora.

— No consienta vm. que los forasteros se chuleen demasiado con ella, amigo Gosling.

— ¡Oh! buen cuidado tengo de no perderla de vista en lo posible. Sin embargo no estraño que vm. me lo advierta. Pero dígame vm., ¿que tal le recibió ayer la consabida dama?

— Me pareció mas bien irritada que con-

fusa, y me temo mucho que se halla todavía con el delirio de una fatal ilusion.

— Pues en tal caso, señor mio, ¿por que hacerse vm. el campeon de una muger que le desprecia? ¿por que quiere vm. esponerse al resentimiento del favorito de un favorito? Es el monstruo mas peligroso que ha podido encontrar jamas ningun caballero andante.

— Se equivoca vm., Gosling, no me comprende vm.; no deseo que Amy me quiera. Veala yo con su padre, y cuanto tengo que hacer en Europa y en el mundo entero se acabó ya.

— Quitese vm. de cuentos. Lo mejor es beber un buen vaso de vino, y enviarla á pasear. Pero veinte y cinco años y cincuenta no ven estos asuntos de la misma manera, ni piensan lo mismo un jóven ilustre y un viejo posadero. Compadezco á vm., señor Tresilian, pero no veo en que podré servirle.

— Yo se lo diré á vm., respondió Tresilian. Solo se trata de estar á la mira sobre lo que pueda ocurrir en Cumnor-Place, lo que puede vm. hacer sin dar motivo á sospechas, por el gran número de personas que llegan á su casa, y de informarme por escrito de todo por el intermedio de la persona que presentará á vm. este anillo de mi parte. Examinele vm.

para reconocerle: es de algun valor, y le conservará vm. entónces como un recuerdo.

— No deseo recompensa ninguna; pero me parece, señor, que no me estaria á mí bien, dependiendo del público, el mezclarme en un asunto de esa naturaleza, que no me es personal ni me interesa.

— ¿No le interesa á vm., Gosling! ¿No es vm. padre? ¿No se trata de hacer volver al camino de la virtud á una niña perdida en las sendas del vicio y deshonor? ¿Que mayor interes puede ofrecer el mundo todo á un buen padre?

— Confieso que es asi, y me causa lástima á fé mia el pobre viejo generoso que ha derrochado su fortuna, poniendo mesa abierta por honrar su pais, y que ahora vé á un milano como Varney arrebatarle una hija que debia consolarle en su vejez. Lo que vm. quiere hacer es una temeridad, pero no importa, quien con lobos anda á aullar aprende: ayudaré á vm. en su loable proyecto de volver la hija á un desdichado anciano, mientras solo se trate de dar á vm. con exactitud las noticias. Puede vm. pues contar conmigo, pero de su parte debe vm. igualmente ser discreto y no comprometerme. Si se llegase á saber que el posadero del *Oso negro* se mezcla en asuntos semejantes, á dios parroquia-

nos: Varney hallaria medio de obligar á los magistrados á cerrar mi posada y suprimir mi licencia (1), y vea vm. al pobre Gil por puertas.

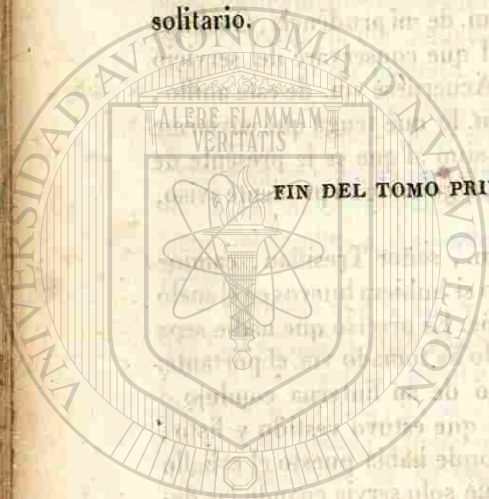
— No dude vm. de mi prudencia, Gosling, ni de la gratitud que conservaré del servicio que me preste. Acuértese vm. de este anillo, y no entregue vm. lo que tenga que enviarme á otro ninguno sino al que se le presente de mi parte. Ahora, siguiendo su prudente aviso, voy á partir.

— Sigame vm., señor Tresilian, camine con tiento, como si hubiera huevos en el suelo en lugar de tablas. Es preciso que nadie sepa ni como ni cuando ha tomado vm. el portante.

Con el auxilio de su linterna condujo á Tresilian, luego que estuvo vestido y listo, á un patio en donde habia puesto el caballo en una cuadra que solo servia cuando las demas estaban llenas. Le ayudó á colocar la

(1) Nadie puede vender, en Inglaterra, aguardiente, vino ó cerveza, sin haber obtenido una licencia de los magistrados del distrito: esta licencia se renueva todos los años. Los magistrados pronuncian arbitrariamente sobre el asunto, lo que suele ocasionar abusos y vejaciones. Puede verse sobre esto una Memoria sobre la policia de Londres, inserta en uno de los volúmenes del *Correspondant*, publicado en Paris en casa de Gide. (*Nota del Traductor.*)

maleta, abrió la puerta trasera, le apretó con amistad la mano, y habiendole renovado la promesa de informarle de lo que sucediese en Cumnor-Place, le dejó empezar su viage solitario.



FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



